



Excavacions al jaciment ibèric el Turó del Vent (Llinars del Vallès)

Albert López, Jordi Rovira, Enric Sanmartí



Avís legal

Aquesta obra està subjecta a una llicència Reconeixement-NoComercial-SenseObresDerivades 2.5 de Creative Commons. Se'n permet la reproducció, distribució i comunicació pública sempre que se'n citi el titular dels drets i no se'n faci un ús comercial. No es pot alterar, modificar o generar una obra derivada a partir d'aquesta obra. La llicència completa es pot consultar a <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/legalcode.ca>.

SUMARI

1. Motivaciones y objetivos de las excavaciones	1
2. Método de excavación	3
3. La segunda campaña de excavaciones. 1981	5
4. Proceso constructivo y dinámica estratigráfica	12
5. Estudio de los materiales	16
6. A modo de conclusión	40
7. Estudio de fauna exhumada en el asentamiento del Turó del Vent	45
8. Conclusiones generales	47
9. Material gràfic	49

Motivaciones y objetivos de las excavaciones

El asentamiento ibérico del Turó del Vent, había entrado, desde hacía años, a formar parte de la larga lista de yacimientos prerromanos existentes en las comarcas barcelonesas, concretamente en el antiguo territorio de los layetanos. Sin embargo, el conocimiento del poblado a través de las publicaciones, provocó el hecho de que éste fuera asiduamente visitado y que, incluso, se convirtiese en blanco de numerosos atentados por parte de excavadores clandestinos. Junto con la citada circunstancia de su temprana divulgación bibliográfica, también contribuyeron a que el yacimiento fuera conocido en ámbitos muy distintos, tres hechos: la apertura de la pista para automóviles que conduce, desde la carretera Llinars-Mataró, a la urbanización "Esmeralda"; la declaración de parque natural de una extensa zona vecina en la misma sierra del Corredor, y, finalmente, la inauguración del museo del Castelvell en Can Bordoí. Ni que decir tienen, que, de estos acontecimientos, los dos últimos, coadyuvaron a la conservación del poblado, creando, en cierto modo, algunas de las condiciones necesarias para que éste fuera objeto de medidas tendentes a su preservación. La declaración como parque natural de la zona del Corredor provocó, por un lado, una mayor afluencia de visitantes desaprensivos al solar del yacimiento, aunque por otro, tuvo una influencia benéfica por cuanto implicaba la evitación de obras públicas de cierta envergadura o, simplemente, la realización de construcciones privadas irregulares. En último lugar, el museo del Castelvell, debido a un meritorio mecenazgo, posibilitó desde su apertura un mayor acercamiento a estos parajes de buen número de estudiosos, interesados, en principio, por los sugestivos fondos que alberga la instalación museística, así como el inicio de una puesta en valor arqueológico de toda el área.

Contrariamente, la construcción de la pista que lleva a la vecina urbanización, fue funesta para el poblado. Aunque no se abrió entonces una vía nueva, puesto que el yacimiento estaba ya atravesado, desde antiguo, por un camino de poca anchura, el ensanche del mismo, practicado sin miramiento alguno para con el entorno arqueológico, destruyó numerosos restos arqueológicos o, hizo que, como en el caso de la muralla, que daran los vestigios de construcciones descimentados y en peligro de ruina. Al mismo tiempo, los trabajos de ampliación pusieron al descubierto un campo de silos, aparentemente alineados, algunos de los cuales se vieron afectados directamente por las obras. Esta situación propició el vaciado de los depósitos que restaron intactos, por mano de excavadores clandestinos, quienes, junto con este primer expolio, realizaron trincheras siguiendo el trazado de algunos muros del recinto amurallado, y abundantes destrozos en el caserío del poblado.

De este modo, los sectores principalmente afectados fueron dos: por una parte, un área muy cercana a los silos cortados por el camino, en la que los trabajos clandestinos pusieron al descubierto buena parte de la roca natural recortada perteneciente al perímetro defensivo, así como la casi totalidad de un muro al que se ha denominado elemento 4 en la excavación de 1981, que, más tarde, fue identificado como parte de un baluarte del citado recinto. Por otro lado, también sufrió destrozos una zona de fácil acceso desde la pista de automóviles, situada al noroeste del yacimiento, en diversos puntos de la cual son observables los vestigios de esta acción, que hizo visibles parte de las edificaciones de la zona habitacional.

Este estado de cosas, mantenido impunemente durante algunos años, propició que el yacimiento del Turó del Vent sufriera una lamentable degradación, sin duda, aminorada por la densa boscosidad del paraje en el que se halla enclavado.

Por último, a finales de 1979, el Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Diputación de Barcelona fue informado de la lamentable situación del poblado y de la continuada degradación de que se le hacía víctima. Comprorado este extremo sobre el terreno, se decidió una inmediata intervención en el yacimiento. Se pretendía preservar, a partir de entonces, el asentamiento de los permanentes atentados que venía sufriendo, al tiempo que se averiguaban sus posibilidades, ya que, hasta ese momento, no había sido efectuada ninguna verdadera excavación arqueológica en el lugar y se desconocían datos fundamentales, tales como el arco cronológico de su ocupación u ocupaciones y la superficie total del yacimiento. Así pues, se hacía necesario poner coto a las actividades dañinas para el poblado, e iniciar su estudio a partir de los presupuestos más elementales. No era fácil armonizar ambas intenciones y, en un primer momento, se creyó más conveniente extraer, en lo posible, la información que aún pudieran proporcionar las zonas más castigadas, puesto que, de seguir siendo maltratadas, perderían, en muy poco tiempo, todo su valor arqueológico.

Con estas intenciones, se realizó una primera campaña de excavaciones entre los meses de noviembre y diciembre de 1980, centrada precisamente en el sector más afectado por las rebuscas incontroladas, y de la que más adelante daremos cuenta detallada. Este primer contacto, proporcionó datos suficientes para valorar muy positivamente las potencialidades arqueológicas del yacimiento, decidiéndose su excavación sistemática e incluyéndose su estudio en el marco del Plan de Investigaciones del Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Diputación de Barcelona.

Desde esta fecha se ha realizado otra campaña de excavaciones encaminada a resolver, de forma definitiva, el primero de los objetivos contemplados para el conocimiento del poblado, esto es, la averiguación de su desarrollo estratigráfico y la determinación de sus sucesivas fases de ocupación. A tal efecto, se eligió una zona contigua a la de la primera campaña y también a la trinchera clandestina de mayor envergadura, justo en el interior del ámbito cerrado por el muro exhumado tiempo ha y otro muro que enlaza con él, que delimitan una probable torre.

En el momento presente, los trabajos de excavación en el yacimiento del Turó del Vent -a la vista de los resultados obtenidos a lo largo de las dos primeras campañas- se orientan hacia la prosecución del estudio del sistema defensivo con el completo conocimiento de la secuencia estratigráfica en la que se incluye, la delimitación del perímetro del asentamiento, tarea hasta laboriosa por la abundante vegetación del lugar y la disposición del yacimiento, y, finalmente, al inicio de los trabajos en el área habitacional.

Método de excavación

A lo largo de los trabajos efectuados, se ha empleado el método de registro propuesto por E.C. Harris, que ya habíamos utilizado con éxito en otros yacimientos de diversas épocas. La base del sistema se halla en la numeración correlativa de cada uno de los estratos o elementos, es decir, de las capas que contienen material o de las estructuras que aportan una información histórica. Así pues, se numeran estratos, muros, banquetas de fundación, hogares, silos, etc.

Este sencillo procedimiento permite aplicar un diagrama significativo, que relaciona todas las capas y elementos exhumados, consiguiéndose una representación gráfica de la posición física de éstos, que resulta muy ilustrativa a la hora de averiguar su cronología relativa.

Al mismo tiempo, el clásico diario de excavación se ve sustituido por una serie de fichas, que contienen datos objetivos sobre los estratos o elementos, que hacen más ágil y rápida la utilización de la información acumulada.

En cuanto al procedimiento de excavación propiamente dicho, cabe decir que se han exhumado los estratos completos sin dejar testigo alguno, pues el frente este de la excavación, relacionado con las estructuras más importantes que aparecieron, cumplió la función de testigo, al quedar registrada sobre él toda la estratigrafía aparecida.

Por otra parte, se trazaron secciones longitudinales y transversales, en dirección norte-sur y este-oeste, cuyo origen se hallaba en los puntos medios de los lados de la excavación. Todas ellas se refirieron a

un punto O genral, colocado en un lugar significativo, que será común a todas las mediciones que hayan de efectuarse en el yacimiento. Este mismo punto O ha servido también como referencia cuando se han situado piezas singulares por el método de las coordenadas cartesianas, y también es susceptible de ser utilizado cuando las circunstancias de la excavación aconsejan exhumar determinados estratos por el método tridimensional, que no se ha aplicado hasta hoy por el carácter de relleno que poseían casi todas las capas halladas.

La segunda campaña de excavaciones. 1981.

Resultados estratigráficos y estructurales.

Fases de utilización

1.- La secuencia estratigráfica.

La excavación, realizada durante el mes de mayo de 1981, abarcó una superficie rectangular de 3 por 4 metros de lado, afectando un sector contiguo al excavado en 1980. Así, el corte comprendía las dos estructuras visibles hasta ese momento: dos paramentos de sillarejo de bastado, acompañado por abundantes ripios colocados en los intersticios a modo de cuña. Estos paramentos, orientados en dirección este-oeste y norte-sur respectivamente, formaban ángulo recto, y, tanto por su disposición como por el tipo de aparejo utilizado en su construcción era visiblemente contemporáneos. El muro este-oeste, que se ha denominado elemento 4, presentaba su cara externa descubierta en toda su longitud hasta una profundidad media de dos metros aproximadamente. Asimismo, a causa de la acción de los excavadores clandestinos, había quedado descarnada la zona superior de la esquina de la construcción, de la que forman parte las dos paredes que han sido aludidas. De este modo, se podía apreciar a simple vista el arranque del muro norte-sur, que se ha denominado elemento 5, del cual se desconocían su longitud y el punto en que finalizaba.

Aunque la totalidad del recorrido del muro 4 no quedó incluida en el sector excavado durante la campaña de 1981, la trinchera clandestina que había hecho desaparecer gran parte de los estratos que se le entregaban por su cara septentrional, permitía apreciar como esta estructura constructiva chocaba contra la roca natural, previamente recortada, utilizándola como punto de apoyo. En efecto, ante la ausencia de la estratigrafía exterior relacionable con este último muro, si se quería poseer información sobre la fecha de fundación y los momentos de utilización del recinto, así como su configuración, resultaba imprescindible excavar la superficie interna, todavía intacta, delimitada por las paredes que se han indicado. En consecuencia, la excavación interesó tres metros del muro 4 y la totalidad del muro 5.

A poco de comenzados los trabajos, fue posible delimitar con seguridad la planta de la estructura existente en la zona objeto de estudio: constituía un recinto rectangular, limitado, al norte, por el paramento en dirección levante-poniente, muro 4, que, según se ha dicho, finalizaba entregándose a la roca natural recortada. Al oeste, el muro 5, exhumado en su totalidad, también terminaba en un sector de la roca natural igualmente recortada, situada dentro de los límites de la excavación,

concretamente en su frente sur, y al que se ha denominado elemento 3. Por fin, el lado este, quedaba delimitado por un perfil estratigráfico.

La estratigrafía identificada en este corte interior durante la campaña de 1981 proporcionó luz sobre la fundación de los muros mencionados y sus diversas fases de utilización a lo largo de menos de medio siglo. Se inicia con una capa formada por restos de raíces y humus, cuya potencia es mínima, a la que se denominó estrato 1. Sigue un estrato, bastante potente, -subdividible en tres niveles- que hay que considerar de aportación, y al que se adjudicó el número 2. Esta capa sella las estructuras e indica su desaparición visual definitiva, entregándose al mismo tiempo al elemento 3. Este, como se ha apuntado, consiste en la roca natural recortada y desbastada, -probablemente mediante la acción de cuñas-, que, recuérdese, sirve de cierre al ámbito excavado por su lado meridional. También el estrato 2 cubre los elementos 5 y 4. Son los repetidos muros en dirección norte-sur y este-oeste, que forman una esquina, y que, a la vista de su aparejo y enlace, se supusieron contemporáneos desde el primer momento. Sigue al estrato, el estrato 6. Esta capa, que se entrega a los elementos 3, 4 y 5, señala la última fase visible de los dos últimos. Parece ser que se trata de un suelo con restos de un pequeño hogar, la expansión de cuyas cenizas se concreta en una capa oscura y carbonosa. A continuación del estrato 6, que los cubría parcialmente, se excavaron los estratos 7 y 10. En ambos casos, se trataba de sucesivas capas de aportación, colocada la última de ellas sobre los estratos 11 y 9. El propio estrato 11 es también un suelo de utilización contemporáneo de un hogar que se denominó elemento 8, y que se hallaba colmatado por el estrato 9. El hogar, cuyo perfil presenta una ostensible inclinación en dirección sur-norte, llegaba casi al estrato 6, se encontraba cubierto por las capas 10 y 11, y se apoyaba en el elemento 3.

Por debajo del estrato 11, aparecen una serie de potentes rellenos que se han distinguido con los números 12, 13, 14 y 15; los dos primeros están subdivididos en sucesivas capas, según la naturaleza de sus componentes geológicos y su relación con la deposición de distintas fases de relleno. La cúspide del estrato 16, relleno pedregoso hallado a continuación, es un nuevo suelo, que indica el momento de la primera utilización del recinto. La observación de esta capa nos indica que es contemporánea de la erección de los muros 4 y 5, ya que se entrega a las banquetas 18 y 17 y el elemento 20 colmata la trinchera de fundación -elemento 19- de ambos paramentos, los cuales se encuentran levantados, sobre grandes bloques de piedra granítica -el citado elemento 20- apoyados sobre la roca natural del lugar, o estrato 21.

2. Las estructuras:

Los dos muros, elementos 4 y 5, exhumados hasta la cimentación por su cara interna a lo largo de la campaña de 1981, presentan una similar técnica constructiva que es del mayor interés.

Muro N-S. Elemento 5

Es el lienzo que ha sido excavado por su cara interna a lo largo de todo su recorrido. Desde la zona en que forma ángulo con el muro 4, sigue recto hasta entregarse a la roca natural granítica recortada, en la que también se apoya, y a la que utiliza desde su tramo inicial a modo de cimiento. Se trata de un muro de buena técnica constructiva, levantado a base de piedras bien escuadradas y de considerable tamaño en la esquina, que también se prodigan en el resto del lienzo, combinadas con piedras de caras planas, de unas dimensiones oscilantes entre 25 y 35 centímetros aproximadamente. El sistema empleado para la construcción del muro se basó en la alternancia de distintos aparejos: desde elementos líticos de alrededor de 40 centímetros y forma poligonal, pasando por la colocación de abundantes piedras planas subrectangulares, hasta la inclusión, para cohesionar todo el conjunto, de abundantísimos y pequeños ripios, que a modo de cuñas, rellenaban todos los intersticios, trabando de esta manera los bloques mayores.

Hay que resaltar, asimismo, el magnífico sistema de entrelazado entre ambos paramentos, con una técnica de encaje alternado, mediante la colocación de hiladas sucesivas, y la utilización de piedras de gran tamaño a lo largo de toda la altura de la intersección, que ayudaban a ligar sólidamente los dos lienzos de la construcción. Así, por ejemplo, a unos 40 centímetros por encima de la banqueta de fundación (elemento 17) correspondiente al muro 5, se aprecia un gran bloque de su paramento que penetra en el muro 4. De igual manera, a 50 centímetros por encima de este gran bloque, hallamos otro, de cara plana, que, sin sobresalir, se imbrica también en el muro 4.

Por lo que respecta al sistema de sustentación del muro, éste se levantó sobre una banqueta de fundación construida mediante grandes piedras toscamente desbastadas de dimensiones mucho mayores que los sillares del muro. Dichas piedras sobresalen, en ocasiones, de manera ostensible del perfil de la pared, constituyendo un saliente. La repisa, formada por las grandes piedras de la banqueta, sólo encontramos realmente en la zona angular interna del recinto, lugar donde se buscó una mejor solidez y seguridad en la sustentación del muro.

Por debajo de la citada banqueta, y como primer componente del sistema sobre el que se asientan los dos lienzos, se encuentra una cimentación de grandes bloques graníticos de unas dimensiones de hasta 80 centímetros de lado, que se situaron justamente debajo de la banqueta de fundación. Asimismo, la fundamentación de los muros, además de dichos grandes bloques, comprende un relleno con gran número de piedras de tamaños variables, que ocupan todo el espacio existente entre la vertical de las paredes y la roca recortada que delimita el recinto por los lados sur y este. A su vez, los grandes bloques y el relleno de piedras descansan sobre la roca natural, tanto al sur (elemento 3) como en el fondo del recinto que estudiamos (estrato 21).

La altura del muro 5, conservada y excavada por el interior del recinto, alcanza los 3 metros hasta el nivel de grandes bloques y piedras de la cimentación, y aproximadamente unos 2'50 metros hasta la banqueta de fundación. Como se ha dicho, esta banqueta presenta una factura distinta al resto del lienzo. En esencia, se halla constituida por una última hilada del paramento algo más saliente -unos 10 centímetros-, y, como ya hemos indicado, por una serie de piedras irregulares de buen tamaño, que, dispuestas en una sola hilada, sobresalen del paramento entre 10 y 20 centímetros. La banqueta tiene, por término medio, unos 50 centímetros de altura, y únicamente está presente en el ángulo formado al unirse esta pared con el muro 4.

Por lo que respecta a la roca granítica del lugar, se halla recortada, posiblemente mediante la aplicación de cuñas, presentando una disposición sumamente inclinada hacia el norte y, por lo tanto, hacia el muro 4. Esta inclinación de su perfil hace que el espacio que media entre ella y la base del lienzo 4, sea en algún punto de tan sólo 70 u 80 centímetros, e incluso menos, si tomamos en cuenta los grandes bloques colocados en el fondo del ámbito para sostenimiento de todas las estructuras. De todas maneras, este espacio de aparición es sumamente variable, puesto que la roca no muestra un recorte regular.

Finalmente, queremos apuntar unas últimas apreciaciones sobre el muro 5 y la roca natural. Como ya hemos indicado, la base de este paramento se apoya en un ochenta por ciento directamente sobre la roca granítica o elemento 3. Para ello, se aprovecha el pseudoescalonado que presenta el perfil rocoso, ajustando las hiladas del muro de tal manera que algunas piedras poseen una buena porción de su base reposando sobre él. Asimismo, hay que anotar que las cinco primeras hiladas que se exhumaron del muro 5, muestran su mitad meridional desplazada, a causa de las raíces de una encina que se hallaba justamente en el extremo meridional de lienzo.

Muro E-O. Elemento 4

Se trata del lienzo que cierra el ámbito objeto de excavación en 1981 por el lado norte. Su longitud total, que puede ser apreciada por la cara externa, alcanza los 7 metros aunque el corte que estamos estudiando sólo dejó al descubierto por la cara interna unos 2'40 metros de muro. En el interior posee la misma altura media que el muro 5, aunque ignoramos si el paramento externo presentaba una altura superior debida, quizás, a un tipo particular de cimentación sobre la roca, que, de momento, no hemos observado en toda su amplitud. La técnica constructiva de este muro este-oeste es prácticamente la misma que la aplicada en la construcción del elemento 5, excepción hecha de las dimensiones del aparejo utilizado, que son mayores por las razones que más adelante expondremos.

Dimensiones apreciadas de los elementos 4 y 5

- Longitud total del muro 5 por su cara interna: 2'80 metros.
- Longitud exhumada del muro 4 por su cara interna: 2'40 metros.
- Longitud total del muro 4 por su cara externa: 7 metros.
- Altura total del muro 5 por su cara interna: 3 metros.
- Altura total del muro 4 por su cara interna: 3 metros.
- Altura del muro 5 por su cara interior hasta la banqueta: 2'5 metros.
- Grosor medio de los muros 4 y 5: 60-70 centímetros.

Observaciones generales sobre los muros 4 y 5

1. A pesar de haber sido levantados mediante una misma técnica constructiva, el análisis de los muros permite apreciar que el elemento 4, muro este-oeste, fue erigido mediante la utilización de un sillarejo de dimensiones mayores de las que poseen las piedras del elemento 5. Ello se debió, sin duda, a que, dada la notable longitud total del muro 4, se hacía necesario dotar a este lienzo de unos elementos líticos de mayores proporciones que aumentasen su firmeza.
2. Uno de los problemas planteados por los elementos arquitectónicos que estamos estudiando, es el de su altura primigenia. A lo largo de la excavación, no aparecieron derrumbes o niveles que testimoniaran la existencia de una cantidad importante de hiladas en los muros, que hubieran caído con la desamortización del recinto. En este sentido, el estrato 13, en su nivel más profundo 13b, el único que contiene gran cantidad de piedras, debe interpretarse como un relleno y no como la acumulación de sillares procedentes de las hiladas superiores de los muros 4 y 5. Así pues, es muy probable que la altura total original de ambas paredes fuese no muy superior

a la actual. Abogan en este sentido los argumentos anteriores sobre la inexistencia de derrumbes importantes, y el hecho, evidente, de que en el ángulo de unión entre los muros 4 y 5, se aprecia perfectamente la existencia casi con toda seguridad, del remate superior de la esquina, formado por piedras planas, de regulares dimensiones y bien encajadas. De igual modo, el perfil superior de los muros presenta una cierta regularidad, y las irregularidades producidas por la caída de algunas piedras son de escasa magnitud, dando, igualmente, la sensación de que sólo se desprendieron una, o a lo sumo, dos hiladas hasta alcanzar la altura actual. En este sentido, queremos resaltar que el límite superior actual de los muros, sobretodo en el extremo este del muro 4, parece coincidir casi exactamente, con el perfil superior de la roca recortada -que sabemos con toda certitud que es el antiguo-, que limita el recinto excavado por el este, y que se halla frente a la pista que conduce a la urbanización "Esmeralda". Esta coincidencia de nivel entre la cima de los muros y el suelo rocoso, parece abogar igualmente por la probable y casi completa integridad actual de ambos paramentos.

3. Asimismo, es lógico suponer que la culminación de la estructura turriforme se encontraba originariamente completada por una plataforma o piso, de material perecedero como la madera, que constituiría el plano sobre el que deambularían los defensores del recinto. Dicha plataforma se hallaría apoyada por el norte y el este, reposaría sobre el suelo superior rocoso o elemento 3. No cabe pensar en la existencia de un saledizo de madera o paso de ronda, puesto que, por un lado, no existen ni en la cara interna ni en la externa de los muros, encajes o elementos dispuestos para su sostén, mientras que, por otro lado, sería mucho más fácil y cómodo cubrir toda la superficie existente -que es escasa- entre la vertical de los muros 4 y 5 y el inicio del suelo rocoso 3.
4. Junto con la plataforma de madera ahora mencionada, es factible suponer que habría desaparecido una empalizada o remate protector que impediría que los defensores -que, recordémoslo, utilizarían como suelo un nivel muy similar al existente en la cúspide actual de los muros y la roca recortada- quedasen expuestos corporalmente en su totalidad. Esta empalizada estaría relacionada con la plataforma de madera que constituiría el piso superior de la estructura defensiva.

5. Finalmente, la excavación de parte del recinto a lo largo de 1981, permite apuntar la posibilidad de que el muro 4 posea una mayor parte de paramento visto por su cara externa o norte, habiendo sido erigido mediante una técnica de adosado a la roca recortada o a la cimentación que se apoya en ella por su cara interna. De este modo, se conseguiría aumentar la altura defensiva de la fortificación, a la vez que ésta quedaría bien asentada, al hallarse sus hiladas inferiores prácticamente respaldadas por la cimentación y la base rocosa. En todo caso, la futura excavación hasta los niveles vírgenes de la zona extramuros del paramento 4, ayudará a clarificar este punto.

Tras el análisis detallado de los distintos estratos y niveles aparecidos en el sector excavado a lo largo de la campaña de 1981, creemos necesario realizar una interpretación de la dinámica estratigráfica y de los factores que determinaron las variabilidades de deposición, a lo largo de la secuencia formada en el ámbito intramuros.

Aunque reste por excavar un sector del espacio interior de la estructura turriforme estudiada, los trabajos de 1981 son suficientes para apreciar el proceso seguido para el levantamiento de los muros 4 y 5, su utilización, y posterior inutilización y abandono. En este sentido, hacia el último cuarto del siglo III antes de Cristo, los moradores del asentamiento ibérico del Turó del Vent realizaron una serie de obras encaminadas a la defensa del área habitada. Para ello, y, en la medida que nuestros conocimientos nos permiten apuntar, llevaron a cabo una labor de recorte de la roca granítica con el fin de conseguir un frente lo más verticalizado posible que tuviera una función de parapeto o defensa natural. Simultáneamente, en aquellos puntos en que esta labor de recorte fue insuficiente para las necesidades defensivas del poblado, levantaron un muro, que siguiendo las sinuosidades del perfil superior del suelo rocoso, aumentaba la altura del frente defensivo y, por tanto, su efectividad. Por otro lado, con el propósito de completar dicho dispositivo defensivo -que mira en el sector del yacimiento hasta ahora estudiado hacia el noroeste- se erigieron bastiones adosados a la roca, de los cuales la estructura subrectangular constituida por los muros 4 y 5 sería un buen ejemplo. La construcción de estas pseudotorres, exigió en primer lugar, un idéntico trabajo de recorte, aunque en todo el sector que quedaba intramuros, dicho rebaje se convirtió simplemente en un desbastado, probablemente mediante cuñas, que permitió la erección y el adosado de los muros frontales de la estructura turriforme. Ello es lógico, si tenemos en cuenta que, mientras que en los frentes en que la misma roca recortada poseyó función de muralla, se hizo necesario que ésta estuviera cortada lo más recta posible para impedir su accesibilidad, no tuvo ningún interés la completa verticalización del sector de roca que se hallaba tras los muros defensivos de la torre, puesto que fueron los propios muros quienes cumplieron la función defensiva.

Por otro lado, como yemos apuntado en el apartado de análisis estructural, excavaciones futuras permitirán conocer con todo detalle el sistema constructivo de los paramentos de la torre. De momento, sabemos que la estructura que se halla en curso de excavación se levantó en un lugar idóneo, al aprovechar un ángulo y un saliente del

perfil rocoso. Desconocemos si la trayectoria del frente rocoso fue modificada artificialmente. Lo que sí es evidente, es que la construcción defensiva se integra perfectamente en la disposición del sistema protector natural, puesto que para la erección de la obra turriforme sólo hubo que construir dos muros, uno de los cuales, elemento 5, utiliza la misma roca recortada como cimentación. En cuanto al muro de mayores dimensiones, elemento 4, forma ángulo con el anterior, y parece adosarse en su extremo final este a la roca verticalizada. Su cimentación consiste en grandes bloques, graníticos apoyados sobre el suelo inferior rocoso, aunque la total excavación de este paramento por ambas caras permitirá mayores precisiones.

Tras la construcción de la pseudotorre y de la disposición del sistema defensivo combinado ya mencionado, los habitantes del poblado sipusieron una plataforma superior hecha de material perecedero que se apoyaba en la cúspide de los muros 4 y 5 y en la superficie superior de la roca o elemento 3. Al mismo tiempo, había que dado constituido un pasadizo o pequeña estancia interior, que utilizaba como pavimento el suelo correspondiente al momento de construcción de la fortificación: el estrato 16. Gracias a la cronología proporcionada por los materiales cerámicos, sabemos que el espacio interno de la torre pierde muy pronto su función originaria y se ve colmatado por sucesivos rellenos, sobre los cuales se advierte una breve utilización. Por el momento no conocemos todavía la cronología inicial de los primeros niveles externos que se entregan a los paramentos exteriores de los muros 4 y 5. Sin embargo, los niveles que han sido excavados de este sector extramuros y que se acercan bastante a las hiladas inferiores de la torre, no desdican de la cronología apuntada por la estratigrafía obtenida intramuros. Es decir, en el estado actual de nuestros conocimientos, la inutilización de la defensa, ocasionada por la deposición de los estratos extramuros, es pareja a la formación de los sucesivos rellenos y estratos intramuros.

Así, poco tiempo después de la construcción y utilización de esta defensa, se emplea tanto espacio inmediatamente externo como su ámbito interno para diversas funciones: deposición de rellenos intencionales, aprovechamiento del espacio existente para funciones que desconocemos pero que, en todo caso, implican la existencia de uno o varios hogares y sus correspondientes niveles de cenizas, situados en la cúspide de los rellenos interiores.

Al mismo tiempo, ambos sectores debieron entrar en una dinámica de formación de estratos específicamente intensa en aquellos lugares que han perdido su función originaria: acumulación de tierras por la acción del viento, erosión de la roca granítica, etc.

Al llegar a este punto, ¿qué detalles podemos resaltar sobre el proceso de esta dinámica estratigráfica en el sector intramuros?

Como se ha dicho, el estrato 16, y más concretamente su superficie, constituyó el primer suelo interno de utilización de la torre, amén de la muy probable plataforma superior. Precisamente, el estrato 16 se presentó a los ojos de los excavadores adoptando la forma de una pequeña capa de conjunción de color gris oscuro y consistencia compacta. Se trataba del piso al que aludimos, sobre el que se depositó el primer relleno -estrato 15-, lo cual señalaba la desaparición de la plataforma superior de madera.

A partir del estrato 16, hallamos el inicio de una serie de capas de aportación/sedimentación, casi todas ellas rellenos, que indicarían muy posiblemente la inutilización del sistema defensivo. Y si no es así, ¿cómo entender que se depositen potentes y sucesivas capas de relleno en uso y con una muy probable plataforma superior que cubriría en su casi totalidad el ámbito interno?. El período de tiempo a lo largo del cual la torre cumplió su cometido como elemento defensivo fue mínimo. Así lo indica el hecho de que no hay sobre el suelo 16 ningún otro pavimento ni estrato de ocupación hasta llegar a las cortas utilizaciones que testimonian los 11 y 6. Hablan en favor de ésta breve utilización, no sólo los argumentos ahora apuntados, sino también cuanto hemos dicho sobre la gran semejanza en la rapidez de deposición de los estratos a ambos lados de los paramentos 4 y 5, inutilizándolos tanto interior, como, sobretodo, exteriormente. Así, muy poco después de que el sistema defensivo representado por la torre dejara de cumplir su función, se depositaron a ambos lados de los muros 4 y 5 de la estructura, un buen número de rellenos con una tendencia de deposición lógicamente distinta. De este modo, en el estrecho ámbito intramuros, las deposiciones se realizan desde la cúspide de la plataforma rocosa o elemento 3. Este hecho, se observa perfectamente por la inclinación de los estratos que buzan sucesivamente hacia los paramentos 4 y 5. Por lo que respecta al sector extramuros, castigado por los trabajos clandestino, la limpieza de cortes y el dibujo de perfiles estratigráficos en 1980, permitieron comprobar que la deposición estratigráfica sigue una dirección opuesta, norte-sur, yendo a entregarse buzando, al paramento exterior del muro 4. Ello es lógico si tenemos en cuenta la topografía de la sierra sobre la que se asienta el yacimiento, que muestra sus cotas de altitud máxima hacia el norte, por lo cual, los estratos extramuros tan sólo siguen el perfil del terreno natural.

Estas tendencias en la dirección de los vertidos y depósitos, se invierten a partir de un nivel determinado. En efecto, es fuertemente ilustrativo comprobar cómo en el ámbito interno de la torre, y, a partir, del hogar 9 y del nivel de utilización representado por el estrato 11, comienza a variar el buzamiento de los niveles. De este modo, aunque el estrato 10 aún buza hacia el norte, indicando una deposición desde el elemento 3, al estrato 7, capa procedente del norte, marca la variación de esta tendencia deposicional.

Así pues, la capa de aportación 7 fue vertida ya desde la cúspide del muro 4 y, lógicamente, desde una cota de sedimentación lo suficientemente alta en la zona exterior del muro como para permitir este vertido. En realidad, el estrato 7 nos indicaría, de una manera extraordinariamente clara, el hecho -no comprobable en la actualidad por la desaparición de gran parte de los estratos extramuros- de que la sedimentación exterior a la torre habría alcanzado en un momento inmediatamente anterior a la formación del estrato 7 una altura similar a la alcanzada en el interior con los estratos 10 y 11, confirmándose cuanto hemos apuntado sobre la pareja formación estratigráfica a ambos lados de los muros.

Tras el estrato 7, depositado desde el norte, el 6 parece seguir idéntica tendencia, aunque esta capa comenzaría a indicar la nivelación de todo este sector del asentamiento -extra o intramuros-, y la desaparición visual de las estructuras que se inicia con el estrato siguiente 2.

A partir de este momento, todo el sector a la izquierda de la pista que conduce a la urbanización "Esmeralda" se regulariza, adoptando los sedimentos una disposición más o menos llana y cuanto más al norte se encuentra, sufre un proceso de inclinación/elevación, siguiendo el desnivel natural del terreno.

Las cerámicas de barniz negro.

Los materiales de importación proporcionados por la excavación del poblado del Turó del Vent no han sido demasiado numerosos: algunas ánforas púnicas, púnico-ebusitanas, y cerámicas comunes de la misma filiación, dos fragmentos de ungüentario, uno de ánfora massaliota, y una pequeña cantidad de cerámicas de barniz negro. A pesar de que la extensión afectada por la investigación no ha sido demasiado grande, y la cantidad de cerámicas halladas no muy numerosa, llama poderosamente la atención la escasez porcentual de piezas foráneas.

Cronológicamente, los materiales aparecidos -tomando también en consideración las cerámicas de barniz negro depositadas en el Museo Municipal de Llinars del Vallès, fruto de trabajos irregulares-comprenden un período que se inicia hacia la primera mitad del siglo IV y que, en todo caso, no sobrepasa el principio del siglo II a. de J.C. La cerámica campaniense B está totalmente ausente, así como las producciones de origen itálico propias de la primera fase de romanización del siglo II, tales como las cerámicas de paredes finas, comunes de importación itálica, ánforas itálicas -de las que no se ha hallado, por ahora, un solo ejemplar-, etc.

Las piezas de barniz negro son, en general, muy fragmentarias y poco explícitas. Se trata de algunas formas áticas, ya sea de barniz negro o decoradas con figuras rojas, producciones de los talleres occidentales, entre las que identifica algún fragmento del taller de Roses y campaniense A en su facies más antigua. Estas especies cerámicas aparecen por un igual en casi todos los estratos, dando idea de la rápida formación de todos ellos. Así, el estrato 15 de la campaña de 1981, primero de los rellenos formados sobre el suelo original del recinto formado por los muros 4 y 5, contiene, además de cerámicas áticas de barniz negro y figuras rojas, un fragmento de cerámica campaniense perteneciente a la forma 28, que sitúa el conjunto en el último tercio del siglo III a. de J.C. La aparición de campaniense A, se constata también en los estratos 10, 9, 6 y 2. Aunque, ausente en las capas 11 y 13, es notorio que el poblado se proveyó de estos productos regularmente, quizás en las primeras tentativas de su introducción en nuestros mercados, antes de la masiva exportación que acompaña a la conquista romana.

Por otra parte, es normal la presencia de producciones de los talleres occidentales, que se han encontrado en los estratos 15, 13, 12, 11 y 2; así como la de cerámicas áticas de barniz negro, que aparecen en pequeñas cantidades en las capas 15, 13, 12, 11 y 2. Estos materiales, sobre todo las producciones áticas, ponen de manifiesto el largo período de uso de unas piezas consideradas de lujo por los habitantes del poblado, y lo reducido de las fuentes de abastecimiento de vajilla importada que, quizás, llegaron al Turó del Vent a través del importante centro redistribuidos que fue la colonia griega de Emporion.

En cualquier caso, llama la atención la presencia de un número muy reducido de formas. En la mayor parte de las ocasiones se trata de vasos para beber: formas 27 y 28 de la campaniense A, boles de los talleres occidentales, forma 21-22 de cerámica ática y Skyphoi, que ponen de relieve un uso muy determinado de los productos importados que, a buen segura, se utilizaron para el consumo de vino. Tal fenómeno ha sido también detectado en otros yacimientos, precisamente en las fechas anteriores al final de la Segunda Guerra Púnica, o lo que es lo mismo, a la llegada masiva de la campaniense A. Así, los vasos para beber constituyen la mayoría de las cerámicas de barniz negro en los estratos de estas fechas de Nages, Ullastret, Ampurias, Tornabous y La Miranda (Badalona), por citar sólo algunos ejemplos.

Sin embargo, y a pesar de la fragilidad de los argumentos negativos en el análisis de un conjunto cerámico tan limitado, hay que hacer hincapié en la absoluta ausencia, por ahora, de ánforas grecoitálicas e itálicas que, de aparecer en próximas campañas, seguramente lo harán en escasa proporción. ¿Se usaron entonces los vasos importados para el consumo de vino autóctono? Es difícil dar una respuesta concreta a esta cuestión. Parece indudable que el contenido de las ánforas ibéricas de boca plana fue líquido, y resulta plausible que contuvieran vino, pero, tampoco parece menos lógico que los vasos de importación se utilizaran para beber vino foráneo. El breve testimonio de la presencia de un fragmento de ánfora massaliota no resulta demasiado revelador, pero, al menos, constituye un indicio. No obstante, el hallazgo en cada uno de los estratos de ánforas púnico-ebusitanas del tipo PE-16 da luz sobre un comercio del líquido que éstas contenían que, si no boyante, era continuo. En el apartado dedicado a los materiales púnicos se habla del posible transporte de vino resinoso en estas ánforas y parece que, como mínimo, esa hipótesis no debe ser descartada.

Para finalizar, es necesario precisar que, con todas las reservas inherentes a la escasez de material, pero con la seguridad

de la presencia de ciertas cerámicas en cada una de las capas, podemos situar la utilización del recinto excavado desde el último tercio del siglo III a. de J.C. hasta comienzos del siglo II. Es decir, durante un período de treinta o cuarenta años.

En general, los materiales de importación son bastante escasos y homogéneos en el poblado del Turó del Vent. Tal parece como si la actividad comercial de este asentamiento hubiera sido reducida y, sobre todo, poco diversificada. En efecto, al estudiar las cerámicas de barniz negro, se ha comprobado que mayoritariamente pertenecen al taller de Roses, a los talleres occidentales de barniz negro, a los alfares áticos o suditálicos, y también a los que produjeron la cerámica denominada campaniense A. Estos materiales, cuyo número es muy pequeño, indican una débil incidencia de los productos de importación en el ajuar de los moradores de nuestro poblado y, al tiempo, relaciones comerciales con el nordeste de Cataluña, donde estaba ubicado el alfar de Roses y con la también colonia griega de Emporion que, sin duda, cumplió un papel de centro redistribuidor de productos importados.

Sin embargo, un hecho llama poderosamente la atención: se trata de la relativa abundancia de cerámicas púnicas, y, concretamente, púnico-ebusitanas. En los inventarios que se adjuntan puede observarse que las ánforas de Ebusus aparecen con regularidad en todos los estratos y, es más, en algunos de ellos constituyen las únicas cerámicas importadas. Estadísticamente su proporción es sensiblemente similar a la de los productos de barniz negro, pues, si bien el número de fragmentos registrados es mayor, también lo es el tamaño de estos recipientes. De todos modos, vale la pena hacer incapié en esta presencia continua de ánforas púnicas en todas las capas y, lo que es más importante, en la uniformidad de las formas de estos envases. Efectivamente, se trata sólo de tres formas: la Maña E-PE, la Maña D 1-b de Solier, de la que poseemos un ejemplar, y seguramente la PE 24, de la que sólo se han hallado algunas asas y fragmentos de pared. Además de las ánforas, se han exhumado otros recipientes de filiación púnico-ebusitana. Son, al menos, dos hidrias u olpes, clasificados por M. Font en su forma Eb 29, que ya aparecen en la tipología de P. Cintas señaladas con los números 143 a 145, y que Solier incluye en sus formas 2A y 2B.

A la vista de estos hallazgos, llama poderosamente la atención su carácter sincónico y, a nuestro juicio, complementario. Las ánforas PE 16 se han fechado con el 220 \pm 25 a. de J.C.; las D 1-b no gozan de una cronología tan precisa. No obstante, su fecha de producción se extiende desde el siglo IV hasta principios del siglo II y, por ejemplo, en el pecio de Cabrera reciben una cronología de hacia el 235 \pm 20. Los olpes de la forma Eb 29 se han fechado desde principios del siglo IV hasta la segunda mitad del si

glo III. Por último, las ánforas PE 24 se datan desde finales del siglo III hasta un momento impreciso del siglo II. Ante este panorama, es fácil suponer que cuantos productos se han descrito llegaron al Turó del Vent durante un espacio de tiempo muy corto, quizás a lo largo del último cuarto del siglo III o poco más. Así los indican las fechas de los materiales púnicos y también las de la cerámica de barniz negro. Este sincronismo muestra la coexistencia de todas las formas que se han hallado y, lógicamente las hace partícipes de una misma actividad comercial. Por si fuera poco, su común origen púnico-ebusitano, en la mayoría de los casos, demuestra claramente la tendencia de los intercambios. Así, debemos suponer que durante los años inmediatamente anteriores a la conquista romana, que, según parece, conllevó el abandono de nuestro poblado, el comercio con la isla de Ibiza, sino abundante, es, al menos, regular. Este hecho demuestra que buena parte de la escasa actividad importadora de los layetanos del Turó del Vent tenía como origen la colonia púnica de Ebusus que, en este momento, juega un importante papel en relación con las poblaciones ibéricas del litoral Mediterráneo de la Península, exportando sus propias manufacturas y las de otros lugares del área púnica. Este comercio con los cartagineses se vería complementado con el procedente de las factorías focaeas del nordeste de Cataluña.

Pero ¿cuáles eran realmente los productos que se importaban? Hasta el momento, no existen los suficientes hallazgos para asignar un contenido concreto a las ánforas púnico-ebusitanas de la clase PE 1. Un reciente y meritorio estudio tiende a considerar las portadoras de aceite. Sin embargo, en el pecio de Cabrera, quizás mediante un uso secundario, aparecen como envases de viscoso resinoso. Por otra parte, las ánforas de la clase 2 debieron contener vino con toda probabilidad. En cualquier caso, el aceite y el vino procedentes de Ibiza no se ha encontrado en la excavación, de momento, ningún fragmento de ánfora greco-italica o italiana debieron ser un verdadero lujo, a juzgar por la proporción de ánforas, cuando su número se compara con el de los materiales autóctonos y, sin duda, estos productos de importación no pudieron ser objeto de un consumo diario ni mucho menos generalizado.

Los olpes púnico-ebusitanos que en origen serían seguramente hydrias, llegaron con toda seguridad acompañando a las ánforas. Es difícil suponer que formasen parte del cargamento como materiales de importación sometidos a una demanda comparable a la de las ánforas, pues, su escaso número en el Turó del Vent no invita a demasiadas conclusiones. Sin embargo, su presencia se constata en otros lugares donde, también son poco numerosos. De este modo,

nos inclinamos a creer que, si bien fueron adquiridos por los indígenas, tuvieron el carácter de producto complementario supeditado a la exportación de líquidos envasados en ánforas púnico-ebusitanas.

Por otra parte, la presencia de estos olpes constituye un indicio más de lo que suponemos un comercio directo con Ibiza. Las ánforas PE 16 y PE 24, expedidas directamente desde la colonia cartaginesa, bien pudieran haber sido acompañadas por estas otras cerámicas de la misma procedencia. Sin embargo, la llegada de estos vasos a través de un comercio de origen no púnico parece improbable. Finalmente, el ánfora D 1b, que no es una manufactura ebusitana sino cartaginesa, puede llegar a nuestro poder a través de Ibiza que, según parece, cumplió la función de centro redistribuidor de productos púnicos no ebusitanos.

Además de los materiales púnicos y de barniz negro, la excavación realizada en el Turó del Vent ha proporcionado una pequeñísima muestra de otros productos. Se trata de un fragmento de ánfora massaliota y dos fragmentos de ungüentario.

El fragmento de ánfora procede de la limpieza de perfiles realizada en 1980 y, por lo tanto, carece de contexto estratigráfico. Sin embargo, gracias al corto arco cronológico de los estratos de la segunda fase del poblado, de los que proviene, puede adjudicársele una cronología de finales del siglo III o principios del siglo II a. de J.C. Esta fecha corresponde evidentemente al momento de la amortización de la pieza, pero, sin duda, pone de manifiesto la llegada de este tipo de materiales al yacimiento. Estas piezas fueron producidas en el Mediodía de Francia, y su aparición en Llinars puede ilustrar una relación incipiente, quizás indirecta, con aquella zona, orientada en este caso a la importación de vino.

En cuanto a los dos fragmentos de ungüentario, hay que apuntar que proceden del estrato 11 de 1981. Se trata de un relleno rico en materiales, que puede datarse entre finales del siglo III y principios del II, en el que están presentes las principales especies cerámicas propias de este momento. No es mucho lo que puede decirse de estos dos fragmentos, que a lo mejor, formaron parte de una misma pieza. En todo caso, constituyen una muestra más de la exigua actividad importadora de los moradores del poblado, no por ello menos significativa. Su tipología se halla recogida en las necrópolis de Ampurias, donde, precisamente, aparecen en dos casos asociados con olpes, uno de ellos púnico-ebusitano, de la forma Eb. 29, como los que se recogieron también en el estrato 11. Al parecer, se trata de manufacturas griegas o suditálicas muy frecuentes durante los siglos IV y III a. de J.C.

Desde hace años es sabida la existencia de unas interesantes producciones de cerámica ibérica, que se encuentran en un área limitada, a grandes rasgos, por el Ródano y la actual provincia de Murcia. Estos materiales se han conocido durante mucho tiempo con la denominación de cerámica gris ampuritana, que les adjudicó M. Almagro Basch al estudiarlos en su obra dedicada a las necrópolis de Ampurias, o con el de cerámica gris de la costa catalana acuñado por P. Bosch Gimpera. Ultimamente, un meritorio trabajo de síntesis debido a C. Aranegui los ha presentado como cerámica gris monocroma, precisando, al tiempo, su área de expansión y la gran diversidad de tipos que comprende según las zonas. Desde entonces, la atención sobre estos productos se ha acentuado, confirmándose cada vez más la especificidad de la cerámica gris como exponente típico del momento de plena iberización de Cataluña. Con ella coincide plenamente su época de mayor expansión, durante los siglos III y II a. de J.C., aunque las formas principales de la cerámica gris aparezcan desde el segundo cuarto del siglo IV a. de J.C. y perduran hasta el principado de Augusto.

Como se ha dicho, fueron muchos los centros productores de esta modalidad alfarera y, entre ellos, destaca el que viene situándose en la colonia griega de Emporion, pues, hasta el momento, es el mejor conocido y el que marcado la pauta en el estudio de la cerámica gris. De todas formas, es evidente que estas manufacturas fueron obra de varios talleres, que trabajaron sincrónica y paralelamente, sin que los originales ampuritanos debieran ser exactamente imitados en otros puntos.

La cerámica gris ibérica se caracteriza por un repertorio de formas muy determinado que, en ciertos alfares, puede verse enriquecido con variantes. El tipo básico es una jarrita de aspecto bitroncocónico y borde vuelto, provista de un asa. Su superficie exterior puede ser lisa o decorada con listeles longitudinales en número de uno a tres. El pie, aunque mejor sería hablar de pseudopié, está poco resaltado y, visto desde el exterior, no es más que una prolongación de la pared, aunque en el interior se hace claramente anular, sobre todo en los ejemplares más tardíos. En el fondo externo aparece en ocasiones un disco central

situado unos milímetros más elevado que la superficie de reposo. La jarra bicónica constituye, sin duda, el tipo más original de la cerámica gris. Es decir, casi la única forma cuya filiación -de la que luego nos ocuparemos- hay que buscarla en productos autóctonos anteriores.

Además del jarro bicónico, caracteriza a la producción de las cerámicas grises la aparición de una serie de cuencos inspirados en formas de las cerámicas de barniz negro importadas. Así, son muy frecuentes las imitaciones de las formas 25 a 27 de Lamboglia. También se encuentran imitaciones de skyphoi áticos, e, incluso, en la baja época de esta producción, de formas de la cerámica campaniense B. Son también típicos de la cerámica gris los askoi provistos de un asa vertical colocada en la parte superior y de un vertedor cilíndrico. Finalmente, cabe hacer mención de las imitaciones de cubiletes de paredes finas, aunque éstas son también de los últimos momentos de actividad de estos talleres.

Los talleres del litoral catalán

Son los que mejor conocemos, sobre todo gracias a las excavaciones de Ampurias y a las investigaciones llevadas a cabo en numerosos poblados ibéricos. Sin duda, el mejor estudiado de estos talleres es el que manufacturó la cerámica gris ampuritana. De momento, se desconoce su ubicación exacta, pero se tiende a situarlo en el solar ampuritano, aunque todavía no se ha descubierto con certeza el asentamiento ibérico vecino a la ciudad citada por las fuentes. Su actividad fué muy notable y se halla constatada sobre todo desde el siglo III hasta el cambio de Era aproximadamente. Sus formas son las típicas de la cerámica gris ibérica y su actividad exportadora, merced al empuje comercial de la propia ciudad, fué abundante e importante.

Del resto de los talleres conocemos repertorios de piezas o piezas aisladas aparecidas en el transcurso de distintas excavaciones aunque ignoramos su ubicación, área de influencia, etc. Sin embargo, nos permitimos hablar de talleres en plural porque saltan a la vista las diferencias de formas, acabado, decoración, etc., existentes entre las cerámicas grises ibéricas de distintos puntos del litoral catalán.

En lo que se refiere al poblado ibérico del Turó del Vent, es evidente la existencia de una producción de cerámica gris característica, plenamente distinta, por ejemplo, de las cerámicas grises ampuritanas. Hasta ahora no nos hallamos en condiciones de atribuir esta manufactura a nuestro poblado, pero es claro que se abasteció preferentemente de estos productos. En todo caso, y de entrada, es

necesario anticipar que las características de la cerámica gris sobre todo en lo que se refiere a acabados y decoración, son idénticas a las del resto de la cerámica ibérica presente en el yacimiento. Este hecho es particularmente claro en las cerámicas oxidadas, dentro de las cuales existen formas absolutamente idénticas a las grises. Acerca de este fenómeno, es preciso señalar que tal circunstancia se distingue también con mucha claridad en los talleres ampuritanos, donde existen los característicos jarritos bicónicos en pasta rojiza o marrón, además de imitaciones de las cerámicas campanienses o de paredes finas manufacturadas en barro oxidado.

De todas formas, tampoco hay que descartar la producción en un mismo alfar de distintos tipos de cerámicas ibéricas. Este fenómeno, que se podría deducir con facilidad de la coexistencia de formas de cerámica gris con paralelos oxidados, podría extenderse a otros tipos de cerámica ibérica cuyos acabados y técnica son muy similares a los de los productos que nos ocupan. Todo ello no es óbice para la posible existencia de talleres especializados en la manufactura de cerámicas grises, ánforas, etc.

La cerámica gris de Llinars

En cuanto a la producción de cerámicas grises propiamente dichas, que, desde ahora, estudiaremos junto con los ejemplares oxidados pero sin olvidar su vinculación con el resto de los productos ibéricos a torno, las formas del Turó del Vent están dotadas de cierta personalidad. En primer lugar cabe hacer hincapié en que, visto el corto desarrollo cronológico de la zona estudiada, las cerámicas ibéricas constituyen el exponente de un momento muy determinado de su evolución y carecemos de datos referidos a los antecedentes o consecuentes de estas formas, que prácticamente no cambian a lo largo de la serie que conocemos.

Entre los aspectos formales, comenzando por las jarritas bicónicas, destaca el gran número de ejemplares que presentan el pseudo pié escasamente realzado. Es decir que el anillo de la base no es más que una prolongación de la pared del vaso. Esta circunstancia, que en la cerámica gris ampuritana puede representar, aunque con reservas y excepciones abundantes, un carácter de antigüedad, ayuda a personalizar los productos aparecidos en Llinars. También es interesante destacar la forma de los bordes, exvasados pero ciertamente angulosos y engrosados considerablemente en su unión con la pared de la pieza. Finalmente, salta a la vista la peculiar decoración de un sólo listel, situado en el tercio superior de la pared, cerca de la boca, y casi ausente de las cerámicas ampuritanas.

También es importante tomar en cuenta el color gris oscuro de la pasta, casi negro, que en muchos casos, es también bicolor, gris en el exterior y roja en el interior. Por otra parte, los ejemplares oxidados son de un color rojizo o marrón que en nada se diferencia del que poseen piezas no incluidas en el cuadro de formas de la cerámica gris: jarras de borde vuelto, vasos de "cuello de cisne", etc.

Las jarras bicónicas

Las excavaciones realizadas en el Turó del Vent han proporcionado cuarenta y seis fragmentos reconocibles de jarra bitroncocónica. Esta cifra hace que los bicónicos, como es usual en la mayor parte de los yacimientos ibéricos, sean una de las piezas más representativas dentro de la cerámica gris, incluyendo los ejemplares oxidados que adoptan esta misma forma.

Como antes hemos apuntado, las características de este tipo no son totalmente homogéneas. Aparte del perfil, que recuerda dos troncos de cono opuestos por la base, en cuya unión se encuentra la carena del vaso, existen otros caracteres no comunes a todos los ejemplares hallados, y que, quizás, pueden dar idea de una cierta evolución tipológica o de una distinta filiación. Estas diferencias son ostensibles en la forma del pie que, aunque en ninguna jarra de las estudiadas llega a ser anular y exento, como ocurre en las páteras, presenta notables variantes. Así, hallamos algunos fragmentos provistos de un pseudopié, otros poseen un medallón en la base, colocado en posición central, concéntrico a la superficie de reposo, y situado unos milímetros por encima de ella. Esta característica disposición de la base es uno de los elementos comunes a gran parte de las jarras bicónicas grises ibéricas. También se da el caso de la presencia de un pseudopié anular que no comprende anillo central en el fondo externo y, finalmente, hallamos fondos simplemente planos. Estas cuatro formas distintas en la disposición del pie coinciden temporalmente, pues teniendo en cuenta el corto decurso cronológico de la parte del yacimiento estudiada, todas las cerámicas halladas en el Turó del Vent, corresponden a un mismo momento dentro de la evolución de las producciones ibéricas.

Por otra parte, como ahora veremos, las distintas modalidades decorativas halladas no se dan necesariamente sobre vasos con un cierto tipo de pie, lo que permite suponer que la forma de las bases, por lo menos en este momento y considerada de un modo amplio, no presenta demasiados indicios de una clara y excluyente evolución lineal. Acaso la única indicación válida esté constituida por la ausencia absoluta de pies muy realzados, o por la muy similar propor-

ción entre bases con disco central externo y sin él. Tal hecho podría indicar que las piezas se proveyeron progresivamente de este medallón pues, más tarde, su presencia será característica propia de una gran mayoría de las jarras bitroncocónicas. Por último, deben citarse los vasos con fondo plano, presentes, aunque no mayoritarios, que pudiéran ser muestra de la perduración de un carácter arcaico en vías de extinción.

Las decoraciones que se han hallado en esta forma son las típicas de la cerámica gris, que precisamente se caracteriza por su es casez y monotonía ornamental. Se trata de pequeñas molduras de sección semicircular, que recorren longitudinalmente la zona de la pared del vaso situada entre el borde y la carena. Estos file tes, pueden transformarse en salientes de sección triangular o, simplemente, en incisiones. Las decoraciones del Turó del Vent se caracterizan por la presencia de uno o dos filetes, pues no se dan tres de estos motivos más que en rarísimas ocasiones. Esta circunstancia puede ser fruto de la cronología de las piezas que estudiamos o mas bien, del particular estilo del taller al que pertenecen. Hemos encontrado nueve piezas decoradas con un solo filete, que constituye el motivo más abundante, pero también poseemos una con dos listeles paralelos en el tercio superior de la pared, tres con una o más incisiones longitudinales y paralelas en la misma posición, una en la que el listel se combina con una incisión y, por fin, una decoración de tres filetes. Como pue de verse, estos distintos tipos de decoración coexisten en un mis mo momentos y, como ocurría con la forma del pie, los indicios cronológicos que proporcionan son puramente hipotéticos. Así, cabe advertir que la única jarra con tres listeles pudiera representar un carácter de modernidad o, simplemente, imitar a un taller como el ampuritano, que produce decoraciones de estetipo en el momento que nos ocupa, si no es que la pieza fue simplemente impor tada. Igual pudiera suceder con los ejemplares decorados con dos listeles paralelos, por lo demás muy característicos del taller que abasteció a los habitantes del Turó del Vent.

Para terminar con lo referido a esta forma, debe mencionarse la decoración de mamelones presente en la carena de tres piezas, dis posición muy común en jarras bitroncocónicas de esta época, que en contramos tanto en Ampurias, donde aparece aún durante el siglo II, como, por ejemplo, en Cabrera de Mar.

Las formas de imitación

Junto con las jarritas bicónicas, son representativos de la cerámica gris ibérica de Llinars otra serie de tipos. Se trata de formas que toman como modelo producciones foráneas para completar la vajilla de mesa. De este modo, el segundo tipo en importancia junto con el bicónico es la pátera. Su número es muy importante, pues se han hallado cuarenta y cinco fragmentos reconocibles, es decir, casi idéntica cantidad que de jarras bicónicas; y, en todos los casos, consituyen imitaciones de la vajilla barnizada en negro. Se trat siempre de ejemplares que recuerdan las formas 25 a 27 de Lamboglia, sobre todo la 26.

Se han encontrado ventiún ejemplares con el borde reentrante, similares a las formas 26 a 27A de Lamboglia, tres ejemplares con labio parecido pero además provistos de una arista exterior más o menos viva, que en algunos casos recuerda a la forma Lamboglia 34, un borde casi vertical, semejante a la forma 27B y, finalmente, dos ejemplares con bordes más suaves, más parecidos a los modelos de barniz negro de la forma 25. En muy pocos casos se han hallado piezas completas, y este extermo dificulta el establecimiento de relaciones entre formas de borde y pie. De cualquier manera, es necesario apuntar que los pies son siempre anulares, en once casos sin disco central en el fondo externo y en otras ocasiones con inclusión de este elemento. También se han catalogado cuatro fragmentos de pie sin disco central, pero con incisiones longitudinales en la cara externa del anillo de la base en número de una a tres y, finalmente, un pie, bastante atípico, con sendas aristas al final del anillo de la fase y el principio del fondo externo.

Esta disposición de los pies, que generalmente son bastante altos, representa un exponente de una producción típica del momento hallado, en la que son absoluta mayoría las bases altas, sin disco central, disposición que, como en los bicónicos, será general en épocas posteriores y, en algunos casos, con una leve decoración de ranuras longitudinales, inopinada en periodos más tardíos. Debe destacarse, además, la presencia de numerosas perforaciones en los anillos de la base de las piezas, realizadas antes de la cocción con el fin evidente de suspender el plato cuando no estuviera en uso.

Las páteras desempeñaron en la vajilla de mesa el papel del plato actual y su filiación como hemos vistos, es foránea. Aparte de su evidente parecido con formas similares importadas de barniz negro, no existen tipos similares en producciones a mano más antiguas, a diferencia de lo que ocurre con la jarra bitroncocónica. Es más, los platos ibéricos de los comienzos de esta cultura toman también como modelo ejemplares importados, principalmente de origen semita.

Además de las páteras, encontramos otras formas de imitación dentro de la cerámica gris del Turó del Vent. Su número es mucho menos y su presencia casi anecdótica, lo que hace suponer que tendrían una función suplementaria y, lógicamente, un consumo menos importante. Se trata de tres esquifoides y dos askoi -que serían cuatro si atribuimos a esta forma dos pequeños fragmentos informes decorados con mamelones-. Tanto un tipo como el otro, adoptan una apariencia bien conocida, adquiriendo una especial personalidad, que puede verse reflejada en el pie alto y estrecho de los esquifoides, por ejemplo, pero sin dejar de recordar las formas originales importadas.

Para concluir, podemos afirmar que las cerámicas grises del Turó del Vent constituyen un típico producto del área layetana. Sus formas, decoraciones y aún su factura son las características de esta zona en la que todavía no se han localizado alfares que manufacturasen estas cerámicas, pero, a juzgar por las características de los hallazgos, hemos de creer en su existencia. En efecto, los tipos estudiados no carecen de personalidad; la jarrita bitroncocónica, cuyos precedentes deben buscarse en productos indígenas anteriores, y de la que se dan antecedentes en torno a los primeros tiempos de la cultura ibérica, tiene su eclosión durante el siglo III a. de J.C. Este tipo se conoce muy bien gracias a los hallazgos ampuritanos, cuya difusión a través de la costa es indiscutible. No obstante, a pesar de la deficiente conservación de los bicónicos que hemos hallado, puede observarse que su factura es distinta de la empleada en los vasos ampuritanos. La pasta es más oscura y menos cuidada y, en gran número de ocasiones -mucho más de lo que acontece en Ampurias- bicolor. También es importante numéricamente la producción oxidada, quizás más que en el área indiketa, pero, sobre todo, las decoraciones adquieren personalidad propia. Apenas existen los vasos con tres listeles; son abundantes, como en el resto de los poblados layetanos, los jarrros con un solo listel y, también como en otros poblados de la misma zona, están presentes las decoraciones de molduras de sección triangular o ranuras paralelas. También hemos visto hacer acto de presencia a las decoraciones de mamelones sobre el diámetro máximo

dé la pieza, que parecen muestra de un gusto arcaizante arraigado en tradiciones autóctonas. Este motivo, presente en Ampurias, es también común a los productos layetanos del siglo III, manifestándose en la ornamentación de jarras bicónicas y askoi.

En cuanto al resto de las formas, las imitadas de modelos importados, su repertorio presenta ciertas singularidades, como algunos vasos con ranuras en el pie o borde muy vertical, pero, en general, excepción hecha de la técnica de fabricación, son muy similares a las cerámicas grise ampuritanas o de otras áreas, sobre todo por reproducir con similar fidelidad los mismos modelos de importación.

Se trata de la especie mayoritaria dentro de los hallazgos registrados en la excavación y, sin embargo, es una de las peor conocidas. La hemos dividido para su estudio en una serie de categorías, que atienden a su hipotética función, pues, es sabido que, dentro del inexpresivo apelativo de cerámica común, se incluyen diversos productos cuya utilidad, centrada mayoritariamente en el ámbito doméstico, fué bien distinta. Así, hablaremos de vajilla de mesa -complementaria de la cerámica gris-oxidada-, jarras para contener líquidos, vasos para contener o almacenar alimentos, y recipientes para el transporte.

Antes de pasar al análisis detallado de cada una de estas categorías, hemos de subrayar la mínima cantidad de formas aparecidas. Nos referimos a tipos genéricos, como las "jarras de borde vuelto" o los vasos con "cuello de cisne", por ejemplo, que, aunque presentan numerosas e interesantes variantes, no dejan de ser manufacturas uniformes, que se reiteran en todos los estratos, reduciéndose así considerablemente la variabilidad tipológica.

La factura de todas estas cerámicas es muy similar y ello es una de las causas principales de haberlas incluido juntas en un mismo apartado. Las pastas son de buena apariencia, resultante de una cocción a temperatura elevada. Presentan una fractura caracterizada por las aristas vivas y son, generalmente, bastante duras. No suele haber restos de desgrasante visibles, y, cuando éste aparece, lo hace en forma de pequeñas partículas de cuarzo o mica brillante. La coloración de las piezas es variable, incluyendo tonalidades que van desde el anaranjado pálido hasta el marrón, pasando por el rojo, aunque la acidez del terreno ha desfigurado considerablemente la apariencia cromática de las cerámicas. En una gran parte de los casos, encontramos pastas bicolors, oxidadas en el exterior y reducidas en el interior, aunque también acontece el supuesto contrario, sobre todo en las cerámicas grises. En ciertos casos, la pasta es de sandwich, con la franja gris o negra en el centro del corte de los fragmentos. Diríase, como apuntábamos al ocuparnos de la cerámica gris, que estos productos son todos ellos fruto de la actividad de un mismo taller. Esta homogeneidad técnica se descubre también en los procedimientos decorativos. Ciertos motivos, como las estrechas molduras de sección semicircular, aparecen al tiempo en la cerámica gris-oxidada y en los vasos con "cuello de cisne". Los pseudopiés de algunas jarras son similares a los que vemos en los bicónicos grises, y la decoración de ranuras paralelas o de molduras de sección triangular, son también propias de aquella forma.

Es necesario apuntar que no se ha hallado un solo fragmento con decoración pintada. Este dato puede ser sintomático en lo que se refiere al período de la evolución cronológica de las cerámicas ibéricas en que nos hallamos, y se ve confirmado por los hallazgos de la necrópolis de Cabrera de Mar, cuyo conjunto cerámico creemos contemporáneo al nuestro, y que presenta la misma ausencia. Tampoco ha aparecido ningún fragmento de Kalathos, lo que vuelve a confirmar nuestra suposición.

La vajilla de mesa

La única forma que puede incluirse sin reservas en esta categoría es la de los cuencos con umbo. Se trata de vasos generalmente himisféricos y de suave perfil en ese. Se caracterizan por el borde exvasado, a veces no diferenciado, otras separado de la pared por una pequeña inflexión, y por la presencia de un umbo de considerables dimensiones. Este es generalmente redondeado, aunque, en ocasiones puede presentar la parte superior aplanada. Estos cuencos son típicos de la vajilla del siglo III a. de J.C. y poseemos numerosos paralelos en el área layetana. Sin duda, se utilizarían para contener alimentos dispuestos para ser consumidos, haciendo juego en la mesa con la cerámica gris y los productos de importación, que, en su inmensa mayoría son páteras o skyphoi, es decir, vasos para comer y beber.

Jarras para contener líquidos

Pudieron ser utilizadas como complemento de la vajilla de mesa o para diversas funciones domésticas. Son esencialmente vasos bitroncocónicos, siendo variable la angulosidad de su carena. El borde es siempre vuelto hacia afuera y puede ser de sección triangular, cuadrado o redondeada. También existen ejemplares con borde ganchudo, es decir, formando dos sinuosidades unidas. Generalmente van provistos de una o dos asas, que pueden partir directamente del borde o del cuello, desde la parte de éste situada directamente bajo la boca. En su mayor parte son lisos, aunque pueden presentar decoración de una moldura de sección triangular o de un estrecho filete, siempre en el cuello. Los fondos de estas jarras son de forma variable y, debido a la gran fragmentación del material, los conocemos mal. Sin embargo, no es aventurado afirmar que pueden ser cóncavos formando un amplio y suave umbo, o adquiriendo la disposición de pseudopie con el anillo de la base más o menos realzado, tal y como hemos visto en las jarras bitroncocónicas grises, con las que estas piezas tienen, sin duda, un considerable parentesco.

Jarras de estos mismo tipos las encontramos en la necrópolis de Ca

brera de Mar, donde se exhumó una extensa serie que, sin duda, es contemporánea de la del Turó del Vent y, casi con seguridad, ambas, son obra del mismo taller.

Vasos para contener o almacenar alimentos

En general, todas las piezas pertenecientes a esta clasificación genérica son de dimensiones un tanto considerables, aunque su tamaño no llega en ningún caso al de verdaderos vasos de almacenamiento comparables, por ejemplo, a los dolia romanos. Se trata generalmente de recipientes ovoides o carenados con el borde en forma de "cuello de cisne" o, simplemente, exvasado. Existen también algunos ejemplares de boca acanalada, que posiblemente irían acompañados de tapadera y, finalmente, piezas muy características, de las que desafortunadamente desconocemos perfiles completos, provistas de vertedor, ya sea de forma cilíndrica y con reborde o de medio caño. Hemos de destacar que no se han hecho presentes en la excavación, vestigios de grandes vasos de almacenaje, destinados a permanecer fijos en ciertos lugares de la vivienda, quizás debido al carácter de la zona estudiada, cuyos materiales, muy fragmentados, proceden en gran parte de estratos de aportación, en los que no es posible hallar estas piezas in situ o fragmentos significativos de las mismas.

Recipientes para el transporte

Aparte de los fragmentos de ánfora púnica estudiados y del trozo de ánfora massaliota que se ha citado, los recipientes para el transporte están representados, por una buena cantidad de ánforas ibéricas. Se trata del conocido tipo en forma de zanahoria tan característico de la costa catalana, que recuerda modelos fenicios o púnicos. No poseemos ningún perfil completo de este tipo de vaso. Sin embargo, se han encontrado abundantes labios y algunas asas y pivotes. La forma de los labios, que junto con la apariencia general de la pieza, puede estar sujeta a una cierta evolución tipológica, es bastante variopinta. Predominan las piezas con labio vertical corto, aunque también existen algunos ejemplares con este mismo tipo de borde alto y bien diferenciado. Al mismo tiempo, se dan labios de sección redondeada y otros absolutamente planos. Como puede verse, se trata de productos heterogéneos, pero contemporáneos. Ello da idea de que las diversas formas del borde conviven durante este momento, y es difícil por ahora establecer una cierta evolución a través de su mayor o menor altura, de su redondez o de su angulosidad. En cualquier caso, se constata que el tipo más característico o, por lo menos, más abundante es

el borde vertical, corto y anguloso, presente en otros yacimientos de esta época, como la necrópolis de Cabrera de Mar o el Puig del Castellet (Lloret de Mar), por ejemplo.

LA CERÁMICA A MANO DE TRADICIÓN PRECOLONIAL

El yacimiento del Turó del Vent o poblado del Far ha proporcionado como la mayor parte de los asentamientos ibéricos, una buena cantidad de producción cerámica moldeada a mano. En efecto, todavía a fines del siglo III antes de nuestra Era, los distintos poblados ibéricos elaboraban una parte no menospreciable de su utillaje cerámico mediante técnicas tradicionales que nada tenían que ver con las producciones cerámicas industrializadas. Es evidente que, al analizar ambos complejos cerámicos, nos hallamos en presencia de la permanente dicotomía constatable en la cultura material cerámica de las poblaciones íberas. De un lado, el conjunto de producciones locales e incluso territoriales, que se elaboran en talleres muy concretos o en centros de amplia distribución, pero, siempre, en forma industrializada y con la utilización del torno rápido. De otro lado, las producciones cerámicas hechas a mano, que, con una gama muy poco variada de formas y decoraciones, debieron servir durante centurias para unas funciones tan específicas que determinaron su escasa variabilidad. Sin embargo, no debemos olvidar que cuando sólo relacionamos con las etapas precedentes al mundo ibérico las cerámicas fabricadas a mano, estamos cometiendo un error de simplificación. De hecho, también una buena parte de las cerámicas torneadas posee una filiación indígena-tradicional que, en algunos casos, puede remontarse no sólo a las fases ibéricas antiguas, sino, también, al Bronce Final. En este sentido, las apelaciones el uso de "cerámica reducida de tradición hallstática" "cerámica tosca", "cerámica de cocina" y "cerámica a mano" con las que los investigadores denominábamos hasta ahora a estos productos, deben ser urgentemente matizadas para no prestarse ya más a confusión.

Si estamos de acuerdo en que una gran parte de la producción cerámica industrializada responde a tradiciones alfareras antiguas, de igual forma que la casi totalidad de la cerámica no torneada, debemos replantearnos ante todo, esta cuestión terminológica.

Así, proponemos desde aquí que utilicemos una clasificación más coherente que se refiera fundamentalmente a la filiación de las distintas especies cerámicas. El apelativo de "cerámica a mano de tradición precolonial" sería el más conveniente para aquellas producciones, mayoritarias al principio del mundo ibérico -entre los siglos VI y V- que ce

derían en número a medida que avanzara el proceso de cristalización del pleno iberismo entre los siglos IV y II a. de J.C. Estas producciones -que en yacimientos como el Puig Castellet todavía representan en pleno siglo III el 54'75% del total cerámico- son el reflejo de las modalidades alfareras anteriores a la culturación ibérica. Con el paso de los años, y aún cuando su confección debía responder sin duda, a los gustos locales, su producción se ve reducida en favor de las piezas torneadas. No deja de ser sintomático el hecho de que estas manufacturas no sólo disminuyen en cantidad, sino también en variedad de formas. Es muy plausible, que junto a unos criterios atávicos de gusto tradicional que hayan podido ayudar al mantenimiento de unos tipos en detrimento de otros, haya jugado un importante papel la especificidad en el uso de dichas cerámicas.

Dejaremos para otra ocasión el estudio más profundizado de estas producciones. Por el momento, bástenos señalar que la cerámica tradicional a mano del Turó del Vent presenta como en la mayoría de yacimientos, coetáneos, una gran concreción en su tipología. Las formas más apreciadas de la cerámica de tradición precolonial, elaboradas originariamente y como es lógico, a mano, terminan siendo moldeadas a torno en un proceso de industrialización que sigue las necesidades de abastecimiento de un mercado que las solicita en grandes cantidades. Fundamentalmente, se trata de la manufactura de vasos bitroncocónicos que, con pocas variedades formales y decorativas -recordemos las distintas soluciones en los bordes, listeles y fondos- constituyen en toda el área layetana, y en gran parte del territorio catalán, la forma preferida y más extendida.

Ahora bien, por lo que respecta a las producciones de "cerámica a mano de tradición precolonial", nuestro yacimiento es un buen ejemplo de que sólo unos pocos tipos, bien arraigados en el gusto local y específicamente destinados, desde siglos antes, a unas funciones bien determinadas, subsisten fabricados, a mano, coexistiendo hasta la romanización con las producciones torneadas. En el Turó del Vent estas formas quedan prácticamente reducidas a tres: en primer lugar, y de manera muy preeminente, los dos vasos de perfil en S que pueden adoptar siluetas variadas pero que responden a una misma concepción: se trata fundamentalmente de piezas tipo "urna", siempre con fondo plano, cuyos bordes son, por regla general, exvasados, algunas veces rector y, en muy contadas ocasiones, entrantes, viéndose también algún esporádico borde muy exvasado. En segundo lugar y, emparentadas con esta forma, hallamos en nuestro yacimientos otras dos soluciones cerámicas a mano: los vasos de perfil troncocónico, ya sea con borde casi recto o sumamente entrante, y las vasijas pseudotroncocónicas de perfil quebrado con inicio de carena acusada, que entrarían a formar parte de los tipos que los investigadores galos denominan pots au fleurs.

Estas tres formas, las únicas junto con las tapaderas que constituyen el stock cerámico de las producciones precoloniales a mano, suelen ir decoradas con un collarino en relieve impreso con digitaciones y colocado en la zona del cuello de la pieza que, por su forma en S de cuello alto, se halla generalmente muy cerca del borde. Otras ornamentaciones aplicadas a estas piezas, aunque muy minoritarias, consisten en una línea de pequeñas incisiones verticales o en diagonal en la zona del hombro y algún pequeño cordón impreso verticalmente. Asimismo, es muy corriente en esta producción cerámica exhumada en El Turó del Vent, que estos vasos porte como elementos de sujeción o prehensión, dos lengüetas opuestas de notables dimensiones y cuya característica principal radica en que, en un gran tanto por ciento, presentan dos depresiones o impresiones circulares en su frente -ya sean digitales o no- que convierten a este elemento en una verdadera lengüeta trífida. Junto con estas lengüetas, trífidas o no, de grandes dimensiones, encontraremos en esta producción las finas lengüetas elevadas y las lengüetas lisas sin impresiones, así como alguna lengüeta semi-circular en forma de U invertida formada por un cordón liso en relieve. En bastantes ocasiones, estos elementos de prehensión enlazan horizontalmente con el cordón en relieve impreso que se situó en el cuello del vaso.

Por lo que respecta al otro tipo de pieza corriente en esta producción, la tapadera, hay que anotar que muestra escasas variantes. El diámetro de los ejemplares exhumados es fuertemente regular, oscilando entre los 15 y los 19 centímetros.

Parece lógico suponer, que estos ejemplares cuya escasa variabilidad formal se centra en la mayor o menor inclinación del perfil, en la mayor o menor redondez y angulosidad del labio, o en el pomo plano o con depresión central, iban destinadas a servir de complemento a un tipo concreto de vaso que, es muy plausible se tratase de los ya estudiados vasos en S o urnas de fondo plano.

En definitiva, sobre estas formas esenciales en las que predominan los bordes ligeramente exvasados y los fondos de perfil anguloso, se basa el repertorio cerámico de estas producciones en nuestro yacimiento. El hecho de que las pastas sean, en general, bastante groseras, con una gran inclusión de arenilla y cuarzo, aboga por el hecho -por otro lado, lógico- de que fueron fabricadas en el mismo yacimiento. De todas maneras, no sabemos hasta qué punto podemos hablar con respecto a formas de una cierta personalidad -en este caso, los vasos con lengüetas trífidas- de producción estrictamente local en nuestro asentamiento o de producciones típicas de un área regional más amplia.

Lo que sí habría que tener en cuenta es que estas producciones a mano de tradición precolonial pierden lentamente su condición de manufacturas caseras o domésticas para caer en la órbita de las producciones realizadas en serie por artesanos del poblado o alfareros locales. Aunque no parece lógico para este tipo de producciones la existencia de talleres regionales -al estilo de los que realizaban las producciones torneadas-, es interesante observar cómo formas con decoraciones y elementos prácticamente idénticos a los existentes en el Turó del Vent aparecen en otros yacimientos costeros próximos, como el poblado de Puig Castell de Sant Cebrià de Vallalta y el yacimiento del Turó de Montpalau (Pineda de Mar). En este sentido, puede tratarse de producciones locales de cada asentamiento, realizadas coetáneamente y con semejantes arcillas e idénticos componentes, puesto que no hay que olvidar que nos referimos a un mismo ambiente geológico.

Como en la mayoría de los asentamientos ibéricos catalanes, la presencia de pondera y fusayolas es abundante en el Turó del Vent. Ya sea en forma de pequeños fragmentos, de masas semidesechas de arcilla o de piezas prácticamente íntegras, los pondera de nuestro yacimiento presentan una morfología muy uniforme, con tipos rectangulares y pseudotrapezoidales, de muy buena factura y realizados con una arcilla poco depurada, la misma con la que se moldearon las piezas de cerámica a mano de tradición precolonial. Así, en la campaña de 1981 han aparecido restos de pondera y fusayolas en los estratos 1, 2, 6, 9, 11 y 13, siendo particularmente abundantes los restos en los estratos 11 y 9 que corresponden, respectivamente, al suelo de utilización y a un hogar.

Por lo que respecta a la campaña de 1980 y a los materiales recuperados tras la limpieza de perfiles, aparecen pondera y fusayolas entre los restos de dicha limpieza y en los estratos 1, 3 y 5.

Estructuralmente, y como ya hemos avanzado, los pondera responden a los dos tipos básicos enunciados, con perforaciones circulares, en general, bien equidistantes del extremo proximal de las piezas. En cuanto a las fusayolas, éstas muestran distintas soluciones en una misma forma troncocónica con depresión basal o sin ella, resalte en el orificio, o, simplemente, con aspecto fusiforme. La arcilla utilizada en los pondera contiene abundante e irregular desgrasante de cuarzo y mica, que disminuye en tamaño cuando se halla incluido en las fusayolas.

Junto con estos objetos, han aparecido un cierto número de elementos discoidales, recortados de piezas cerámicas, de perímetro continuo o, más comunmente irregular. Algunos de ellos presentan una perforación central y han sido confeccionados en su mayor parte sobre cerámica común ibérica y, en algunos casos sobre ánfora púnico-ebusitana y cerámica gris.

La continuación de las excavaciones y la aparición de un mayor número de este tipo de piezas, proporcionará en el futuro material suficiente sobre el que realizar precisiones más numerosas, en el sentido de las efectuadas recientemente por algunos autores.

Otros objetos exhumados a lo largo de la campaña de 1981 y dignos de destacar son los siguientes: un punzón-espátula, de sección cuadrada y confeccionado en bronce. Apareció entre cenizas en el estrato 11. Finalmente, también en el estrato 11 fue hallada una típica cuenta esferoidal, algo achatada por los polos y con perforación central. Se trata de una cuenta-colgante, de pasta de vidrio azul turquesa, del tipo de las halladas corrientemente en asentamientos ibéricos de esta cronología. La fechación de tales elementos de ornamentación es muy

amplia, y aquí tan sólo nos interesa constatar que la llegada masiva de cuentas de distintas tipologías confeccionadas en pasta de vidrio, se fecha en pleno siglo IV a. de J.C., con gran abundancia de piezas policromas, del tipo que porta hilos y hojuelos. Cuentas de pasta vítrea de esta cronología son sumamente abundantes en todo el litoral mediterráneo de la Península Ibérica y poseemos buenos ejemplos en las inhumaciones 20 y 79 de la necrópolis Martí en Ampurias, y en un gran número de yacimientos de Cataluña y el País Valenciano. El flou rit de la arribada de estos elementos ornamentales se centra, sin em bargo, en el siglo III a. de J.C. En muchas ocasiones estas piezas acompañan la presencia de ánfora púnica o de cerámicas probablemente ebusitanas, y, en este sentido, participamos de la misma opinión que Tarradell cuando palntea la muy posible fabricación de gran número de estas piezas en talleres ibicencos. Así, ya sea como centro de fa bricación, como punto redistribuidor, o tal vez, como ambas cosas a la vez, Ibiza juega un importante papel a lo largo de todo el siglo III antes de nuestra Era en el abastecimiento de cierto tipo muy con creto de productos: aceite y vino, envasados en sus correspondientes recipientes anfóricos, determinados tipos cerámicos y pacotilla orna mental de entre la que sobresalen las cuentas de pasta vítrea.

El ejemplar del Turó del Vent parece confirmar, por su tipología y coloración, el hecho de la relativa modernidad de las piezas monocromas, desprovistas de incrustaciones de hilos y hojuelos. En todo caso, resta aún por hacer y sería muy conveniente el realizarlo, un estudio exhaustivo de este tipo de manufacturas, su cronología y dis tribución, que ayudaría sobremanera a la clasificación de los ejempla res aislados y a su agrupación en series y talleres.

A la vista de los resultados que hasta ahora hemos expuesto, fruto de los trabajos desarrollados durante dos campañas, nos hallamos en disposición de extraer una serie de conclusiones de las excavaciones efectuadas entre 1980 y 1981 en el Turpo del Vent. En primer lugar, podemos afirmar que, desde un momento todavía no concretado del siglo IV a. de J.C., tal vez desde su primera mitad, existe en el Turpo del Vent un asentamiento ibérico, del que aún sólo conocemos un campo de silos, amortizados a finales del siglo III a. de J.C. y, de entre los cuales, algunos de ellos fueron cortados por el recinto fortificado posterior que ahora excavamos. Este poblado, que ocupó la cresta de la colina y, sobretudo, la vertiente oriental, fue amurallado a fines del siglo III y, poco después, seguramente a principios del siglo II a. de J.C. quedó abandonado por sus habitantes.

Paralelamente al núcleo del Turpo del Vent, y, posiblemente desde la fundación de éste, funcionó otro asentamiento en el solar del vecino Castellvell, el cual, con toda seguridad, constituyó una avanzadilla del poblado principal, puesto que se encontraba en una posición todavía más estratégica que la de aquél, en un promontorio descollante que domina ampliamente los dos caminos naturales del Corredor y la llanura prelitoral del Vallès.

Ambos asentamientos, el del Turpo del Vent y del Castellvell, entendiendo que este último es subsidiario del primero, constituyen un típico ejemplo de la intensa ocupación humana de la cadena montañosa litoral o sierra de la costa, que acontece precisamente desde el siglo IV a. de J.C. hasta la conquista romana. La totalidad del macizo montañoso se halla plagado de núcleos similares al nuestro, situados en las faldas o en las cumbres de las montañas, pero siempre en eminencias del terreno desde las que se divisan amplias perspectivas y, por tanto, con un considerable valor estratégico. Además, muchos de ellos, como en el caso que nos ocupa, dominan los pasos a través de la sierra o el camino que transcurre por la llanura del Vallès. Al parecer, se construyeron en el siglo IV a. de J.C. entre otros, los poblados del Turpo de la Rovira (Barcelona), Turpo de Ca N'Oliver (Cerdanyola del Vallès), Puig Castellar (Sta. Coloma de Gramenet), Mas Boscà (Badalona), Sant Miquel de Vallromanes, Cèllec (Orrius), la Torre dels Encantats (Arenys de Mar), Puig Castell (Sant Cebrià de Vallalta) y Turpo de Montpalau (Pineda de Mar). Es muy sintomática esta masiva ocupación de lugares de interés militar con núcleos de población fácilmente defendibles. Sin duda, indica un motivo de inquietud que también se ha localizado en otros puntos de la costa mediterránea peninsular, y que bien pudo estar relacionado con las tensio-

nes entre romanos y cartagineses que desembocarían en las dos Guerras Púnicas. De cualquier modo, a partir de este momento, se produce un muy probable aumento de la población y la concentración del hábitat en una serie de asentamientos construidos ex novo, y que responden, con su densidad e importancia, a las crecientes necesidades de dar co bijo y seguridad a una población en un período de expansión demográfica y económica. Nos hallamos en un momento en el cual se ha roto ya plenamente el modo doméstico de producción, el cual había sido dominante en las poblaciones indígenas peninsulares durante milenios, y al que el impacto de las colonizaciones convulsiona y desplaza. Las comunidades íberas ya no producen por su propia subsistencia y el intercambio, sino que han entrado en una espiral de producción para satisfacer crecientes mercados, tanto interiores, como exteriores. De los recipientes de almacenaje familiar y los depósitos de provisiones que se supeditan al control del grupo, hemos pasado a los campos de silos que, desde el siglo V a. de J.C. y, fundamentalmente, a lo largo del siglo IV, han de cubrir unas crecientes necesidades de almacenaje. Es interesante constatar que, también en el Turó del Vent, el campo de silos aparece inutilizado a finales del siglo III a. de J.C. al igual que sucede en muchos otros asentamientos ibéricos catalanes. Muy probablemente, las turbulencias entre las dos grandes potencias mediterráneas y su influencia en las poblaciones indígenas peninsulares, motivaron una re cesión de la producción agrícola, probablemente asociada a un estancamiento demográfico y a unas superiores dificultades en el comercio ya fuese terrestre o marítimo.

Seguramente, junto con este tipo de poblaciones asentadas en lugares elevados, existió algún poblamiento disperso. Sin embargo a lo largo de los siglos IV y III a. de J.C. parece que esta dispersión fue mínima en la zona que nos ocupa, y no cambió el sistema de poblamiento hasta el siglo II a. de J.C., en el que encontramos la existencia de núcleos de habitación en zonas llanas, y la aparición de un denso poblamiento rural compuesto por un gran número de pequeños asentamientos. Es el fenómeno que, un tanto simplistamente, ha venido llamándose el "descenso" de las poblaciones ibéricas encastilladas hacia las tierras del llano, que comienzan a ser explotadas por los conquistadores romanos, introduciendo la centuriación de las superficies cultivables y nuevas formas de propiedad y explotación de la tierra.

Este proceso de formación de los núcleos ibéricos que estudiamos se inició en el siglo VI y tiene su máxima expansión en el siglo IV a. de J.C. y debe tenerse en cuenta indudablemente a la hora de estudiar la cultura material de las poblaciones autóctonas. Comienzan entonces las producciones a torno mejor conocidas, que, a partir del siglo IV, representan un verdadero punto culminante en este aspecto de la cultura ibérica, y cuyo desarrollo perdurará hasta el cambio de Era aproxima

madamente. De entre ellas destacan algunas de evidente personalidad como las grises, con sus distintos y numerosos talleres, o las denominadas comunes ibéricas. Estas manufacturas reflejan de algún modo la personalidad de las distintas etnias que las produjeron. Precisamente, desde el momento fundacional de esta serie de nuevos poblados amurallados y, preferentemente a lo largo de los siglos III y II a. de J.C. no resulta difícil distinguir la existencia de diversas facies culturales reflejadas en las diferentes producciones cerámicas cuya área de expansión, en ciertos casos, tiende a coincidir con el territorio de cada una de las tribus. Así se advierte una cerámica ibérica característica de los poblados layetanos -de la que los materiales de Llinars son un ejemplo-, otra propia de los indiketes, otra de los cosetanos, etc. Este hecho, evidentemente, debe ser contrastado a través de la necesaria investigación de detalle, sobre todo en el campo de las tan mal conocidas cerámicas comunes ibéricas. Sin embargo, dichas señas de identidad en la cultura material no dejan de confirmarse a poco que nos detengamos en la comparación con sus homólogos de una serie de productos aparecidos dentro de un territorio, delimitado por las propias evidencias materiales: así, por ejemplo. el comprendido por las comarcas actuales del Baix Llobregat, Barcelonès, Vallès y el Mareme, donde supuestamente se asentaron los layetanos.

En cuanto al devenir histórico del asentamiento del Turó del Vent, la circunstancia mejor conocida hasta ahora es su abandono. Al parecer, a principios del siglo II a. de J.C. quedó deshabitado. Así lo indica la total ausencia de cerámica campaniense B, de paredes finas, común de importación itálica, o, más concretamente, de los productos foráneos propios de la primera mitad del siglo II, tales como las formas "de exportación" de la cerámica campaniense A, las cerámicas cartaginesas o etruscas de barniz negro y las ánfora itálicas. Según estos datos, y a la vista del material hallado en la excavación, hemos de concluir que la construcción del recinto amurallado que se está investigando se produjo poco antes de su abandono. Se trata, además, de una obra realizada con rapidez, a juzgar por los medios y procedimientos empleados. A pesar de ello, la fortificación está construida con una excelente técnica que destaca de entre los recintos ibéricos de este área. Hasta el momento, conocemos bien el lienzo de poniente, pues el resto de la muralla está desfigurado por el trazado de la vecina pista para automóviles u oculto por el arbolado. Este lienzo debió encontrarse en una de las zonas mejor defendibles de la colina, desde la que puede observarse el camino a través del Vallès. En caso de agresión por este sector, la situación de los atacantes sería muy apurada, al tener que superar una pronunciada pendiente cuyo coronamiento estaba ocupado por la muralla. Quizás

por la fácil defensa de este sector -y, en general, de todo el poblado-, el recinto construido no fue demasiado poderoso y, sobre todo respondió a un ingenioso aprovechamiento de los elementos naturales. De este modo, el paramento que conocemos fue el resultado del uso de una técnica mixta, es decir: comprende una serie de tramos de sillares bien desbastados, que ocupan las sinuosidades de la roca natural. No obstante, en la mayor parte de la muralla es precisamente la roca el único elemento del recinto, al haber sido el granito recortado verticalmente adoptando así la apariencia de un magnífico muro con óptimas cualidades defensivas.

En nuestra opinión, la zona excavada hasta ahora es parte de la fortificación descrita. Bajo esta suposición, los muros 4 y 5 formarían una de las aristas del recinto rectangular. Para confirmar esta hipótesis es necesario continuar los trabajos de excavación en dirección oeste. De todos modos, observando los restos del lienzo de muralla visibles en el talud de la pista que conduce a la urbanización "Esmeralda", es fácil seguir el trazado del recinto defensivo hasta zonas bien alejadas de las estudiadas hasta hoy.

Así las cosas, y teniendo en cuenta la técnica y disposición de las fortificaciones del poblado, cabe pensar que la muralla fue erigida en un momento de grave peligro cuyas causas exactas desconocemos por el momento. Sin embargo, hay que destacar que, según nuestras suposiciones, la defensa es algo anterior al inicio de la Segunda Guerra Púnica, y su inutilización es ligeramente posterior al final de esta conflagración, coincidiendo casi exactamente con la campaña de Catón en Hispania.

Quizás estas apreciaciones cronológicas no se hallen exentas de significado, aunque de momento, no podamos discernirlo con toda seguridad. Las únicas evidencias proceden de los materiales exhumados y, si nos detenemos en ellos, advertimos una exigua proporción de piezas de importación, que se hallan reducidas a unos pocos fragmentos de cerámicas áticas de barniz negro y figuras rojas, algunas muestras de los talleres occidentales de barniz negro, principalmente de los de Roses y Pequeñas Estampillas, y algo de campaniense A. También encontramos materiales púnicos, representados por ánforas del tipo Mañà E-PE 16, a las que acompañan un fragmento de ánfora Mañà D y algunas muestras de olpes de la forma Eb. 29. Por último, la presencia de dos fragmentos de ungüentario y uno de ánfora massaliota, es más bien anecdótica. Estos hallazgos, muy fragmentarios y, en ocasiones, mal conservados, representan una proporción irrisoria al compararlos con las manufacturas autóctonas. Sin embargo, sirven de indicio para adivinar una actividad comercial poco intensa, muy probablemente canalizada a través de comerciantes o intermediarios púnicos que suministrarían vino, aceite y vajilla de lujo, tal vez

coincidiendo con la instalación del coninio bárqueida en la zona meridional de la Península. De todas formas, no hay que descartar tampoco la existencia de una relación más o menos directa con las colonias de Emporion y Rhode.

En definitiva, los trabajos desarrollados en el asentamiento a lo largo de dos años han sido suficientes para entrever la importancia del yacimiento y el cúmulo de información que de él puede extraerse. El análisis pormenorizado de los materiales exhumados permite asegurar cada vez más la preeminencia en pleno siglo III antes de nuestra Era del comercio púnico y de las estrechas relaciones de los poblados indígenas con la isla de Ibiza. Esta fecundidad de contactos llegaría hasta los inicios del siglo II y demostraría, no sólo la relativa potencia productora y comercial de la isla, sino también su agresividad distribuidora y el ambiente favorable que su influencia y sus productos hallaban en muchos de los mercados ibéricos de la fachada mediterránea de la Península Ibérica. Y ello, en un momento en que parecemos asistir a una larga crisis de influencias en el Mediterráneo occidental, que conyul siona a las poblaciones íberas, reduce la producción cerealística, proporciona inseguridad y acaba con la tendencia expansionista de las décadas anteriores. El mundo indígena se halla ya plenamente sumido en los vaivenes de las apetencias coloniales y tendrá que asumir su papel de reserva humana y productiva.

Los restos faunísticos del asentamiento ibérico del Turó del Vent que ahora pasamos a estudiar, han sido exhumados a lo largo de dos campañas de excavación llevadas a cabo por el Instituto de Prehistoria y Arqueología de la Diputación de Barcelona entre los años 1980 y 1981. El sector excavado del yacimiento presenta una corta fase de utilización y frecuentación que oscilaría aproximadamente entre los 30 y 40 años, a tenor de la cronología proporcionada por los materiales de importación y la dinámica estratigráfica del sector.

Así pues, el estudio de los restos faunísticos de cada una de las campañas ha sido efectuado por separado, aunque englobando los resultados en una conclusiones finales.

Campaña de 1981

Sigue la misma tónica que la campaña anterior por lo que respecta a los restos faunísticos. Continúa siendo muy elevado (66,86%) el número de elementos fragmentados o astillas. Los restos óseos han aparecido repartidos entre los estratos 1, 2, 11, 12, 13, 14, 15 y 16, con algunas variaciones.

Estrato 1.

Aparecen representadas las siguientes especies: ovicápridos, en primer lugar, con 5 restos de dentición, seguidos del cerdo con 4 restos de dentición. Igualmente, hallamos una falange de Capra Hircus y una vértebra de buey. El resto son 40 astillas no determinables sobre un total de 51 elementos.

Estrato 2.

De los escasos fragmentos que presenta este estrato -18-, 13 no son determinables. Los restantes pertenecen casi en su totalidad a restos de dentición: un maxilar superior de ovicáprido y un maxilar inferior, también de ovicáprido. De cerdo poseemos una mandíbula inferior y un canino. A ellos hay que añadir un radio (fragmento de epífisis proximal) de ovicáprido.

Estrato 10

En este estrato tan sólo hay un fragmento no determinable perteneciente a la dentición de un cerdo.

Estrato 11

Se trata de un suelo de utilización con abundantes carbonés y cenizas. De un total de 34 fragmentos óseos, 16 son astillas y los restantes, a excepción de un calcáneo de cerdo, pertenecen a restos de dentición de ovicáprido, -14-, ciervo, -un molar-, y cerdo.

Estrato 12

De este relleno, destaca en primer lugar, la ausencia de dientes, muy numerosos en los restantes estratos. De 11 elementos, 8 son astillas juntamente con una epífisis de húmero de ovicáprido y dos metatarsos de buey.

Estrato 13

Corresponde también a un relleno. Comparado con los estratos anteriores, posee un número más elevado de restos faunísticos: 47. De éstos, 35 son astillas y el resto se reparte así: los ovicáprido se encuentran representados con 7 fragmentos de cuerno y dentición; la oyeja con una uña; lacabra con un fragmento de tibia, y, finalmente, el cerdo, con un maxilar superior, 3 restos de dentición, una epífisis de radio y una tibia. También hallamos buey representado por una uña.

Estrato 15

Se han hallado tan sólo 3 astillas no determinables y 3 restos de dentición de cerdo.

Estrato 16

Se han hallado tan sólo 2 astillas no identificables.

CONCLUSIONES GENERALES

Las conclusiones parciales de la campaña de 1981, coinciden plenamente con lo constatado sobre los restos óseos de los trabajos de 1980. Ambas campañas han proporcionado vestigios muy fragmentados y, sobretodo, un gran número de piezas pertenecientes a elementos de dentición que indican básicamente que nos hallamos en presencia de restos de alimentación y desperdicios de cocina. De los restantes huesos determinables, un gran tanto por ciento, corresponden a extremidades: falanges, uñas y metápodos.

Entre ambas campañas, las especies no varían, a excepción hecha de que en 1981 aparecen restos de Capra Hircus (cabra), especie que no había aparecido diferenciada en la campaña anterior.

El hecho del poco lapso de tiempo transcurrido entre la primera ocupación en este sector de yacimiento y su colmatación, no permite de ningún modo conocer la línea de evolución de las especies en el asentamiento ni el predominio de unas sobre otras. Por otro lado, la domesticación en el Turó del Vent se hallaba ya plenamente desarrollada, como es lógico en plena época ibérica. Las únicas especies no domésticas que suelen aparecer son: el ciervo y el corzo (Capreolus, capreolus) y la microfauna.

Los ovicápridos (ovejas y cabras) son siempre dominantes sobre las demás especies, sobretodo hasta época romana.

El cerdo se halla en segundo lugar como animal más representado, siendo el típico exponente de una economía principalmente agrícola. El buey se hace presente en menor medida, aunque hay que tener en cuenta que aporta una gran cantidad de carne, como ya hemos señalado en las conclusiones de la primera campaña. De entre todos los estratos, sólo hay un metatarso de buey que sea mensurable.

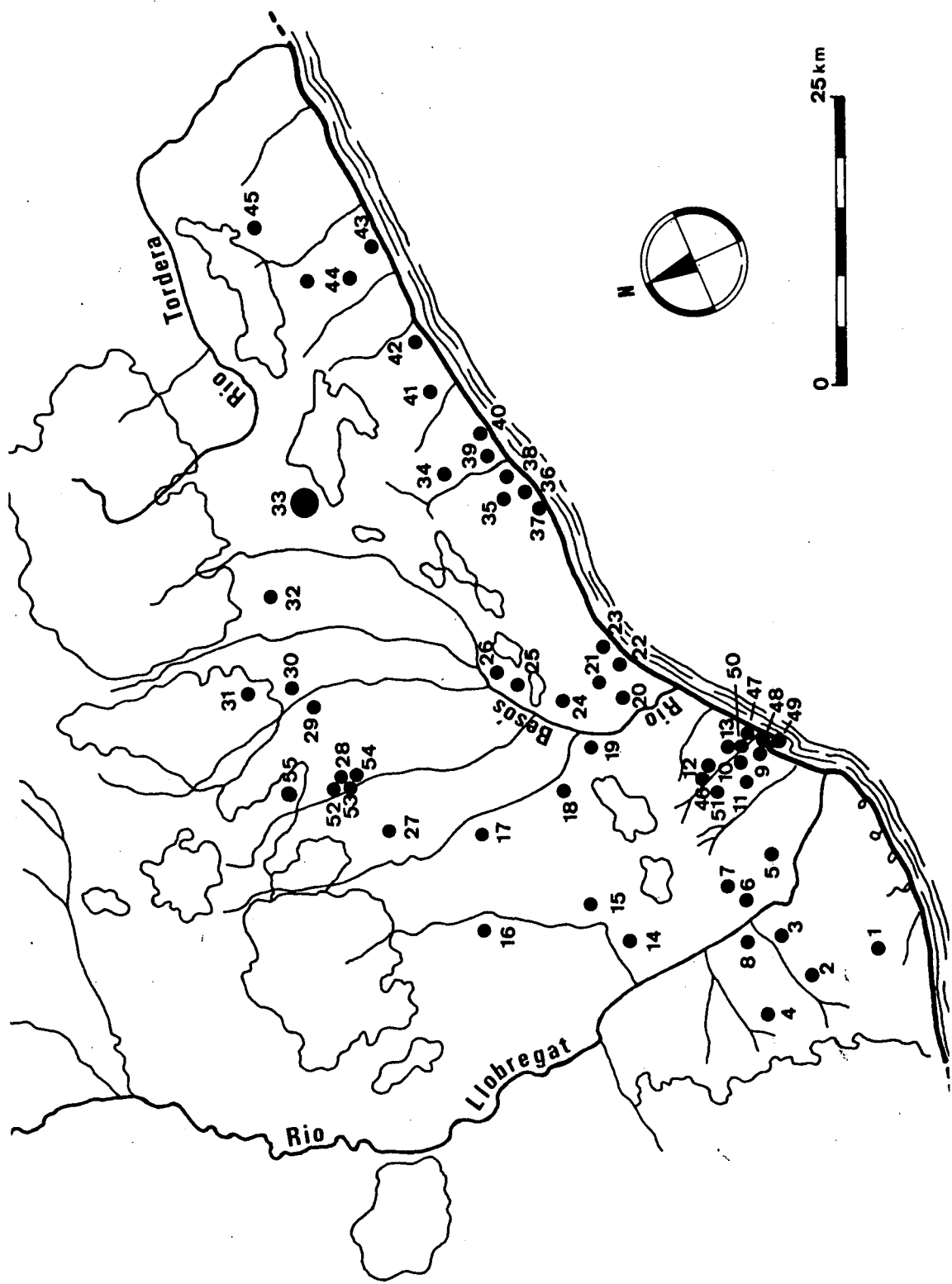
- Estrato 12: Metatarso, epífisis distal izquierda.

Antero-posterior distal: 27 mm.

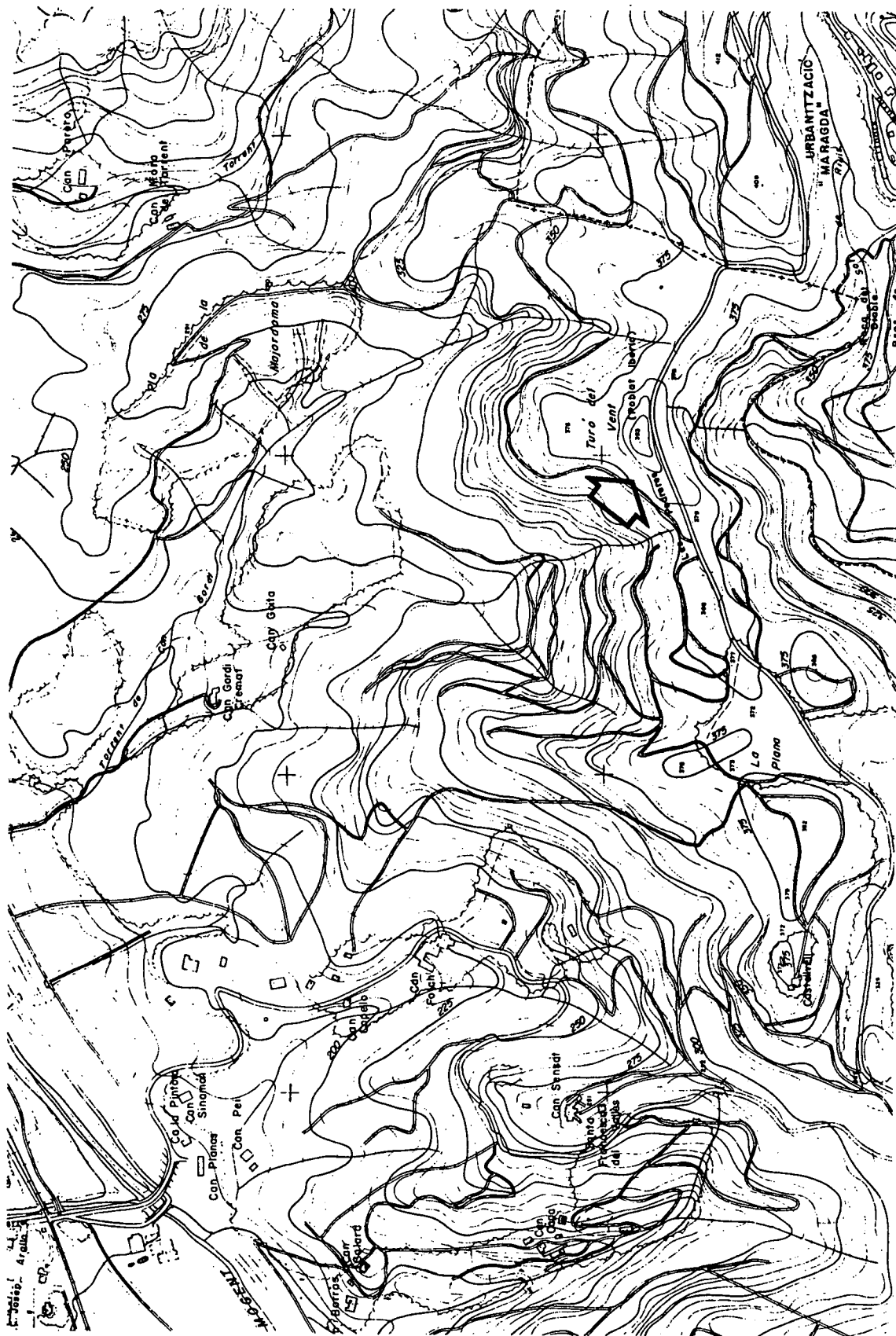
Total anchura articulación: 37 mm.

LLINARS - 80	E-1	E-5	E-6	E-8	PERFILES	TOTAL	%
Bos Taurus					2	2	2,41
Ovicápridos	4		4	1	1	10	12,05
Ovis Aries	1				1	2	2,41
Capra Hircus							
Cervus Elaphus					1	1	1,20
Sus Scrofa	1	1				2	2,41
No determinables	37	6		14	9	66	79,51
TOTAL	43	7	4	15	14	83	

LLINARS - 81	E-1	E-2	E-10	E-11	E-12	E-13	E-14	E-15	E-16	TOTAL	%
Bos Taurus	1				2	1				4	2,32
Ovicápridos	5	3		14	1	7				30	17,44
Ovis Aries						1				1	0,58
Capra Hircus	1					1				2	1,16
Cervus Elaphus				2						2	1,16
Sus Scrofa	4	2	1	2		6		3		18	10,46
No determinables	40	13		16	8	31	2	3	2	115	66,86
TOTAL	51	18	1	34	11	47	2	6	2	172	



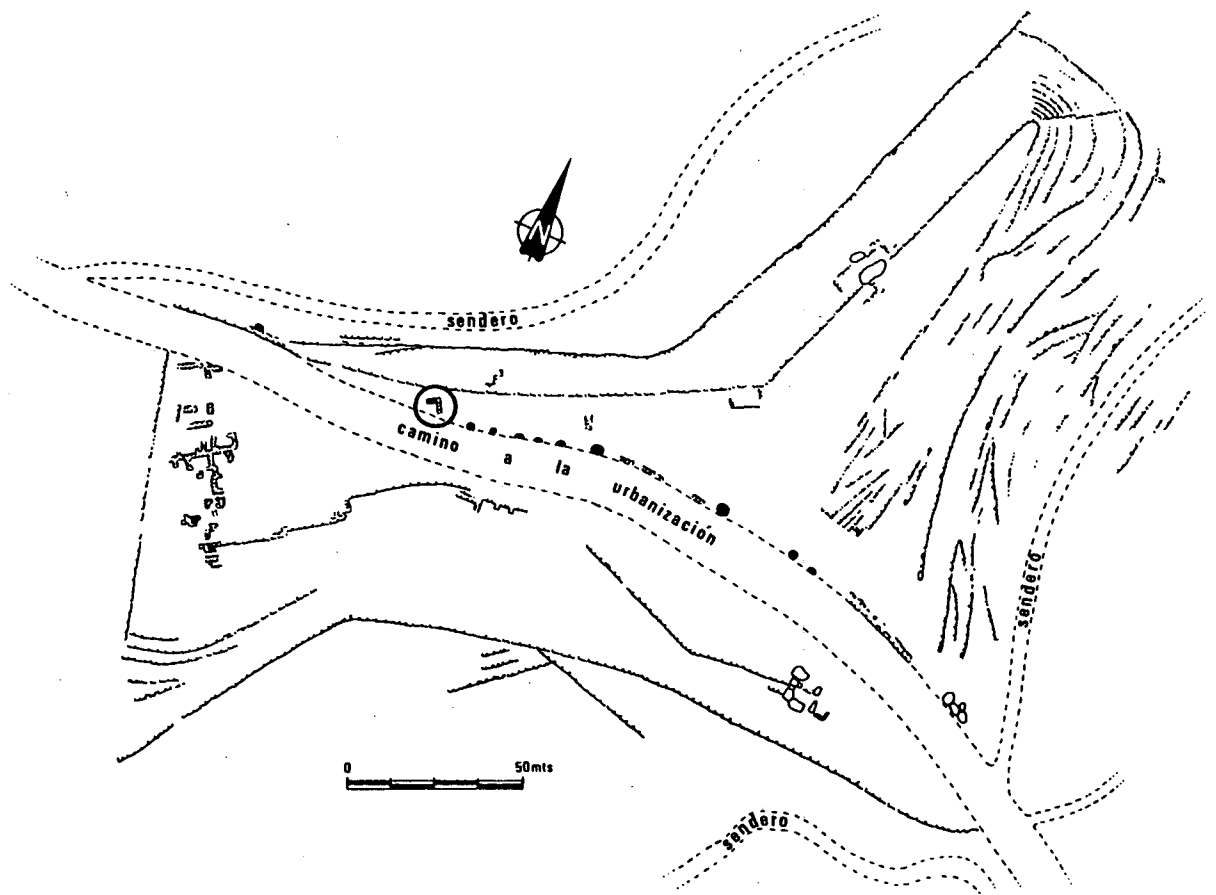
3. Repartición de los principales asentamientos ibéricos conocidos en las comarcas del Vallès, el Maresme, el Barcelonès y el Baix Llobregat.



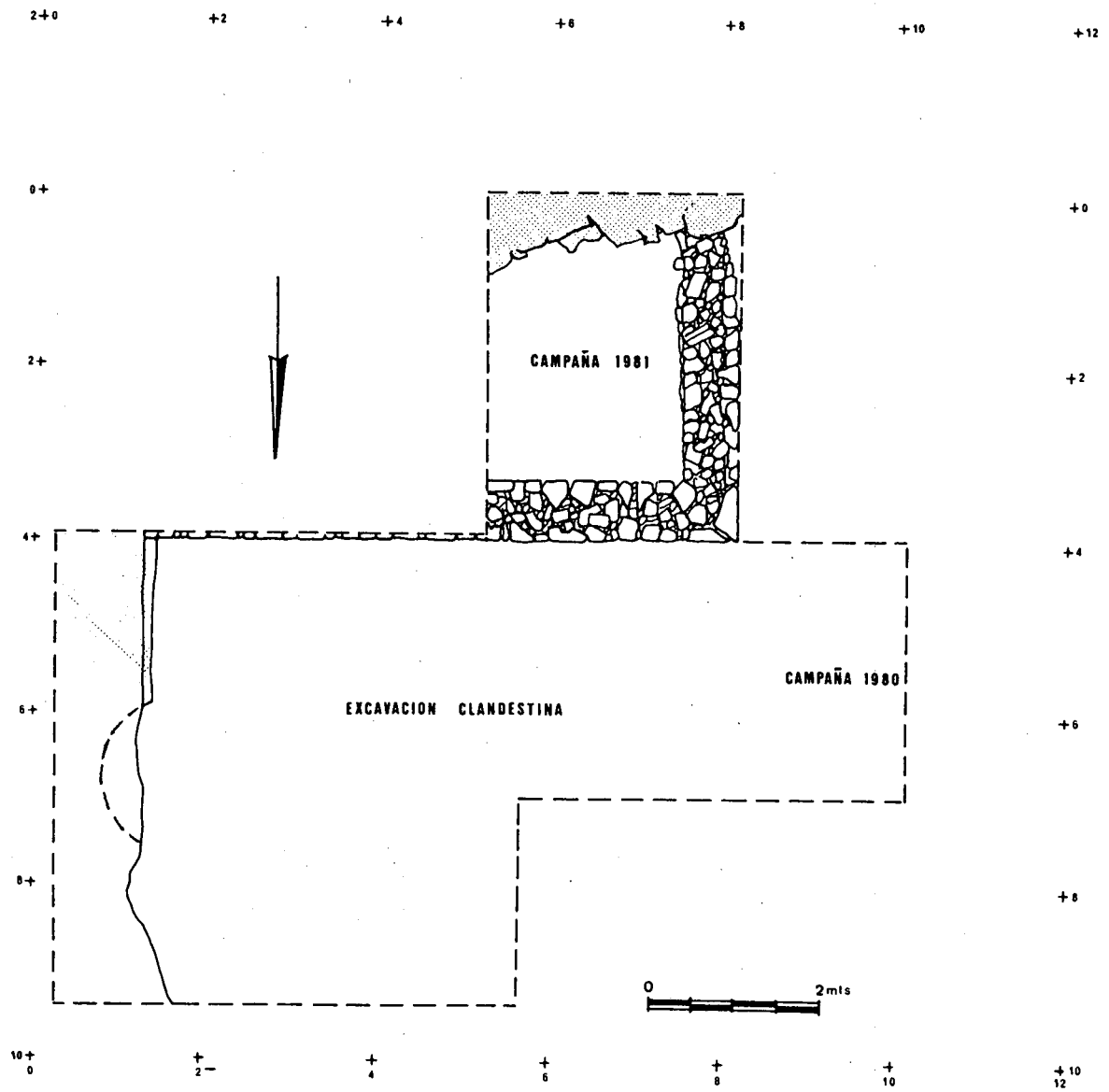
4. Mapa topogràfic escala 1:5000 de la zona de Llinars del Vallès, en el que puede apreciarse la situación exacta del poblado del Turó del Vent.



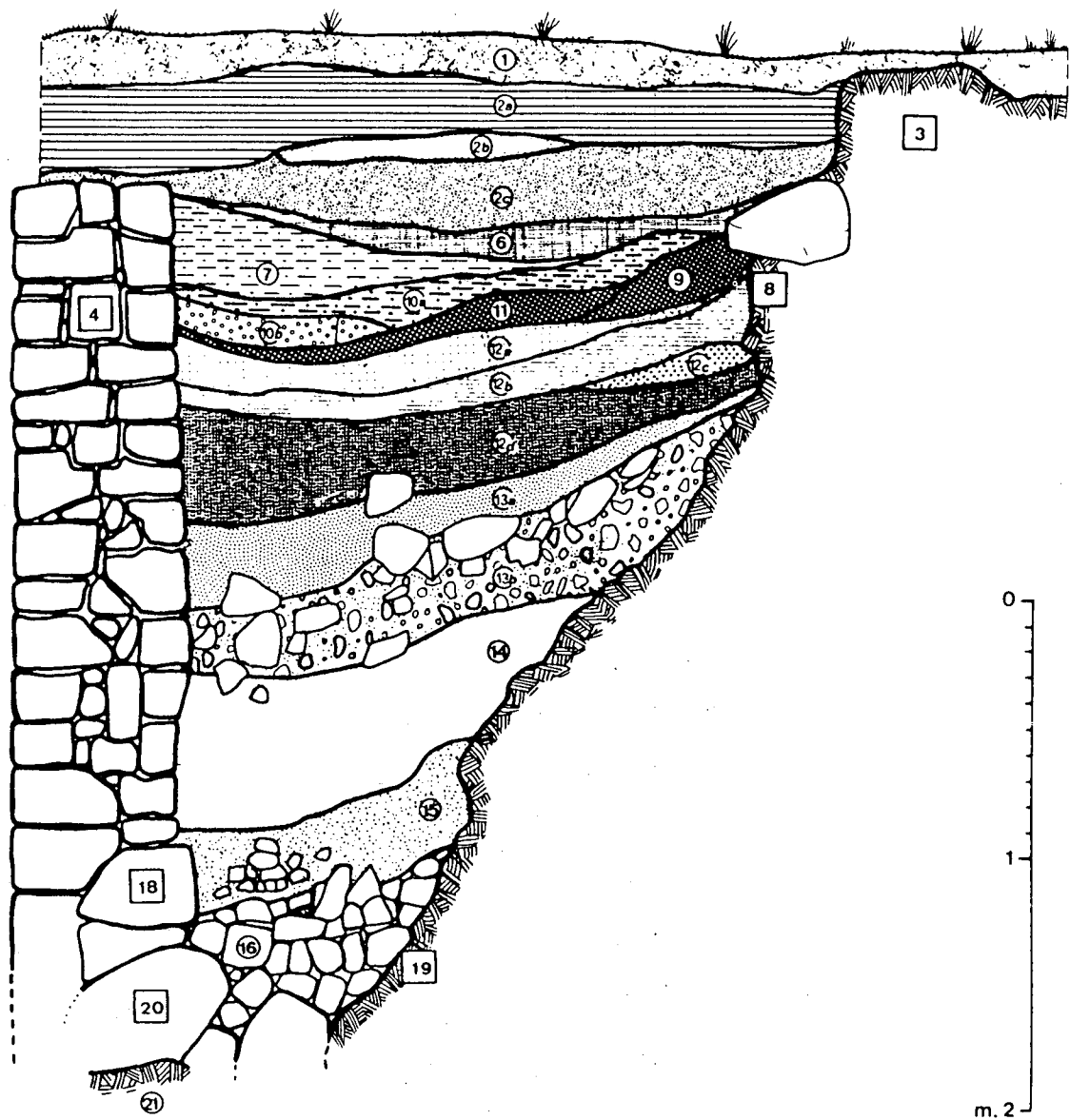
6. Fotografía aérea de la zona de Llinars del Vallès. El círculo señala la situación del yacimiento.



7. Croquis de las ruinas visibles en el Turó del Vent, debido a M. Ribas i Bertran, actualizado, señalando los últimos hallazgos registrados.

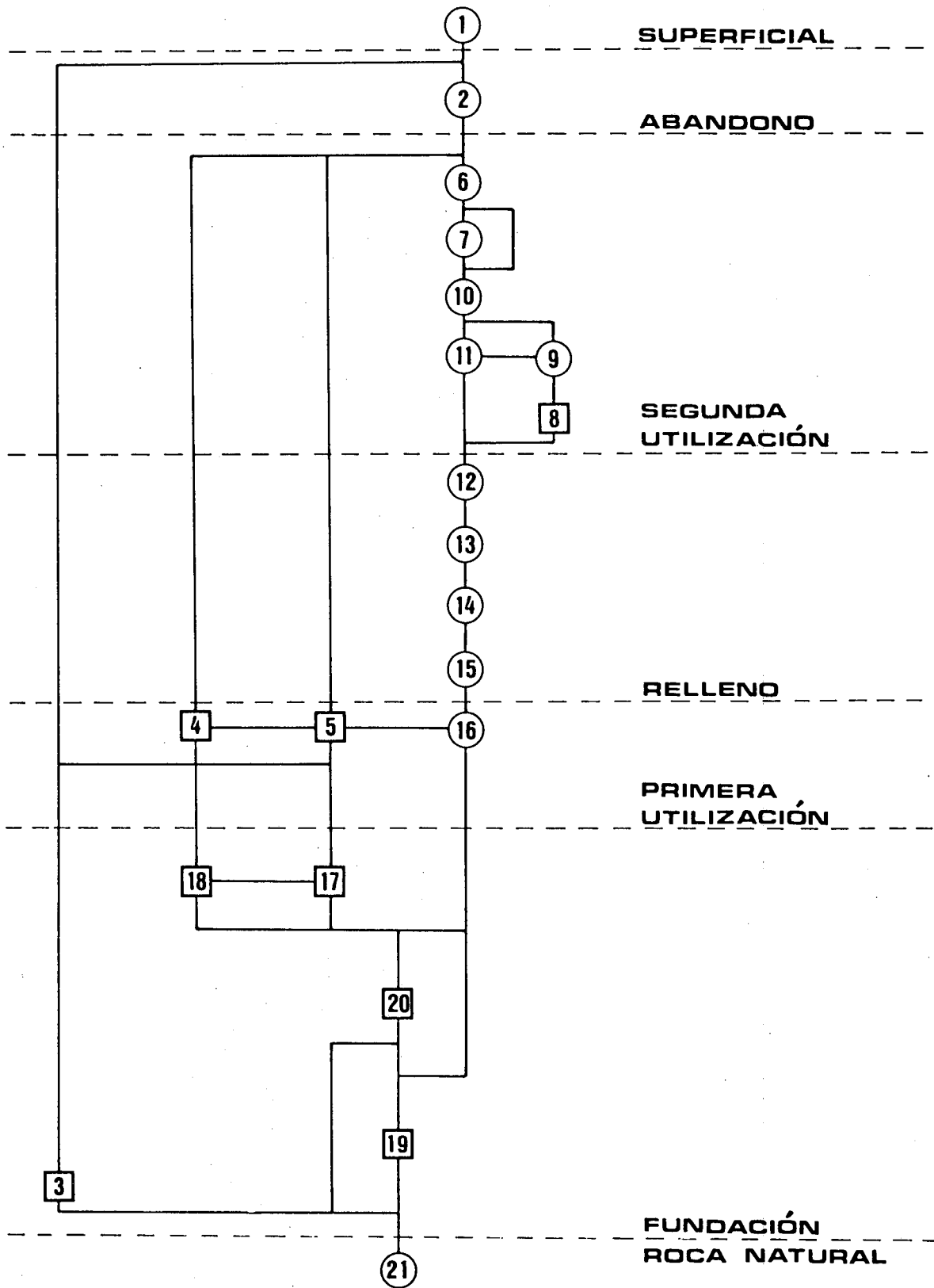


8. Planta general de las excavaciones de 1980 y 1981, señalando las estructuras descubiertas.

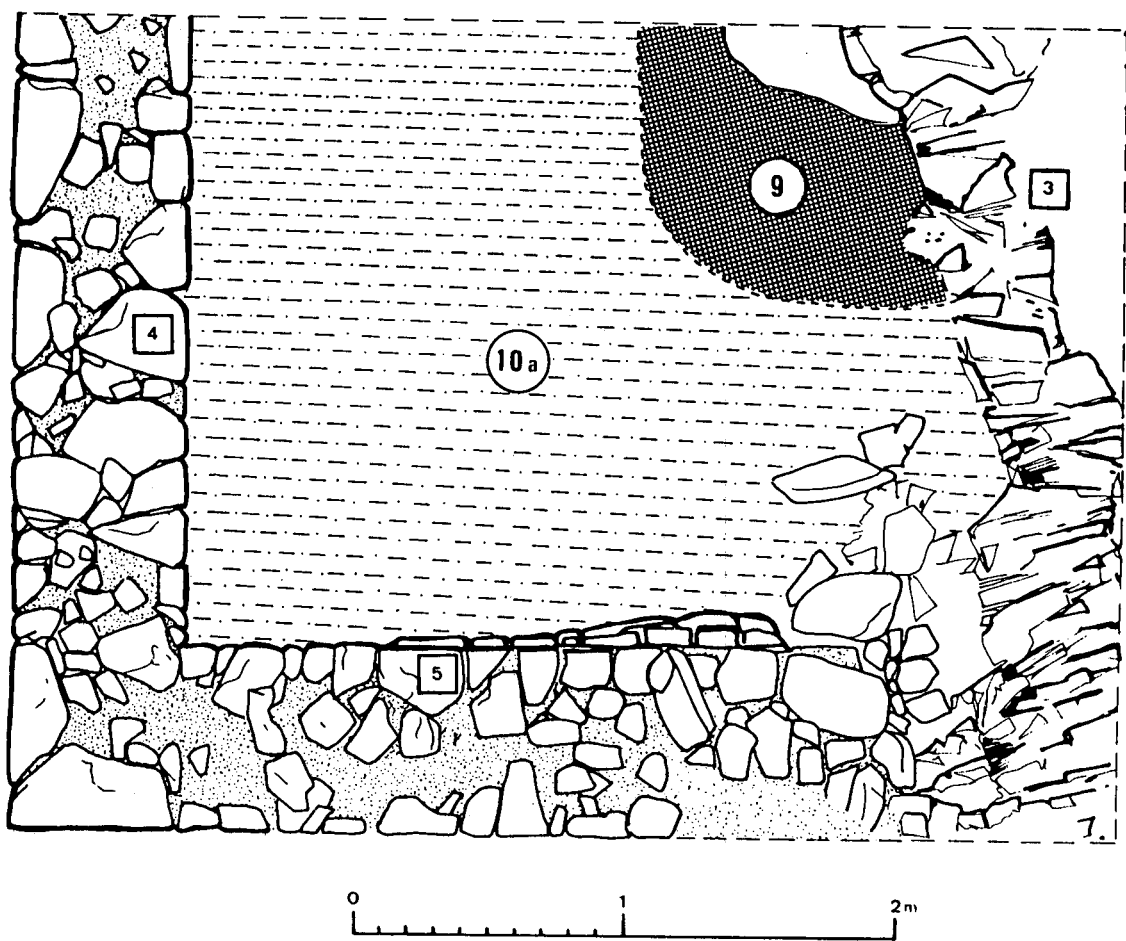


12. Estratigrafía visible en el frente este de la excavación de 1981.

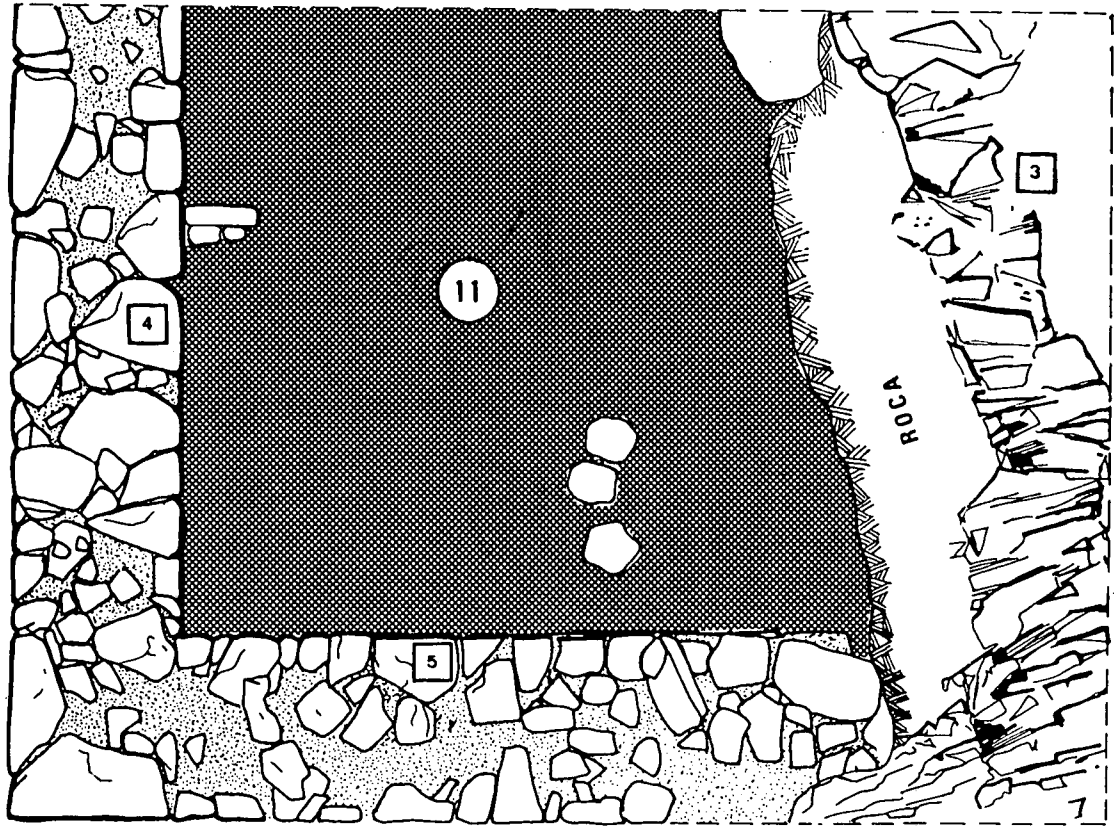
TURÓ DEL VENT 1981-INTERIOR TORRE



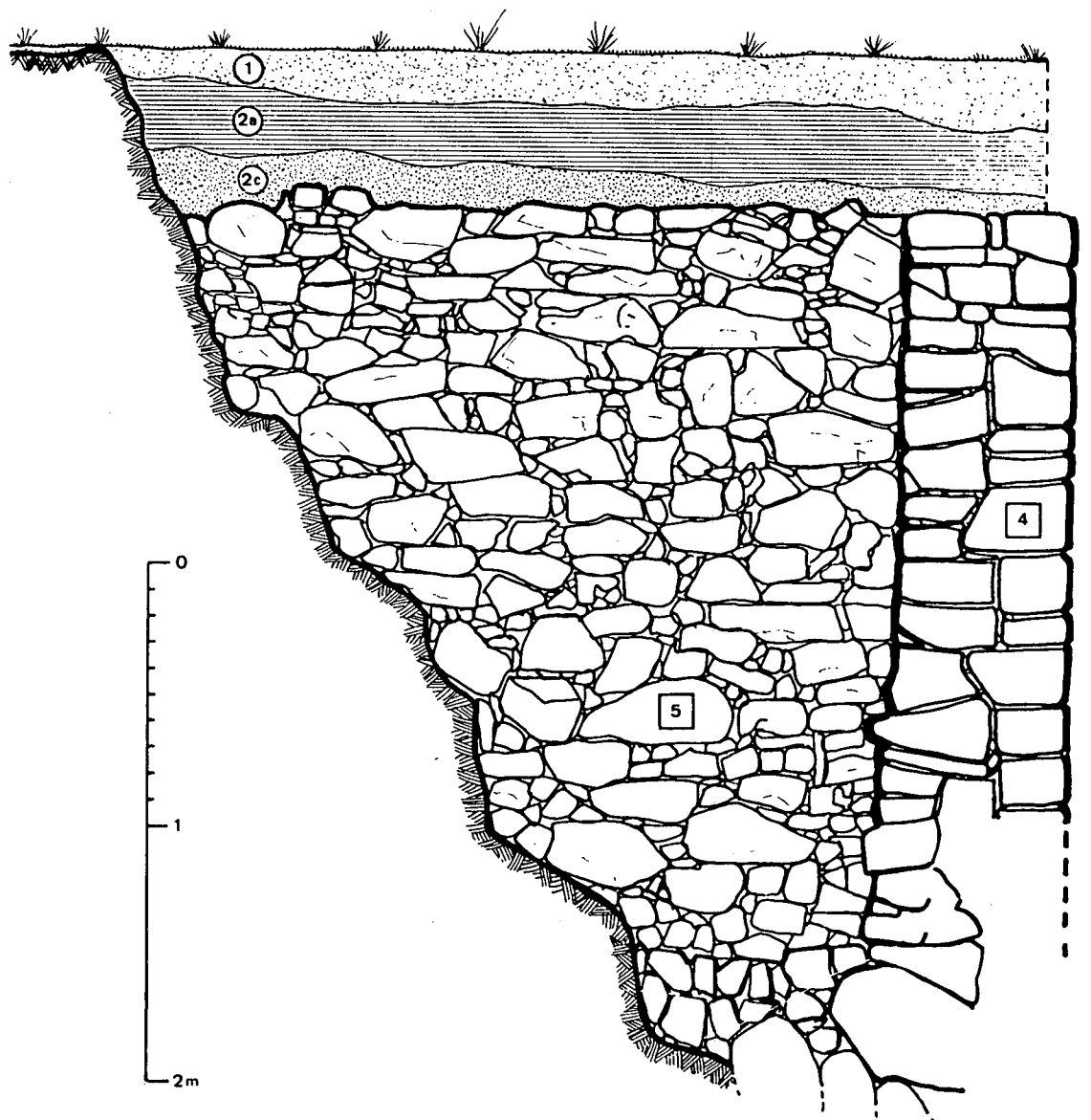
13. Diagrama estratigráfico de la excavación de 1981.



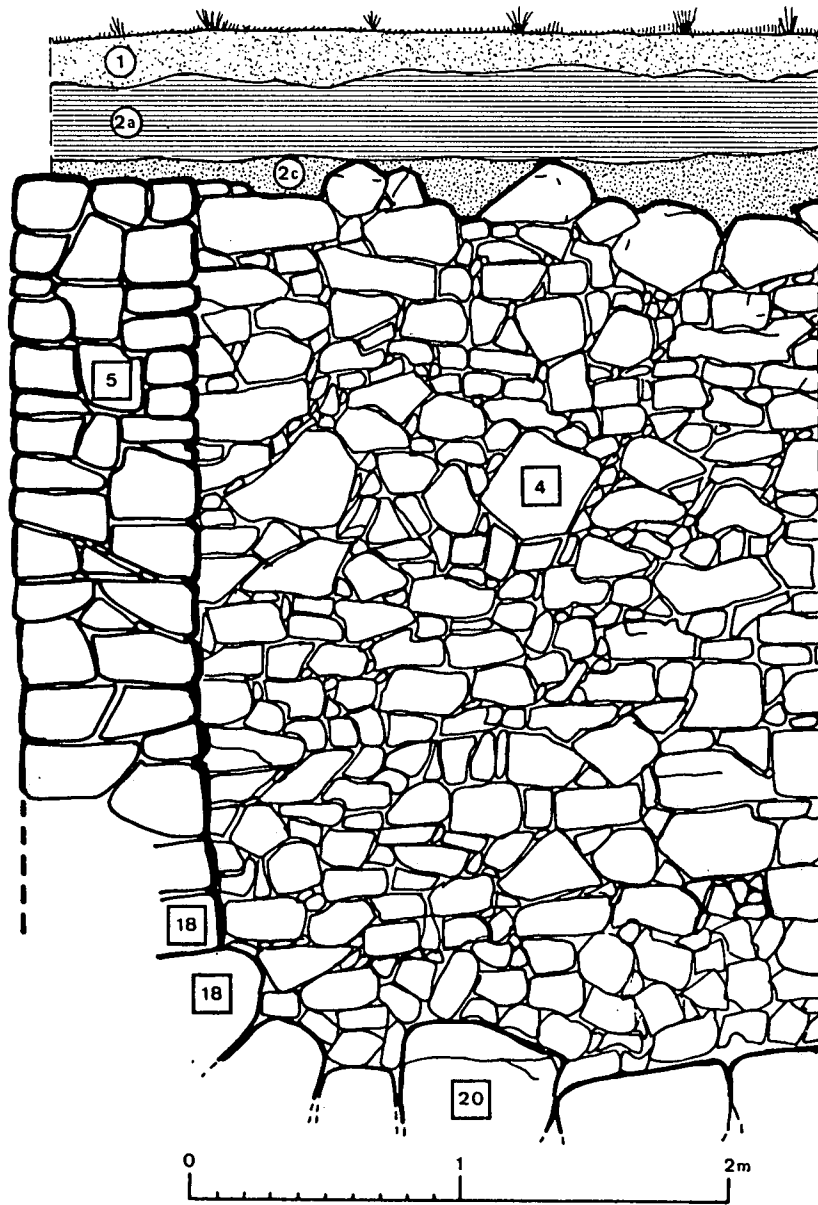
14. Planta escala 1:20 del sector excavado en 1981, en la que se señala el hogar de mayores proporciones hallado a lo largo de la excavación, elemento 8, que se hallaba colmatado por el estrato 9.



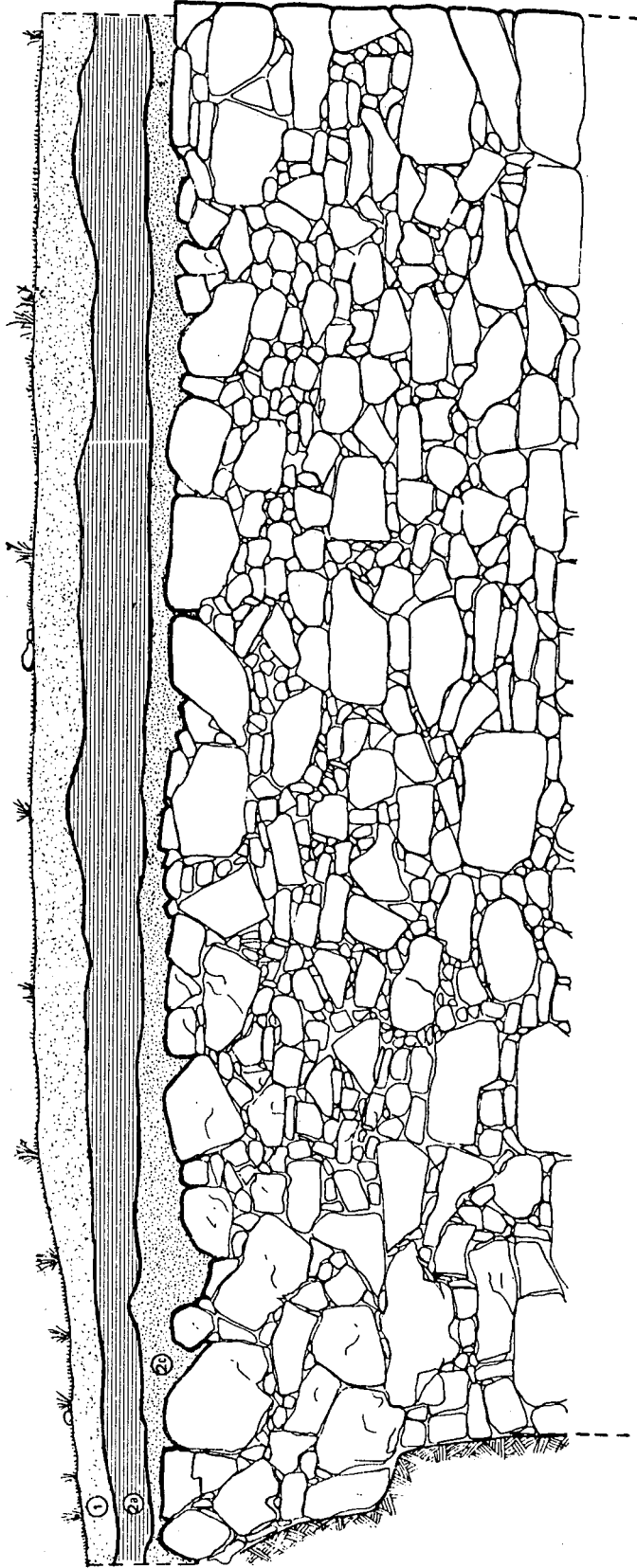
15. Planta escala 1:20 del sector excavado en 1981, al nivel del estrato 11. Adviértase el progresivo avance de la roca natural.



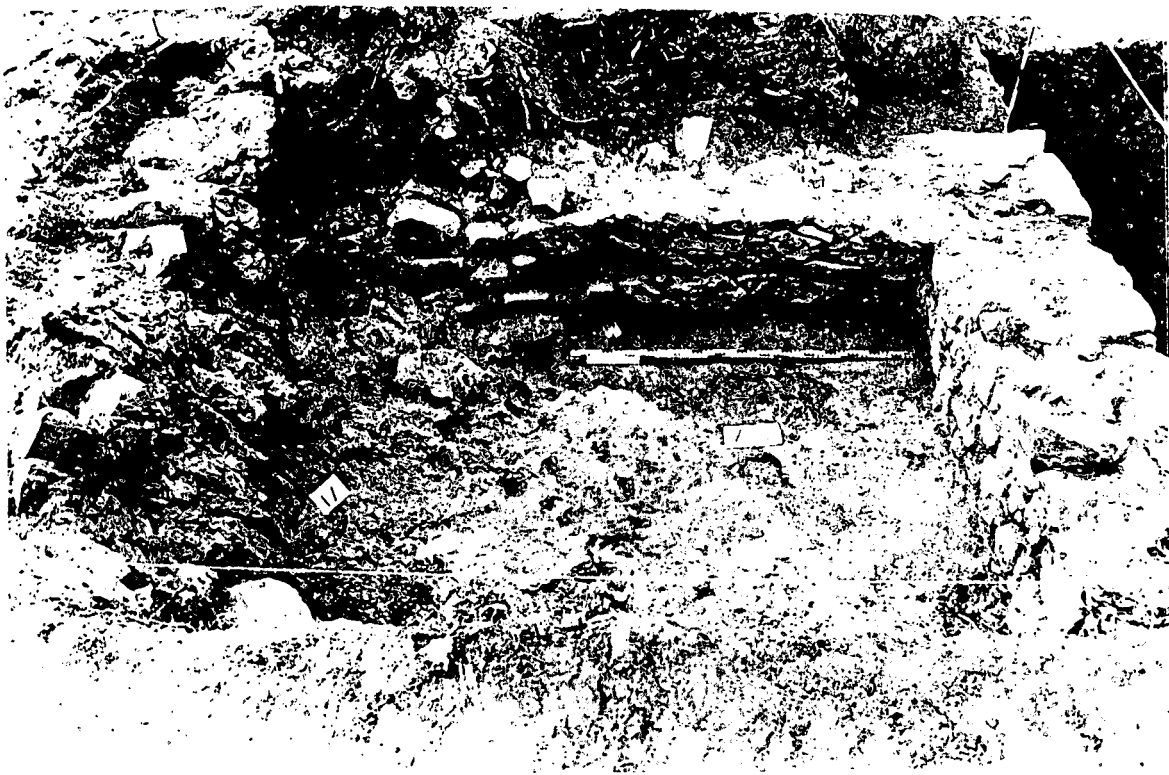
16. Estratigrafía y estructuras visibles en el frente oeste de la excavación de 1981.



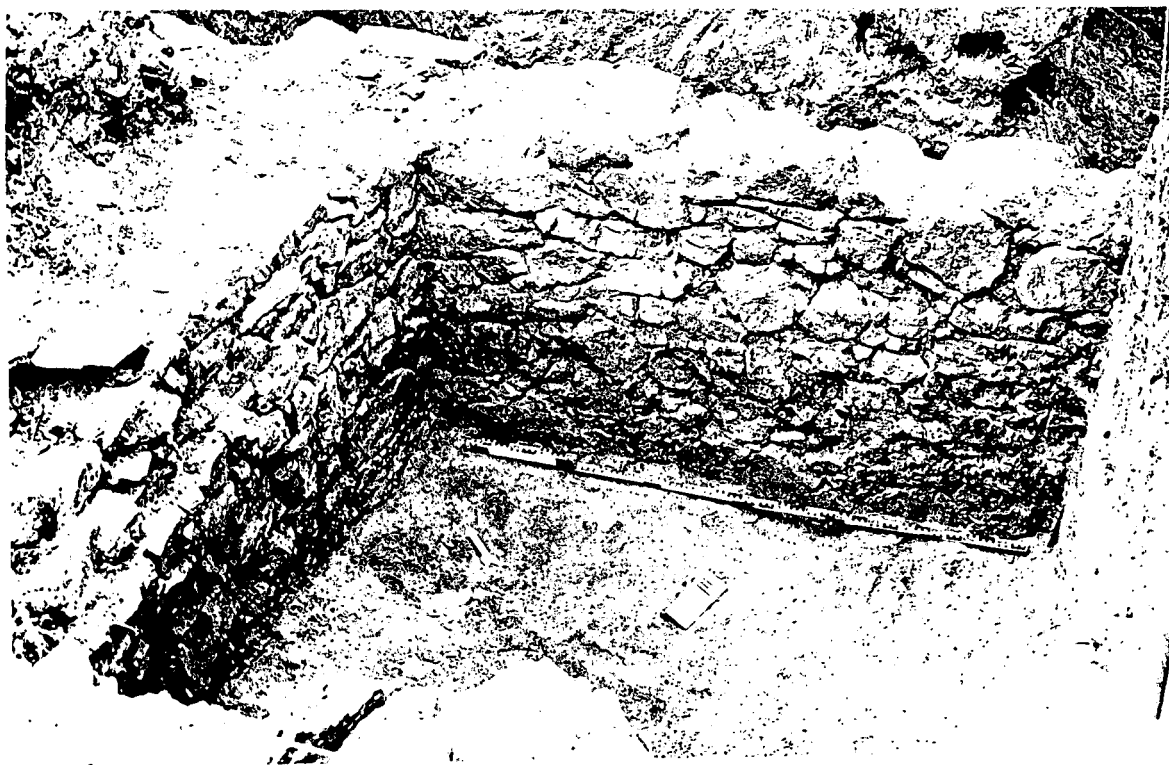
17. Estratigrafía y estructuras visibles en el frente norte de la excavación de 1981.



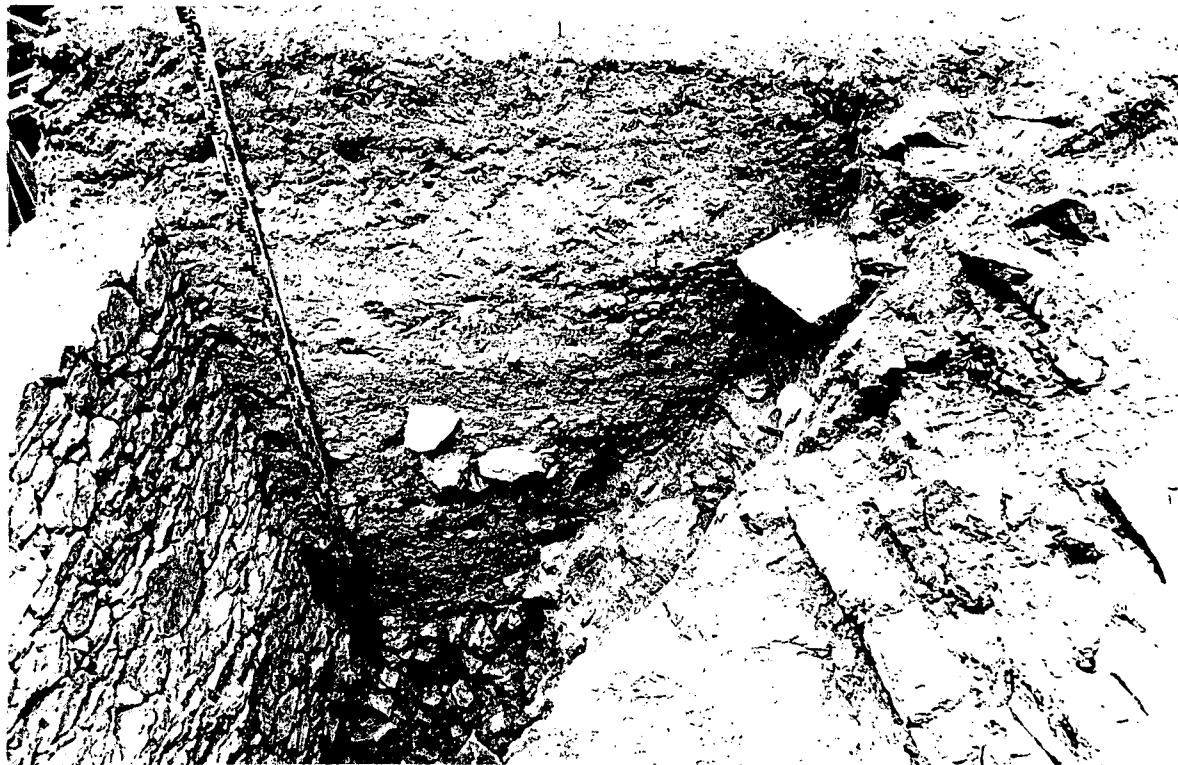
18. Estratigrafía y estructuras visibles en el frente septentrional externo de la excavación de 1981. El muro corresponde a la estructura turriforme descubierta que, como puede verse, se entrega a la roca natural.



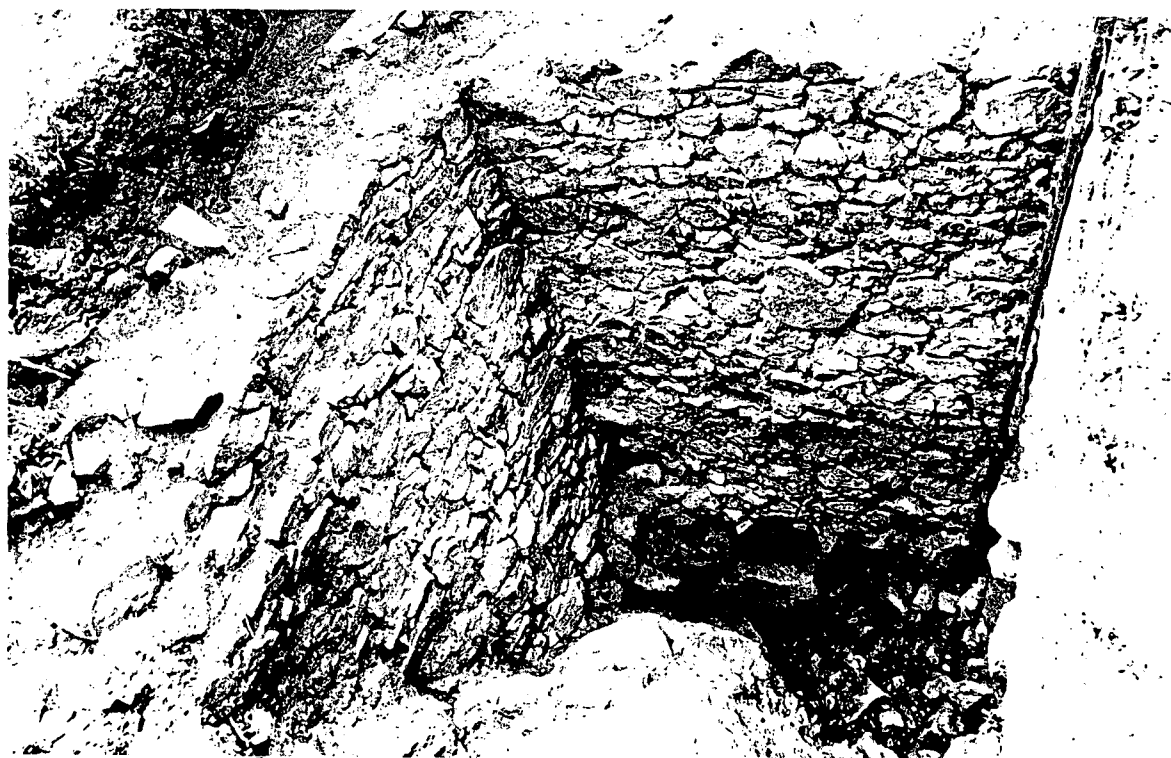
19. Vista desde el este del sector interno de la torre excavada en 1981. A la izquierda, puede verse el hogar 8, colmatado por el estrato 9.



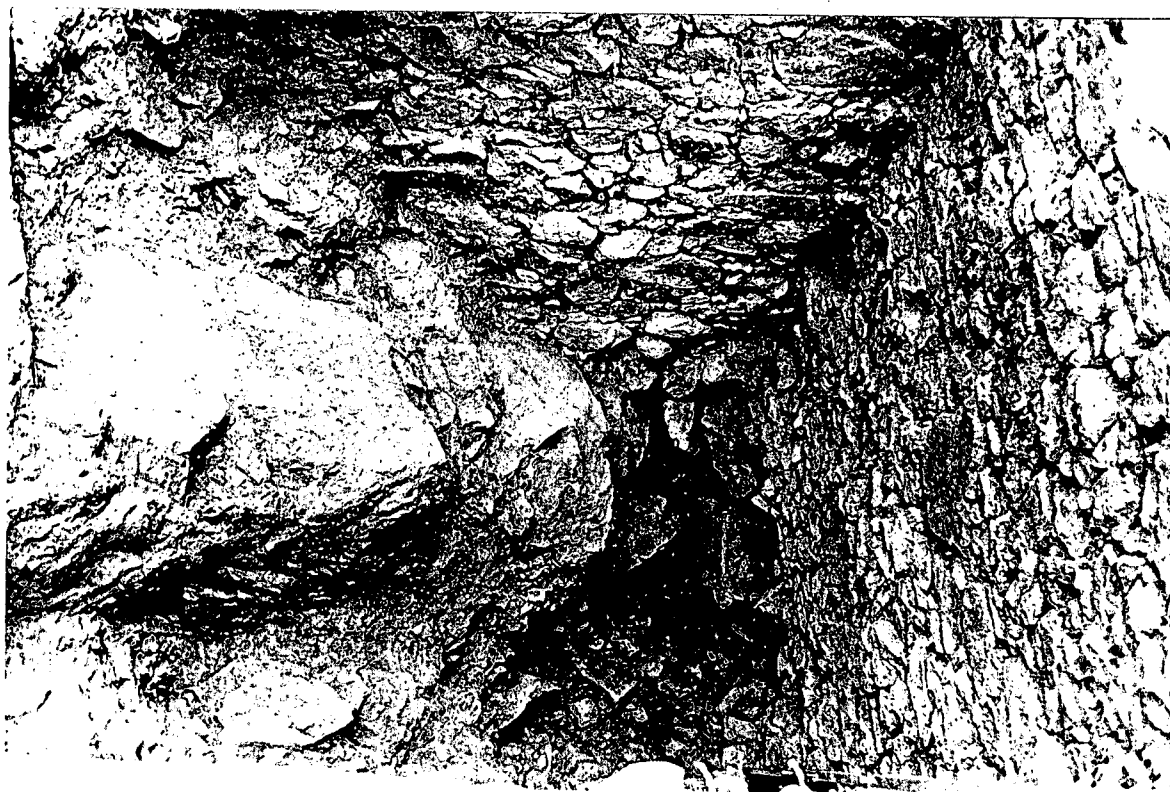
20. Vista desde el sur del desarrollo de la excavación de 1981, al nivel del estrato 13. Obsérvese el encaje de los muros de la torre, y cómo las hiladas superiores del muro 5, a la izquierda, se hallan desplazadas por la acción de las raíces.



21. Perfil estratigráfico del lado este una vez finalizada la excavación de 1981. A la izquierda, parte del paramento interno del muro 4. A la derecha, en primer plano, la pendiente pronunciada de la roca natural.



22. Vista desde el sur del recinto de la torre una vez excavado. Pueden verse los grandes bloques graníticos que a modo de banqueta, sostienen los muros.



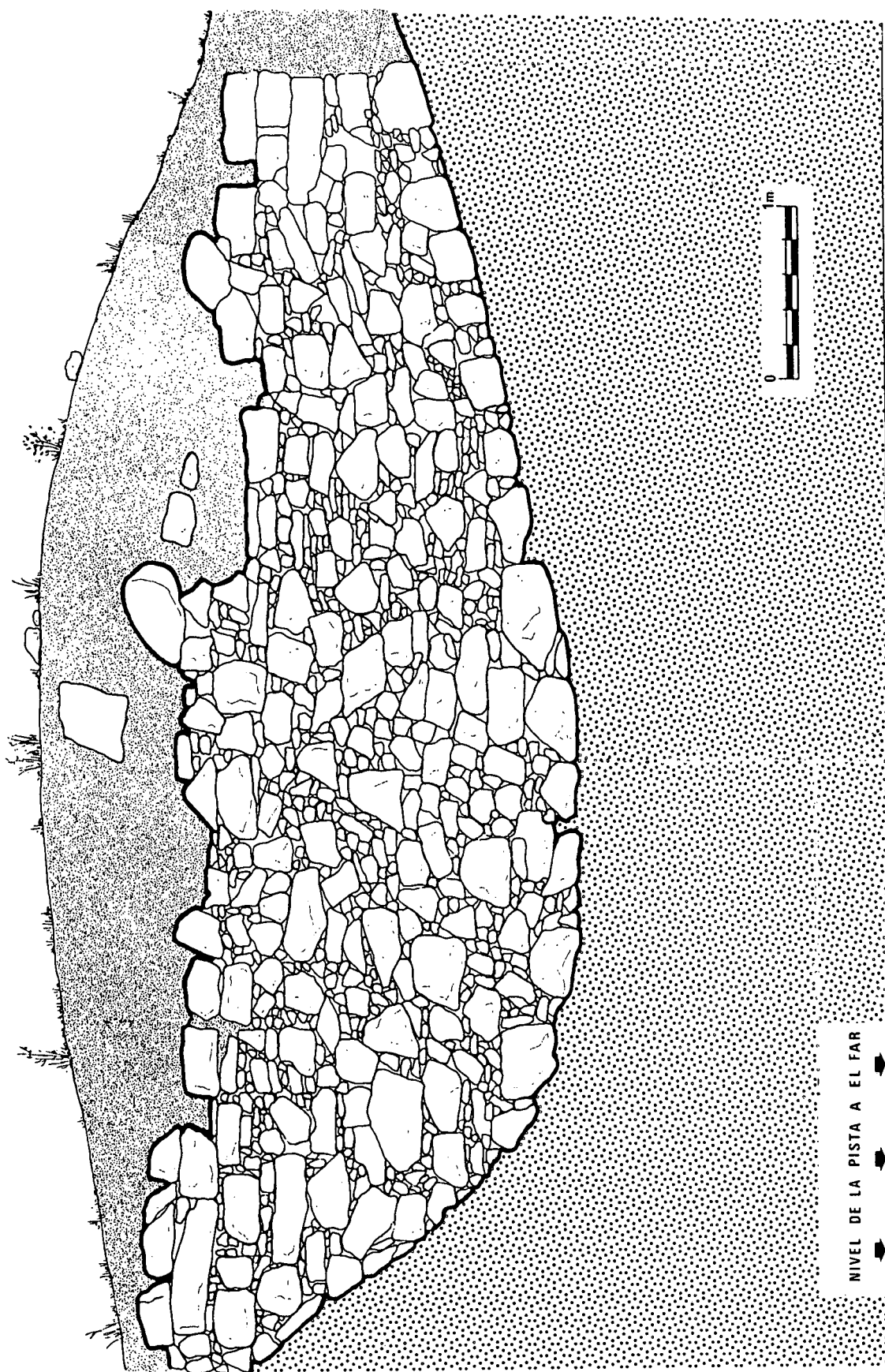
23. Detalle de la roca natural, fuertemente inclinada, y de la cimentación en el ángulo noroeste de los muros 4 y 5 de la excavación de 1981.



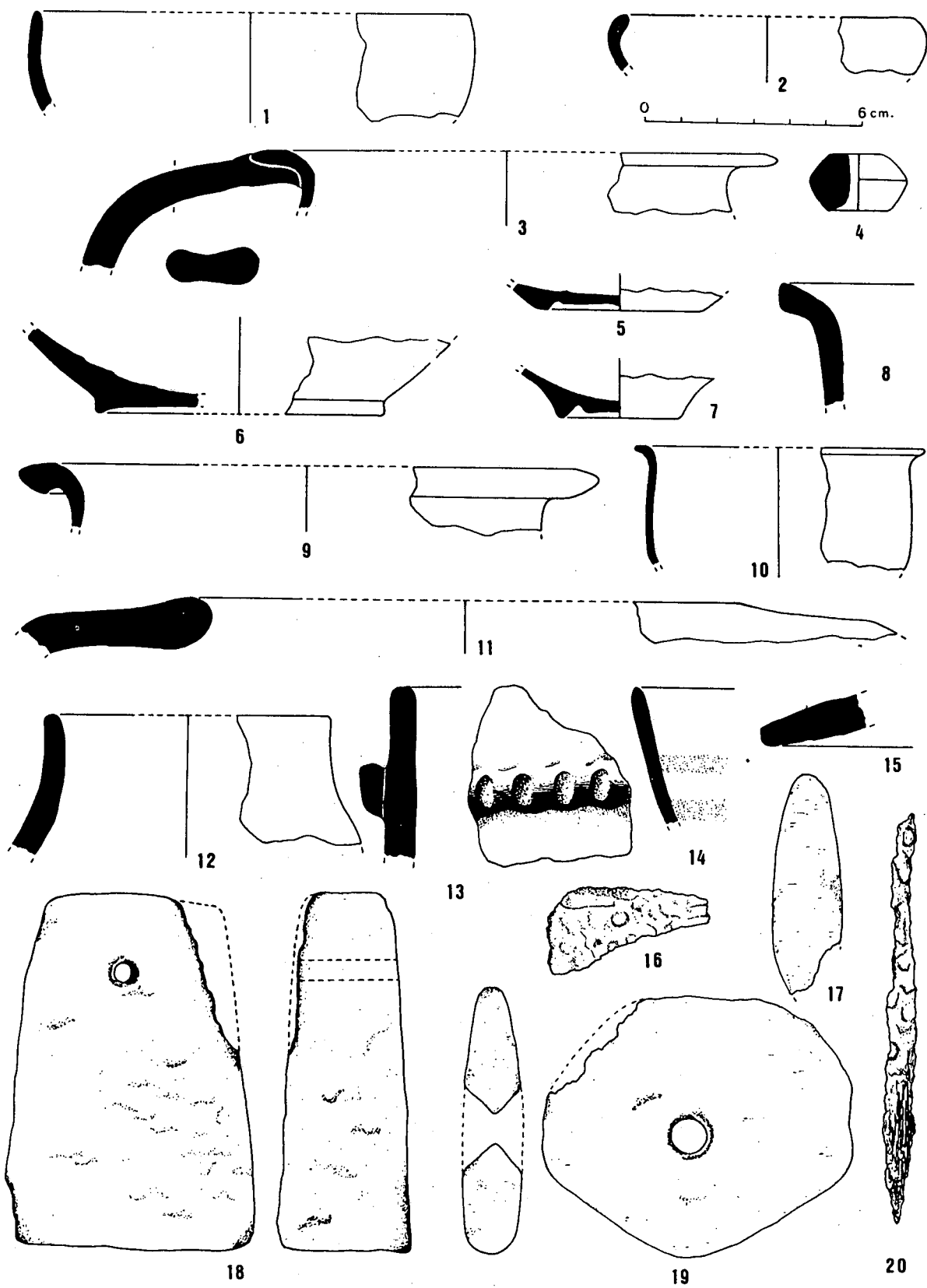
24. Aspecto del recinto excavado en 1981, una vez finalizados los trabajos.



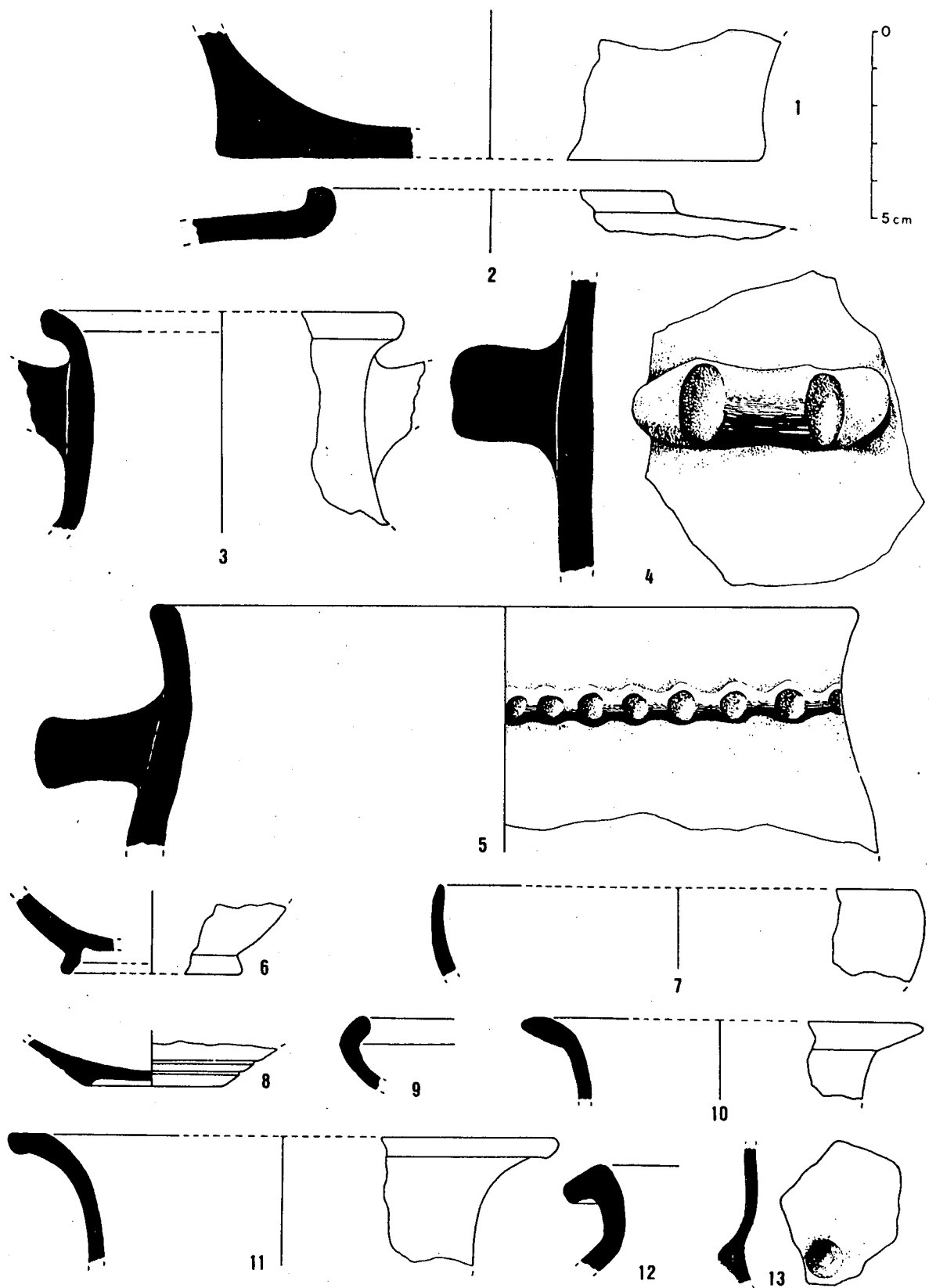
25. Panorámica general de la zona excavada en 1980 y 1981. Pueden apreciarse, además, los trabajos de limpieza extramuros de la torre y la consolidación de esta estructura.



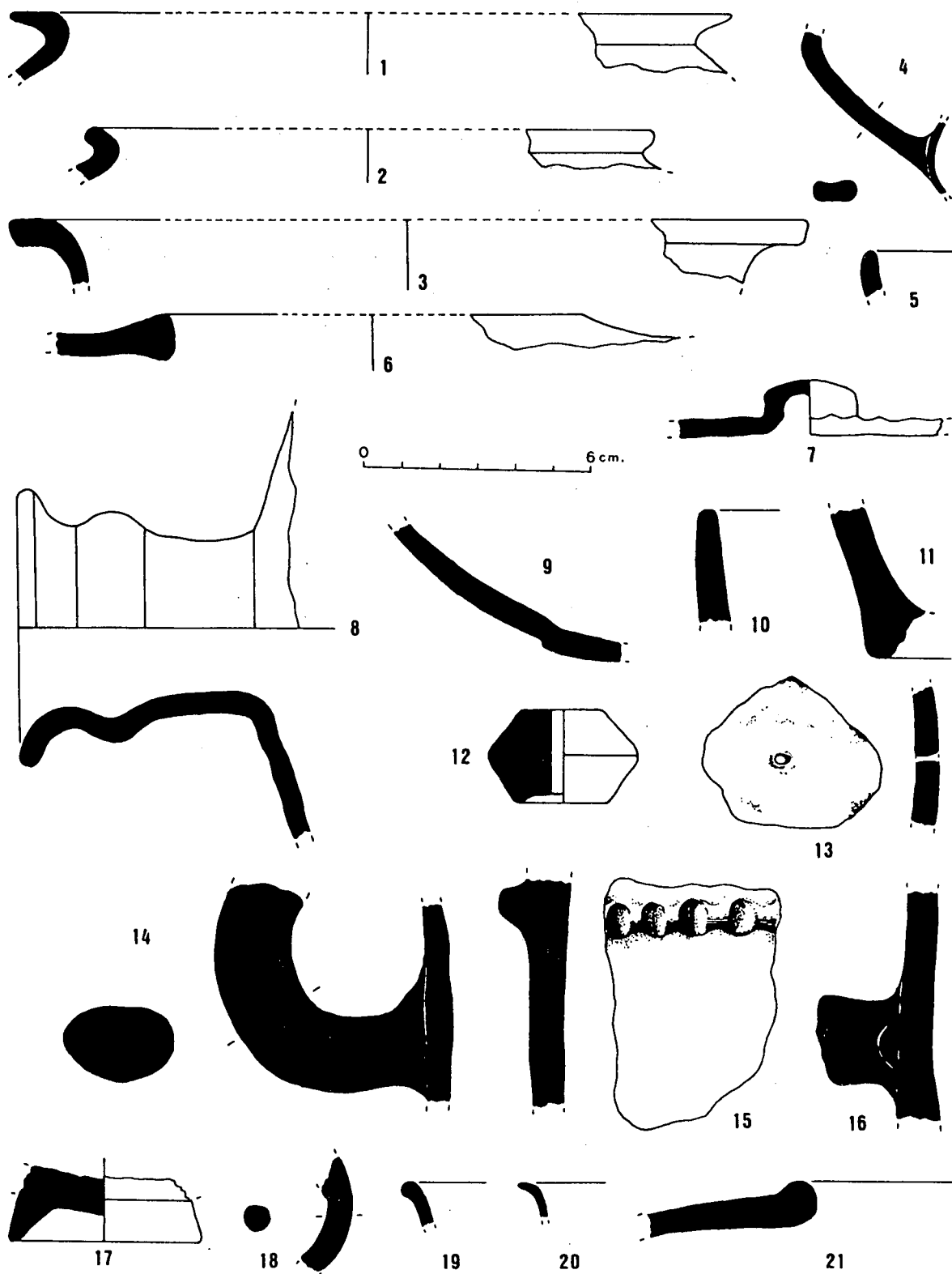
26. Croquis a mano alzada del despiece del muro correspondiente al recinto fortificado del poblado, visible en el talud izquierdo del camino que conduce al santuario de El Far. Nótese que el paramento rellena las sinuosidades de la roca natural sobre la que se asienta.



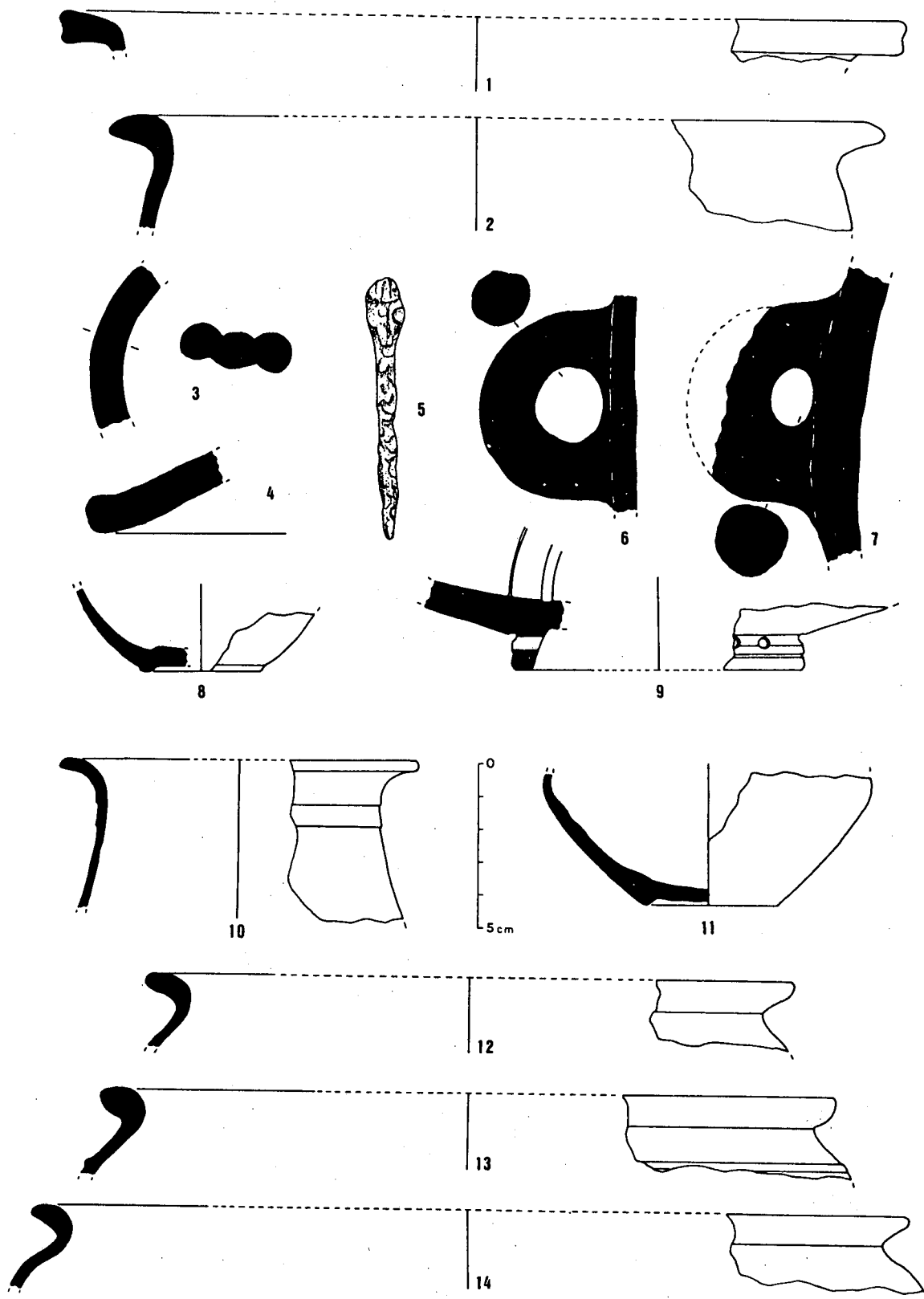
27. Materiales del estrato 1 de 1980. 1. Campaniense A Lamb. 27; 2,5 y 7. Cerámica gris ibérica; 3,6,8-11. Cerámicas comunes ibéricas; 4. fusayola; 18. *pondus*; 12,13,15. Cerámicas a mano de tradición precolonial; 17,19. Piedras trabajadas; 16,20. Objetos de hierro.



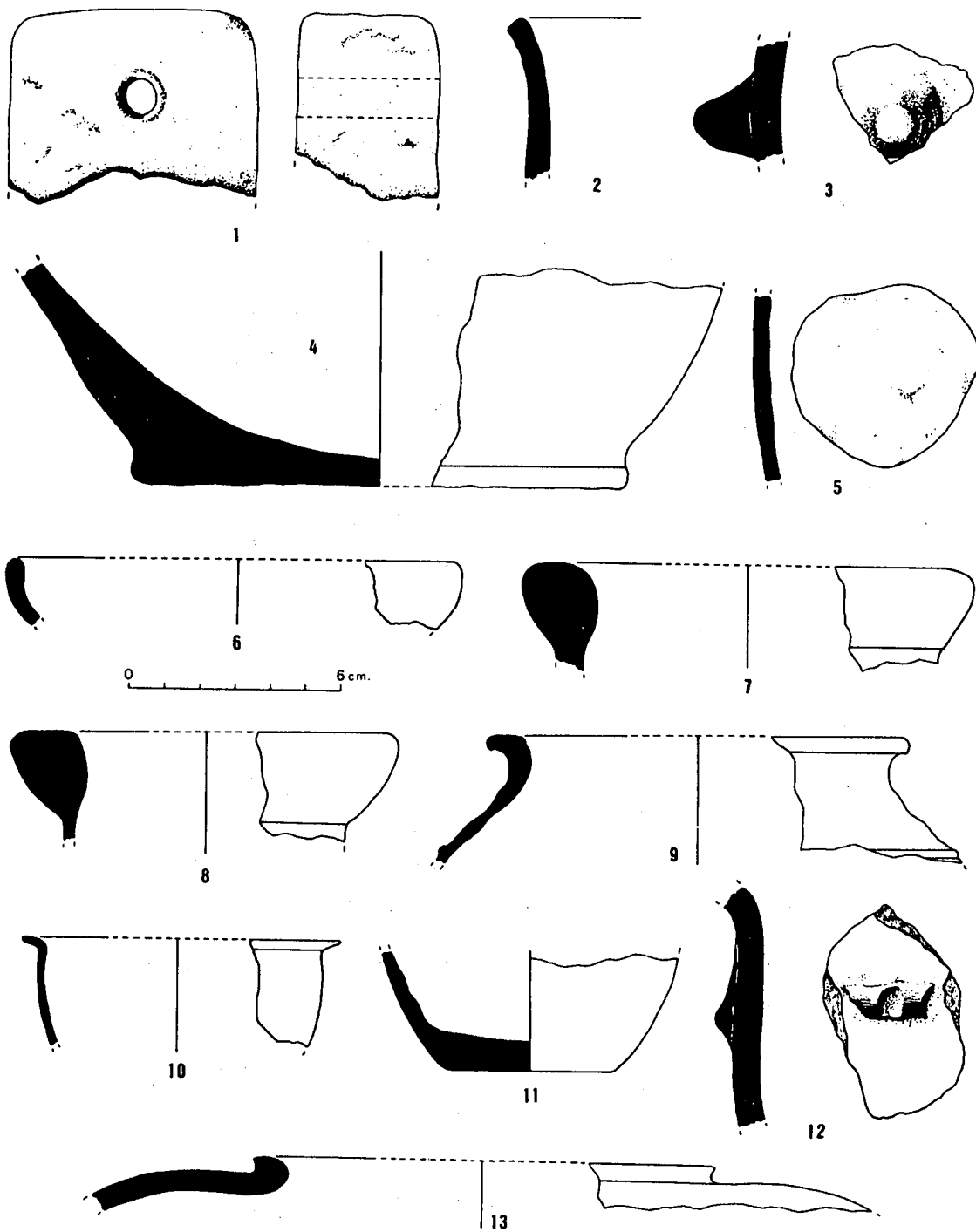
28. Materiales del estrato 2 de 1980. 2-3. Cerámicas comunes ibéricas; 1, 4-5. Cerámicas a mano de tradición precolonial. Materiales del estrato 3 de 1980. 7. Taller Roses Lamb. 27; 6,8-10,13. Cerámica gris ibérica; 11-12. Cerámica común ibérica.



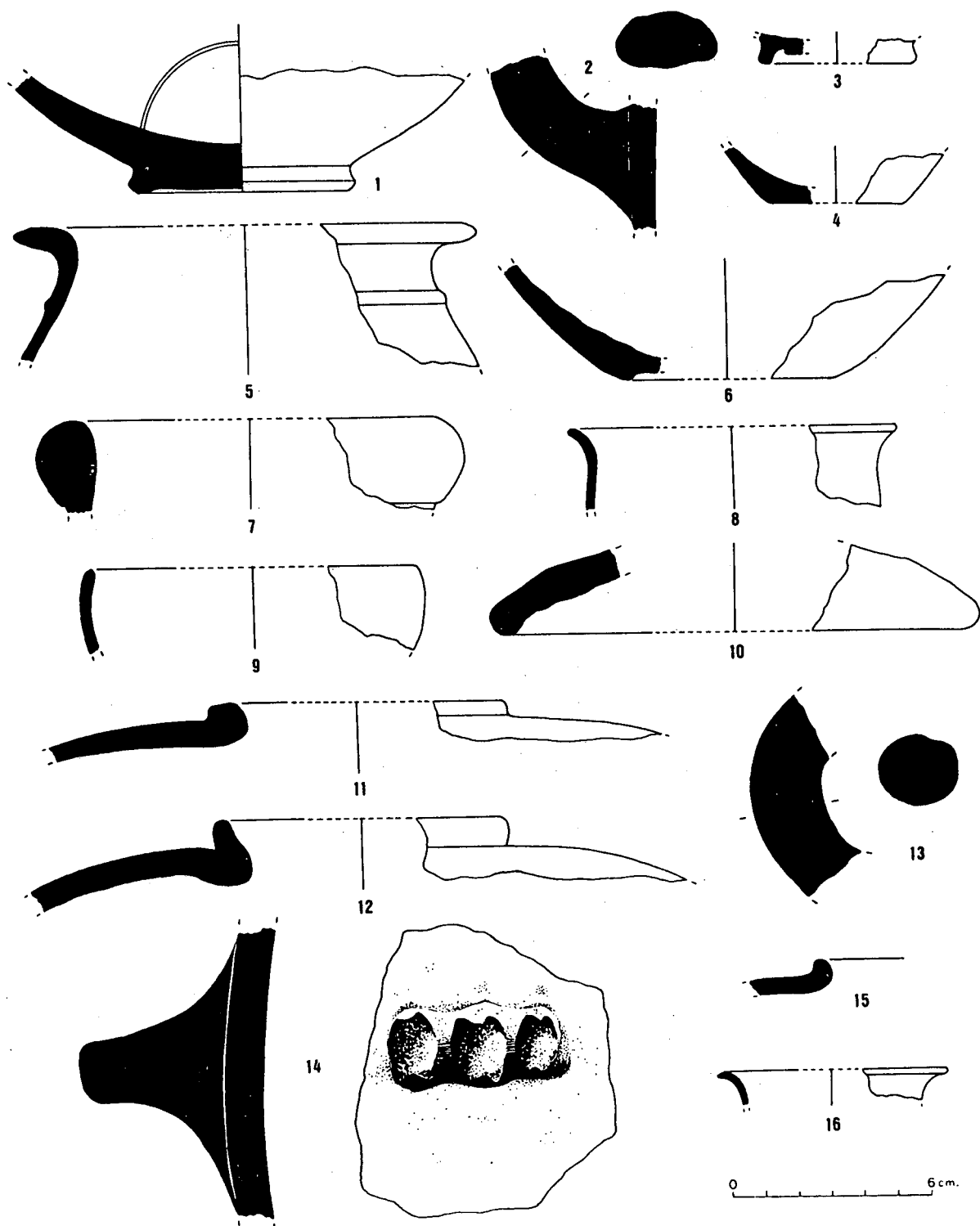
29. Materiales del estrato 3 de 1980. 4. Cerámica gris ibérica; 5. Campaniense A Lamb. 27; 1-3, 6-9, 13. Cerámicas comunes ibéricas; 10-11, 15-16. Cerámicas a mano de tradición procolonial; 12. Fusayola; 14. Anfora púnico-ebusitana PE 16-Mañà E. Materiales del estrato 4 de 1980. 18. Cerámica gris ibérica; 20. Cerámica oxidada ibérica; 21. Cerámica común ibérica; 17. Campaniense A Lamb. 25-27, 19. Campaniense A Lamb. 23.



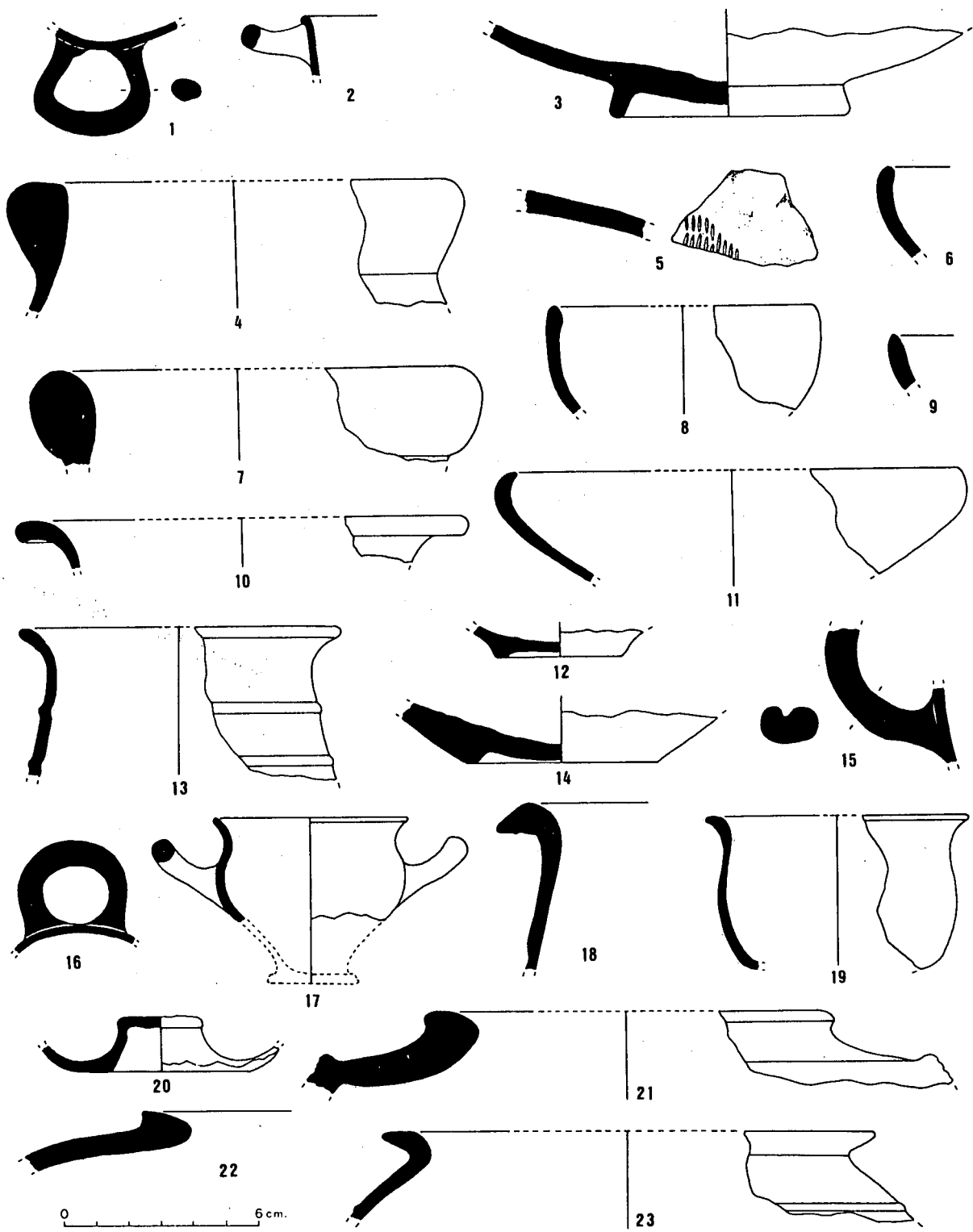
30. Materiales del estrato 4 de 1980. 1-3. Cerámica común ibérica; 4, 6-7. Cerámica a mano de tradición precolonial; 5. Fragmento de clavo de hierro. Materiales del estrato 5 de 1980. 9. 8, 10-11. Cerámica gris ibérica; 12-14. Cerámica común ibérica.



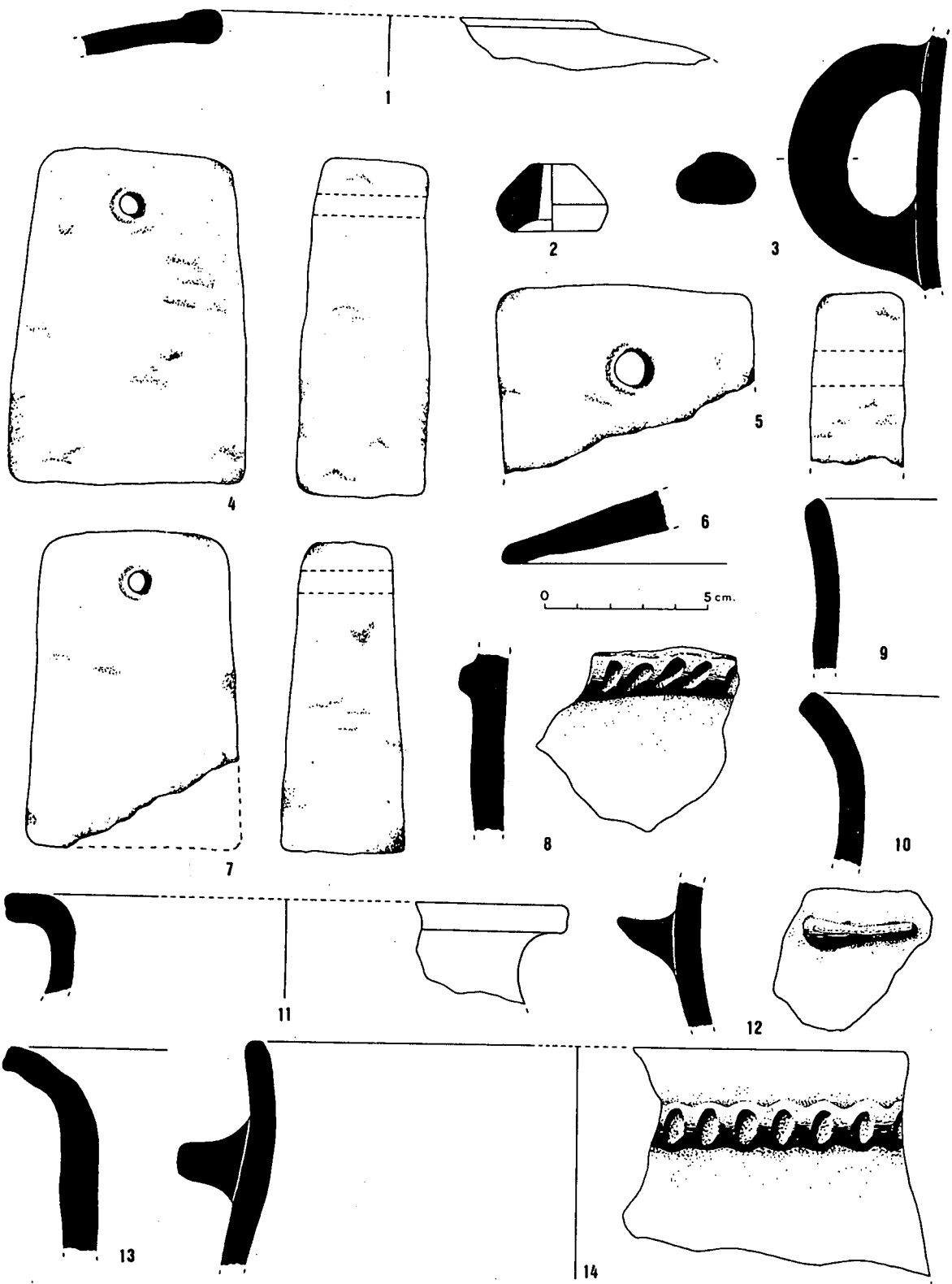
31. Materiales del estrato 5 de 1980. 1. *Pondus*; 2-4. Cerámicas a mano de tradición precolonial; 5. Gris ibérica. Materiales del estrato 6 de 1980. 6. Campaniense A Lamb 27; 7-8. Anfora púnico-ebusitana PE 16-Mañà E; 9-10, 13. Cerámica común ibérica; 11-12. Cerámica a mano de tradición precolonial.



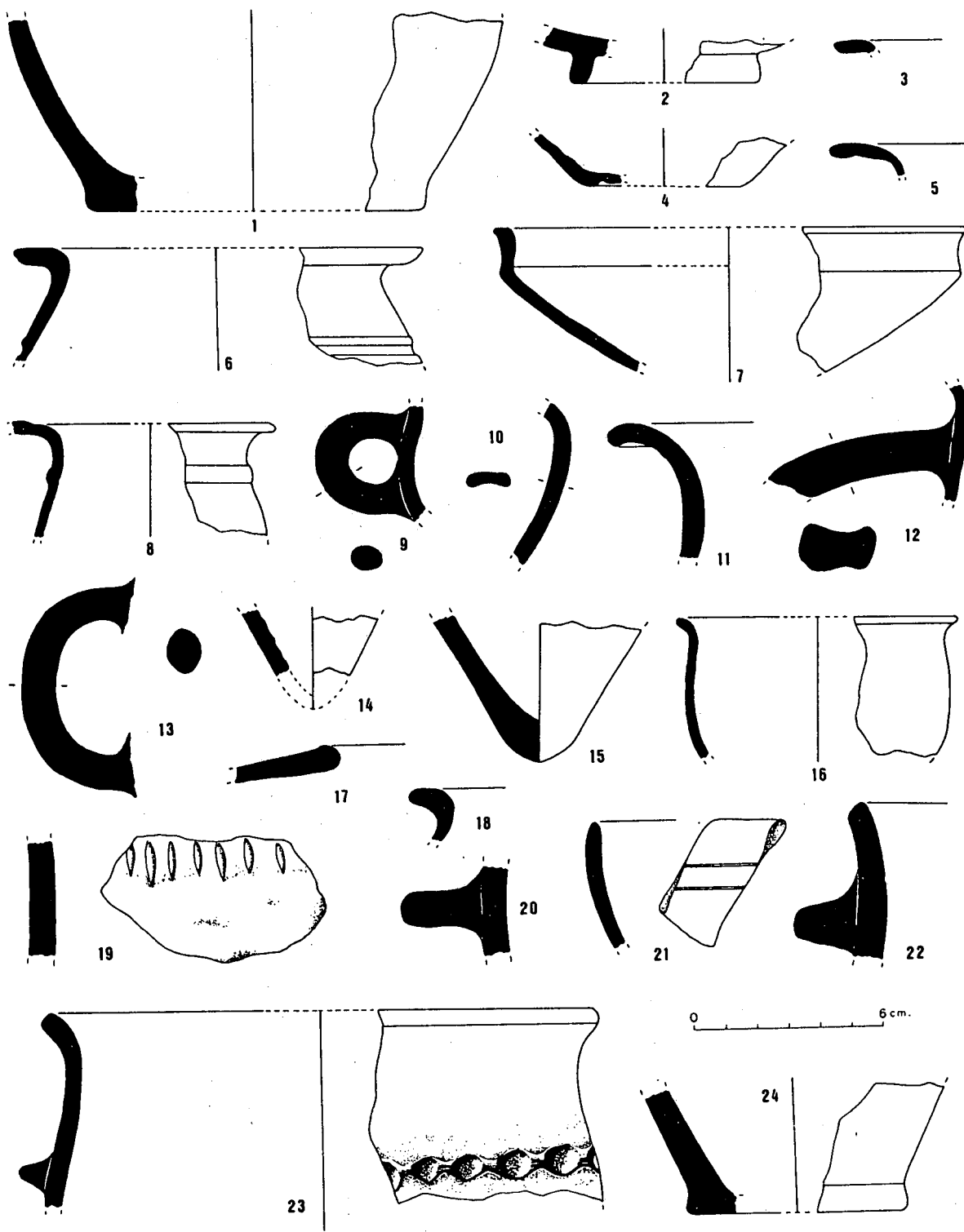
32. Materiales del estrato 7 de 1980, 1,3-6. Cerámica gris ibérica; 2. Anfora púnico-ebusitana; Materiales del estrato 8 de 1980. 7. Anfora púnico-ebusitana PE 16-Mañà; 8,11-13,15. Cerámicas comunes ibéricas; 9. Taller Roses. Lamb. 27; 16. Gris ibérica; 14. Cerámica a mano de tradición precolonial.



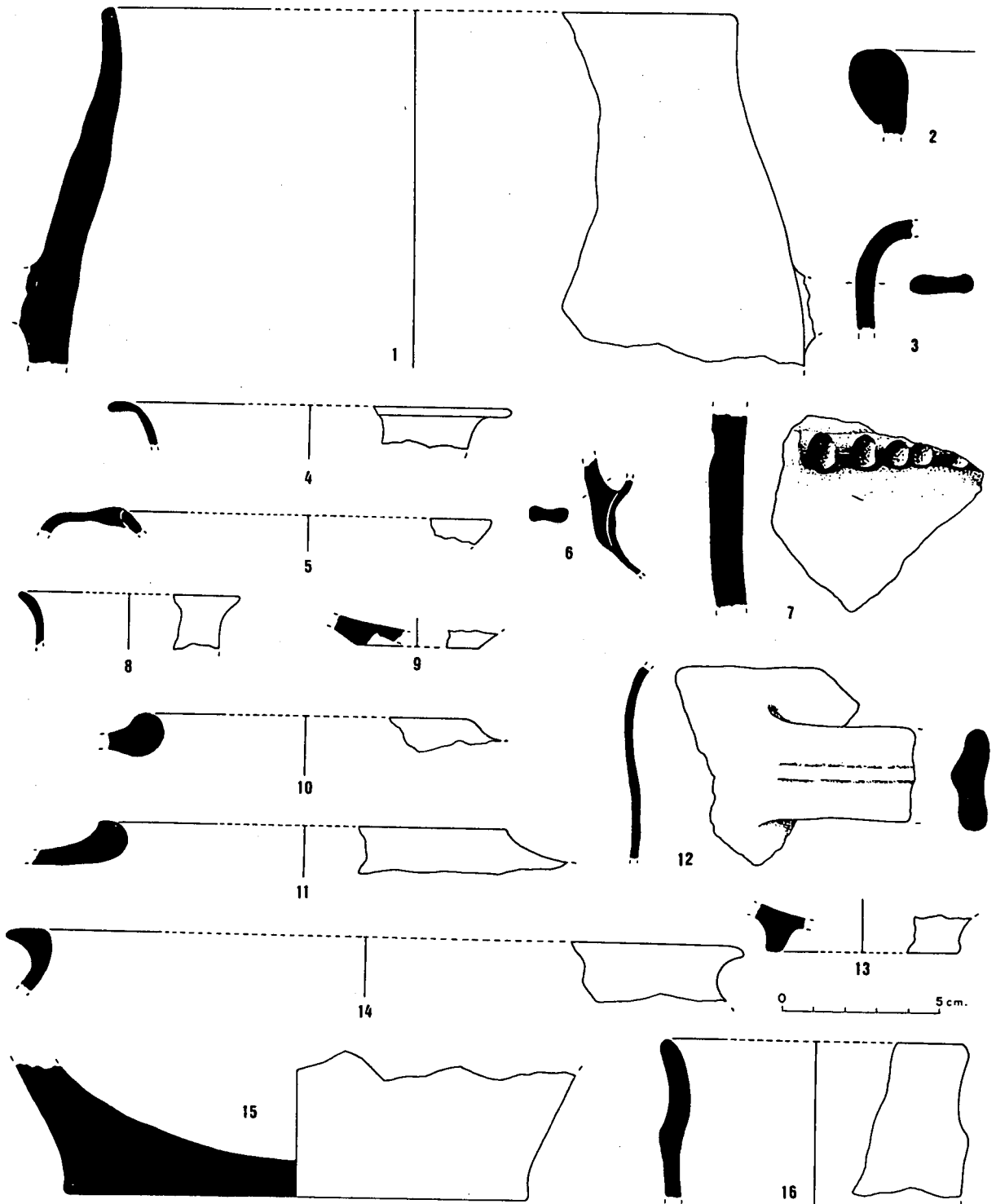
33. Material limpieza de perfiles excavación clandestina. 1980. 1-2. Taller de Roses, *skyphos*; 5,6,9. Campaniense A; 4,7. Anfora púnico-ebusitana PE 16-Mañà E; 3,8 Cerámica oxidada ibérica; 10-17. Cerámica gris ibérica; 18-23. Cerámica común ibérica.



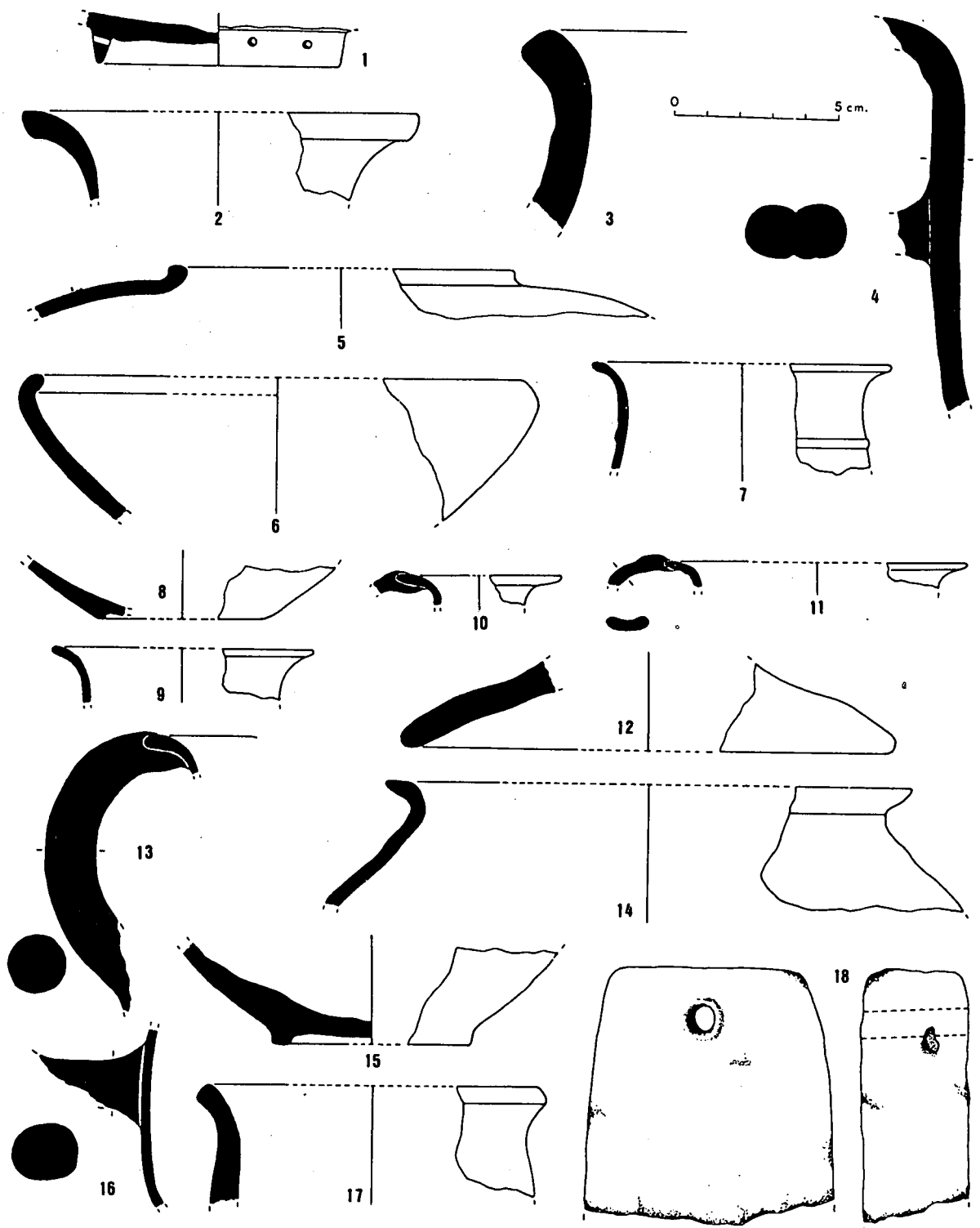
34. Material limpieza de perfiles excavación clandestina. 1980. 1,3 Cerámica común ibérica; 2. Fusayola; 4,5,7. *Pondera*; 6,8-14. Cerámica a mano de tradición precolonial.



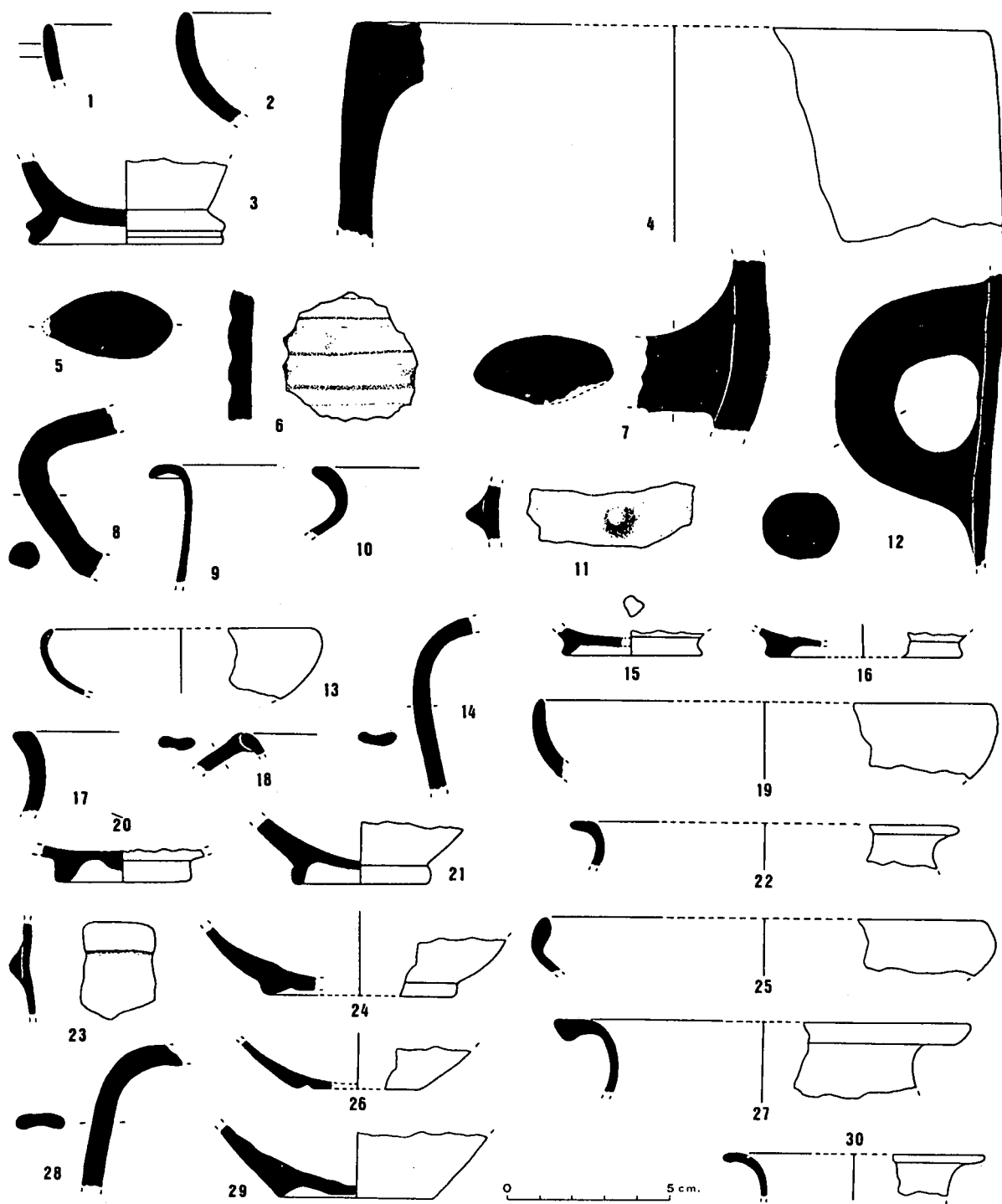
35. Material limpieza de perfiles excavación clandestina. 1980. 2. Taller pequeñas estampillas, forma Lamb. 27; 3,8. Oxidada ibérica; 4-7,10,12-13. Gris ibérica; 9,11,14-18,21. Cerámica común ibérica; 1,19-20, 22-24. Cerámica a mano de tradición precolonial.



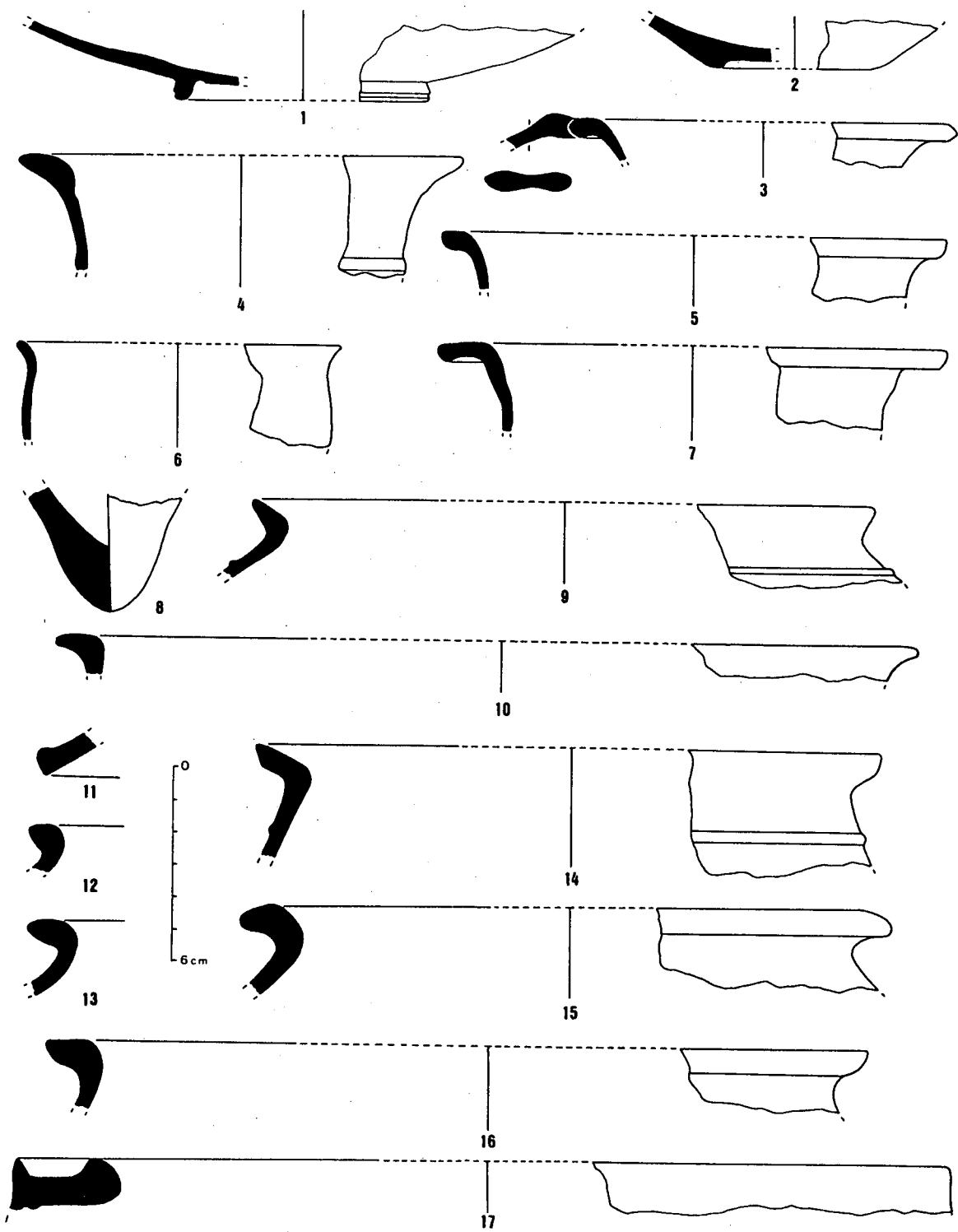
36. Material limpieza de perfiles excavación clandestina. 1980. 2. Anfora púnico-ebusitana PE 16-Mañà E; 3. Oxidada ibérica; 4-6,8-9,13. Gris ibérica. 10-12,14. Común ibérica; 1,15-16. Cerámica a mano de tradición precolonial.



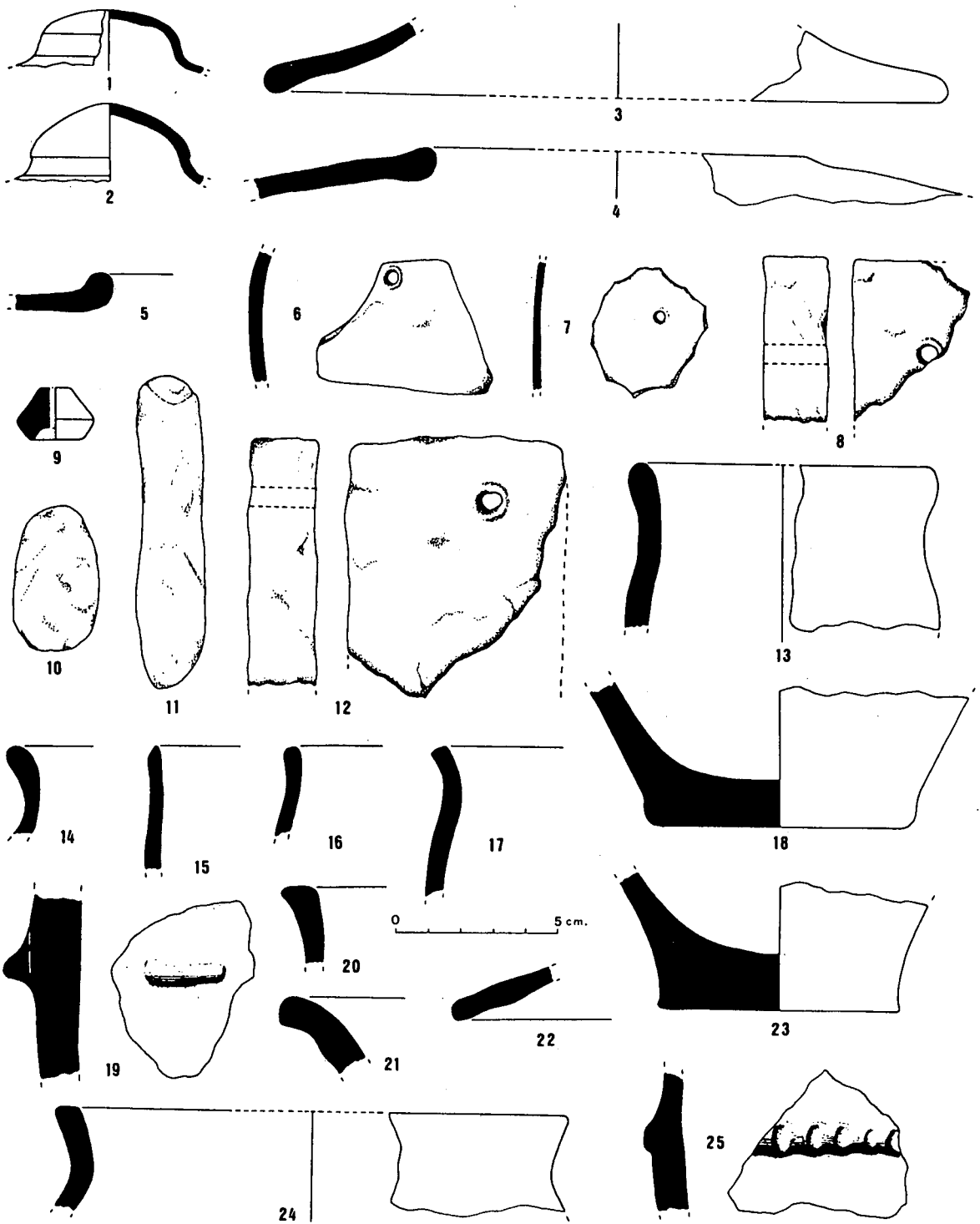
37. Limpieza superficial 1981. 1. Gris ibérica; 2,4-5. Cerámica común ibérica; 3. Cerámica a mano de tradición precolonial. Estrato 1, 1981. 6-11,13,15. Cerámica gris ibérica; 14,16. Cerámica común ibérica; 12-17. Cerámica a mano de tradición precolonial; 18. *Pondus*.



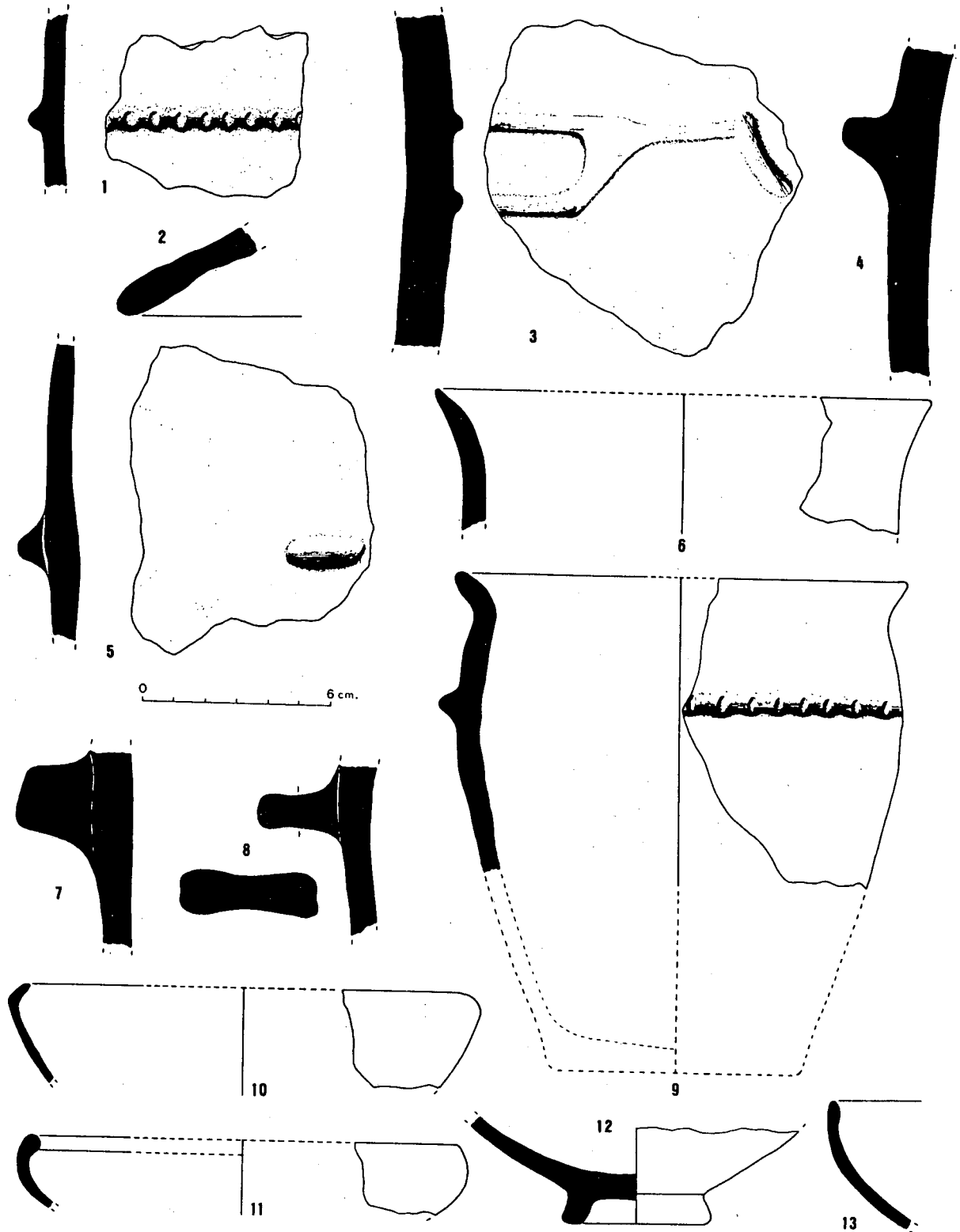
38. Estrato 2, 1981. 1,2,19,21. Campaniense A Lamb 27; 3. *skyphos* ático de barniz negro; 4. Anfora púnica Mañà-Solier D-1b; 5,7. Posible ánfora púnico-ebusitana de la clase 2; 6,12. Anfora púnico-ebusitana PE 16-Mañà E; 8-11, 13-16, 18, 26, 28-30. Cerámica gris ibérica; 21-23,25,27. Cerámica oxidada ibérica; 17. Cerámica a mano de tradición precolonial.



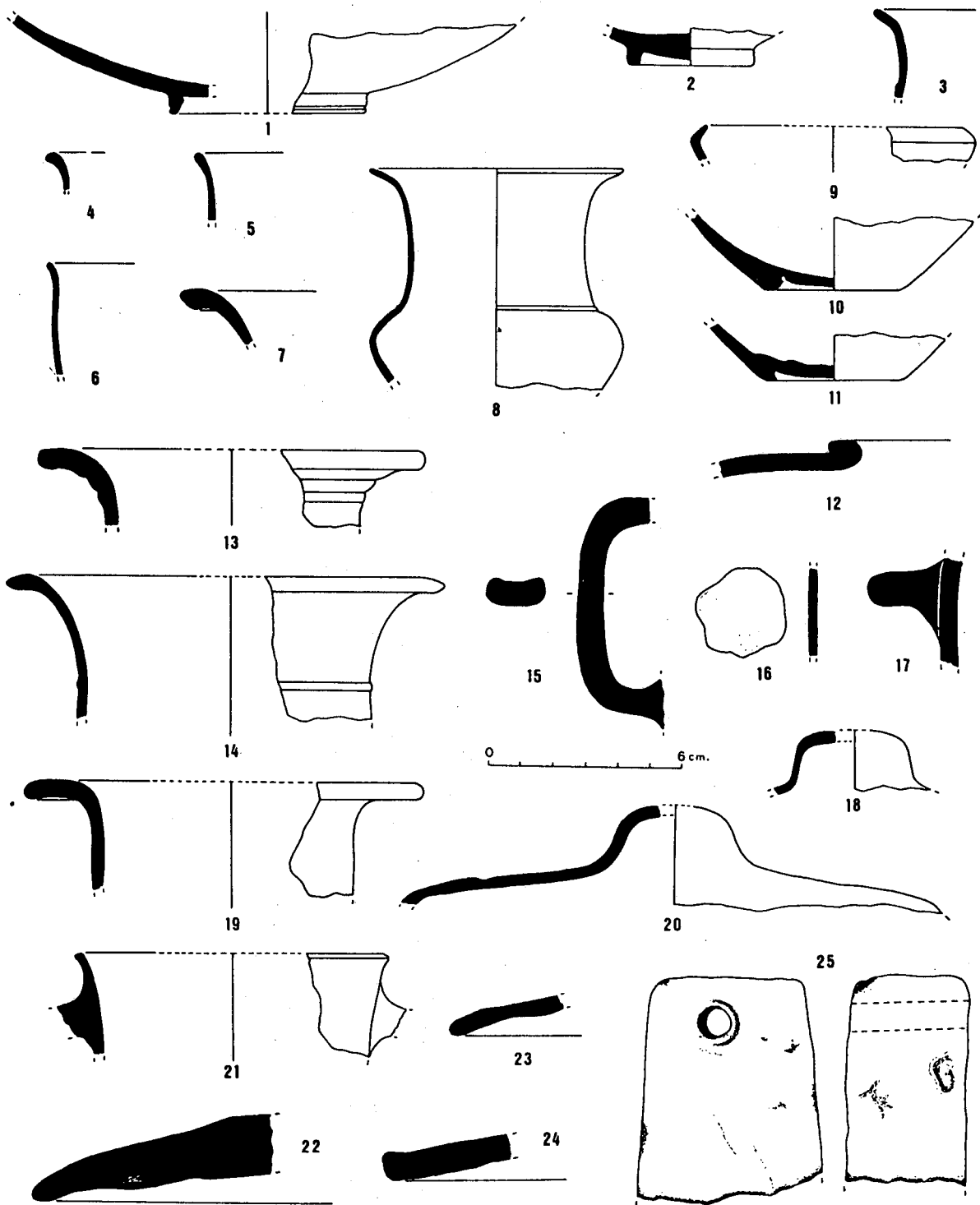
39. Estrato 2, 1981. 1-2. Cerámica oxidada ibérica; 3. Cerámica gris ibérica; 4-17. Cerámica común ibérica.



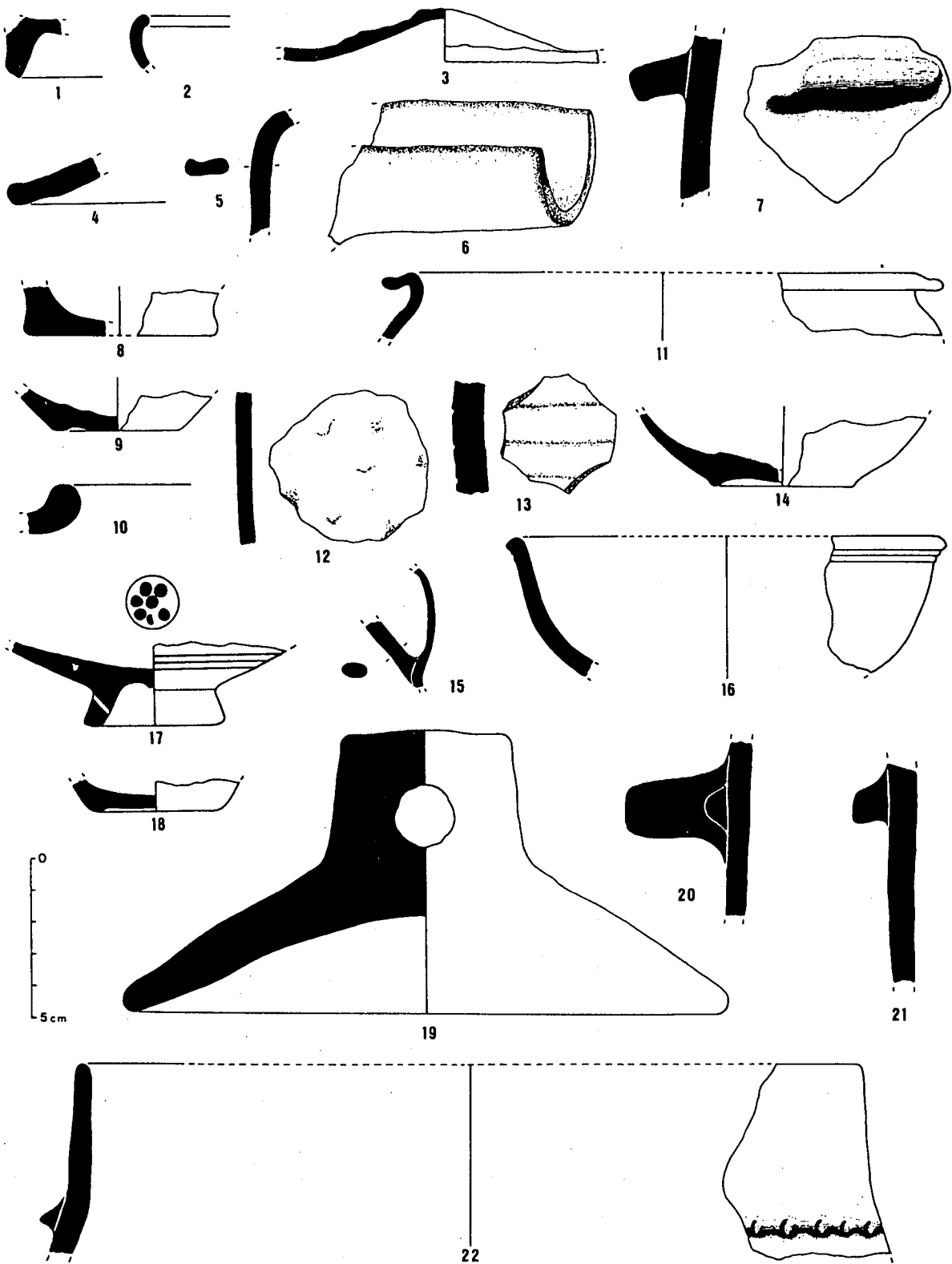
40. Estrato 2, 1981. 1-7. Cerámica común ibérica; 8,12. *Pondera*; 9. Fusayola; 10-11. Piedra pizarrosa trabajada; 13-25. Cerámica a mano de tradición precolonial.



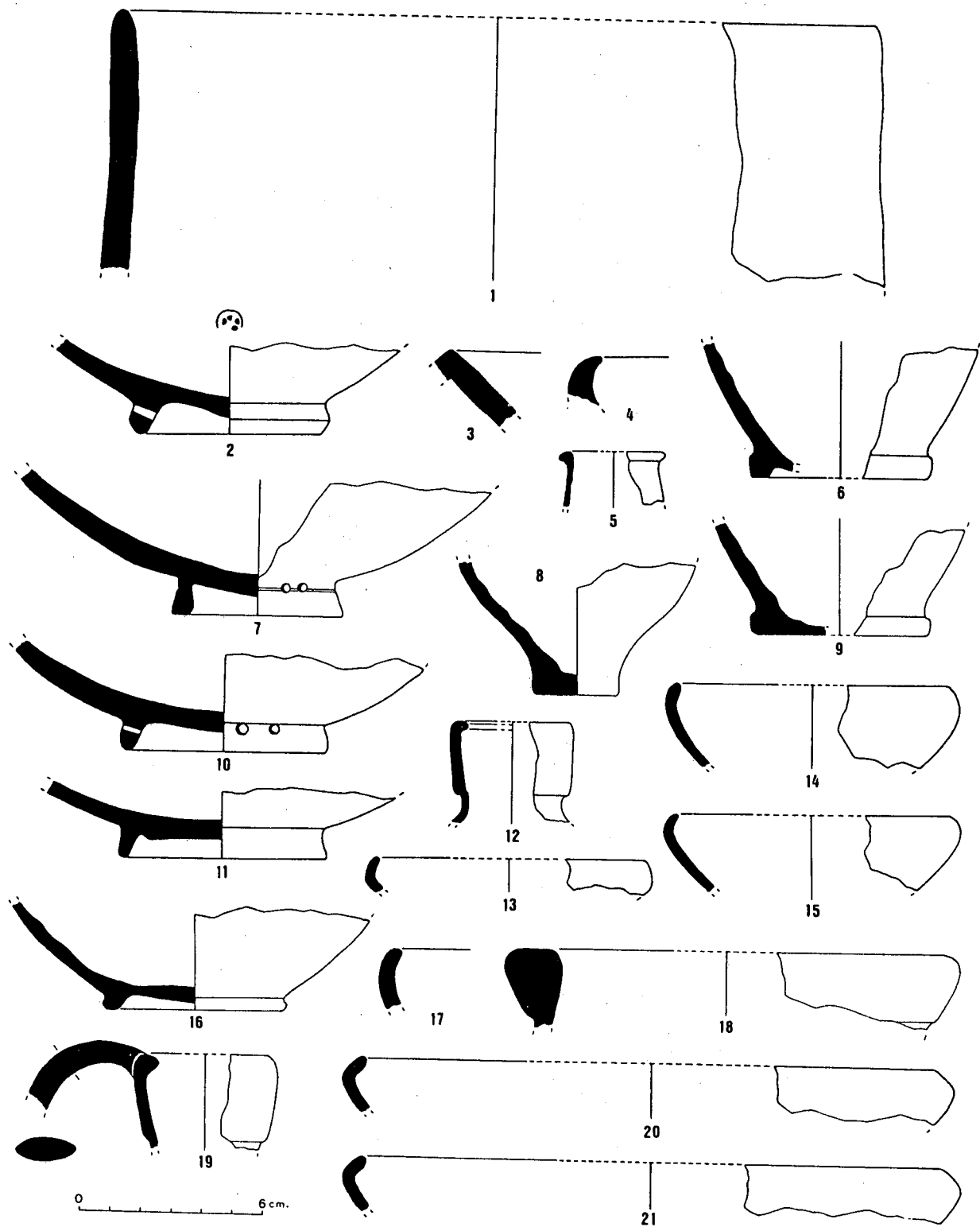
41. Estrato 2, 1981. 1-9. Cerámica a mano de tradición precolonial. Estrato 6, 1981. 10. Cerámica oxidada ibérica; 11. Gris ibérica; 12-13. Campaniense A Lamb. 27.



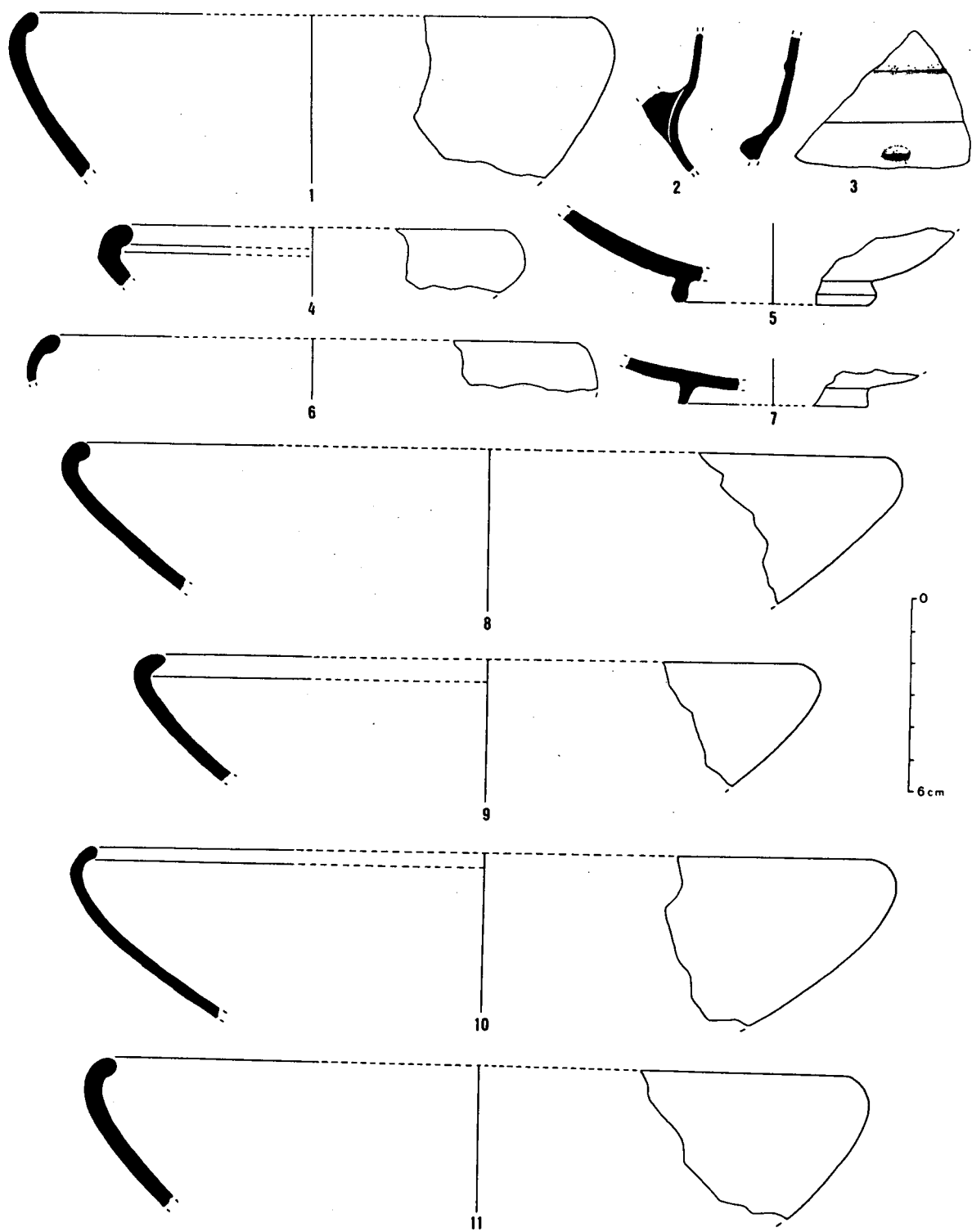
42. Estrato 6. 1981. 1,8,9,11. Cerámica oxidada ibérica; 2-4,7,10. Gris ibérica; 5,6,12-16,18-21. Cerámica común ibérica; 17-22-24. Cerámica a mano de tradición precolonial; 25. *Pondus*.



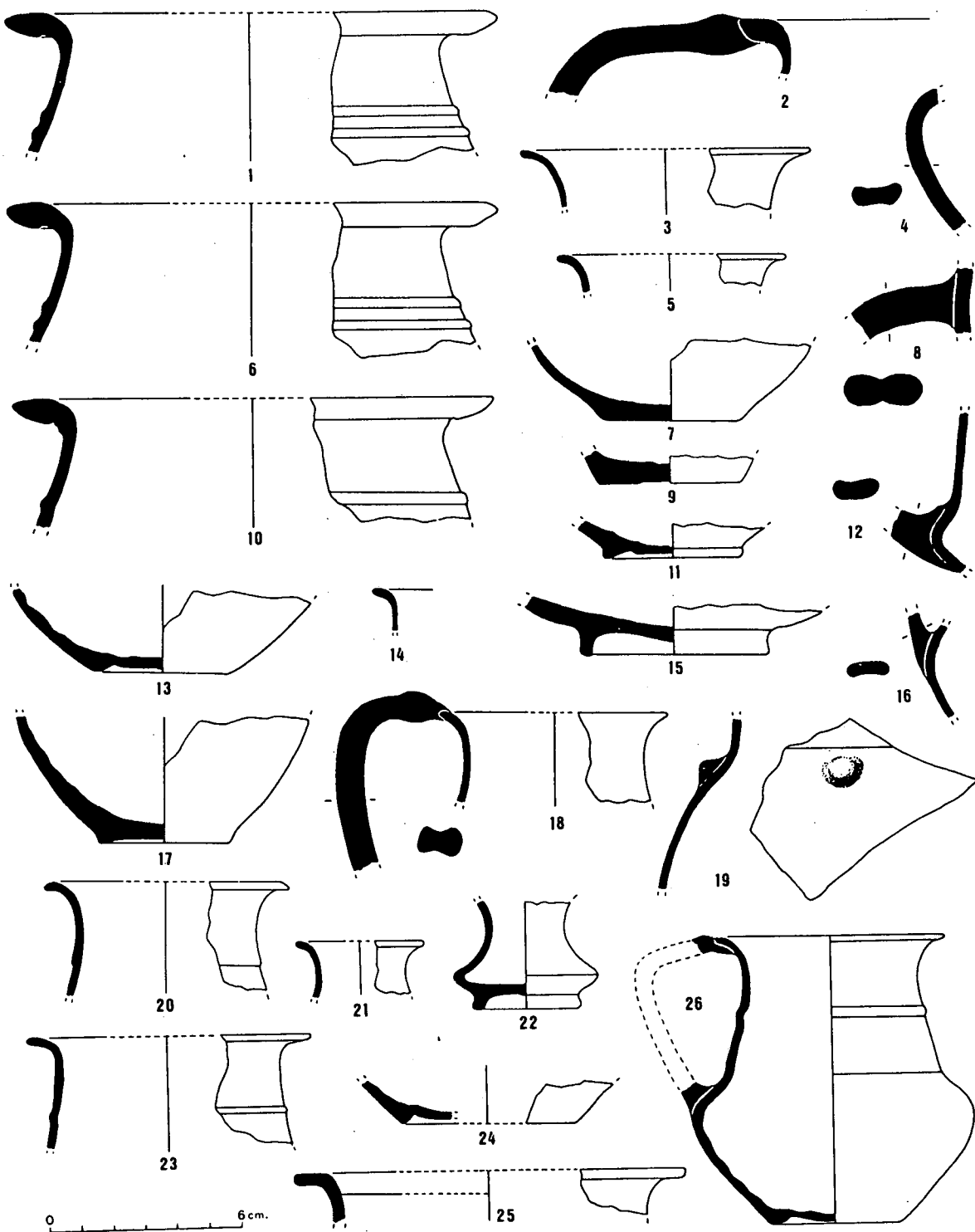
43. Estrato 7. 1981. 1. Cerámica de barniz negro de los talleres occidentales; 2,5. Cerámica gris ibérica; 3,6,11. Cerámica común ibérica; 4,7,8. Cerámica a mano de tradición precolonial. Estrato 9, 1981. 9, 14. Gris ibérica; 13. Anfora púnico-ebusitana Mañà E-PE 16; 10-12 Cerámica común ibérica. Estrato 9. 1981. Campaniense A Lamb. 27. Estrato 10, 1981. 16. Campaniense A Lamb. 28; 15,18. Gris ibérica; 19-22. Cerámica a mano de tradición precolonial.



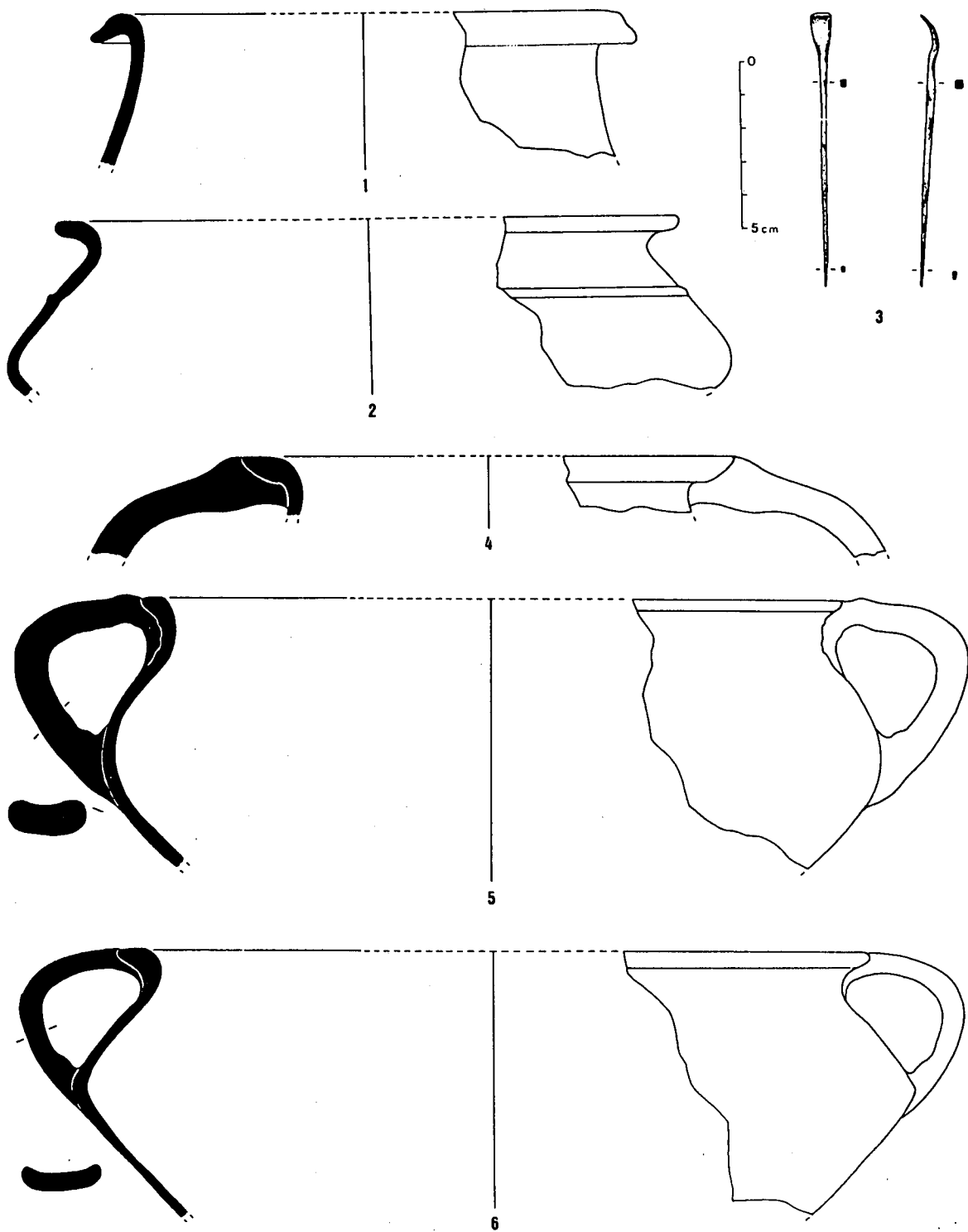
44. Estrato 10, 1981. 1. Cerámica a mano de tradición precolonial. Estrato 11, 1981. 2. Taller Roses, *skyphos*; 3,4. Cerámica ática de barniz negro, formas Lamb. 23 y 21; 5,8. Ungüentarios de procedencia itálica; 6,9,12,19. Cerámica común púnico-cbusitana. forma Eb 29; 7,10-11, 13-16, 20-21. Gris ibérica; 17. Taller de Roses; 18. Anfora púnico-cbusitana PE 16-Mañà E.



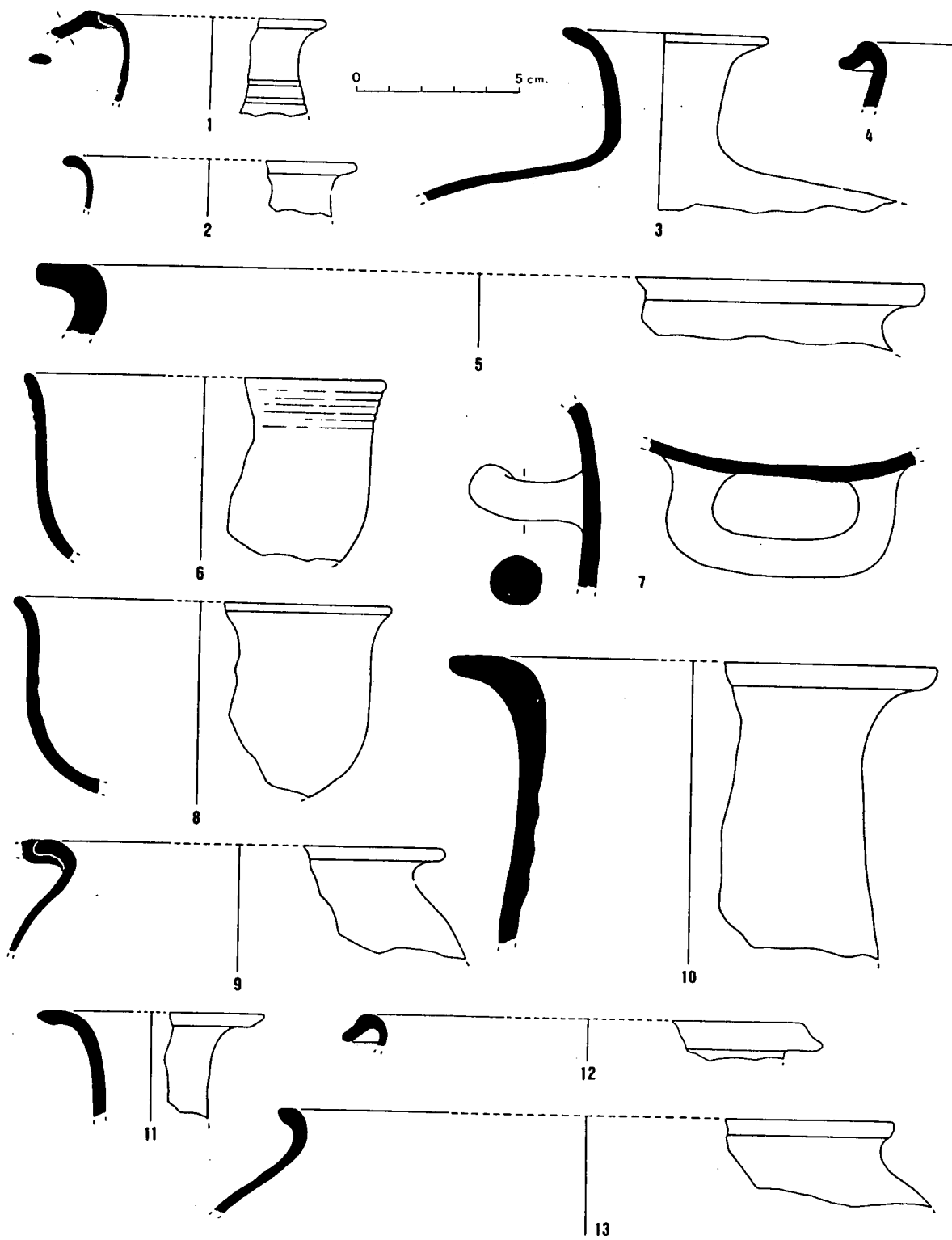
45. Estrato 11, 1981. 1-2,10. Cerámica oxidada ibérica; 3-9,11. Cerámica gris ibérica.



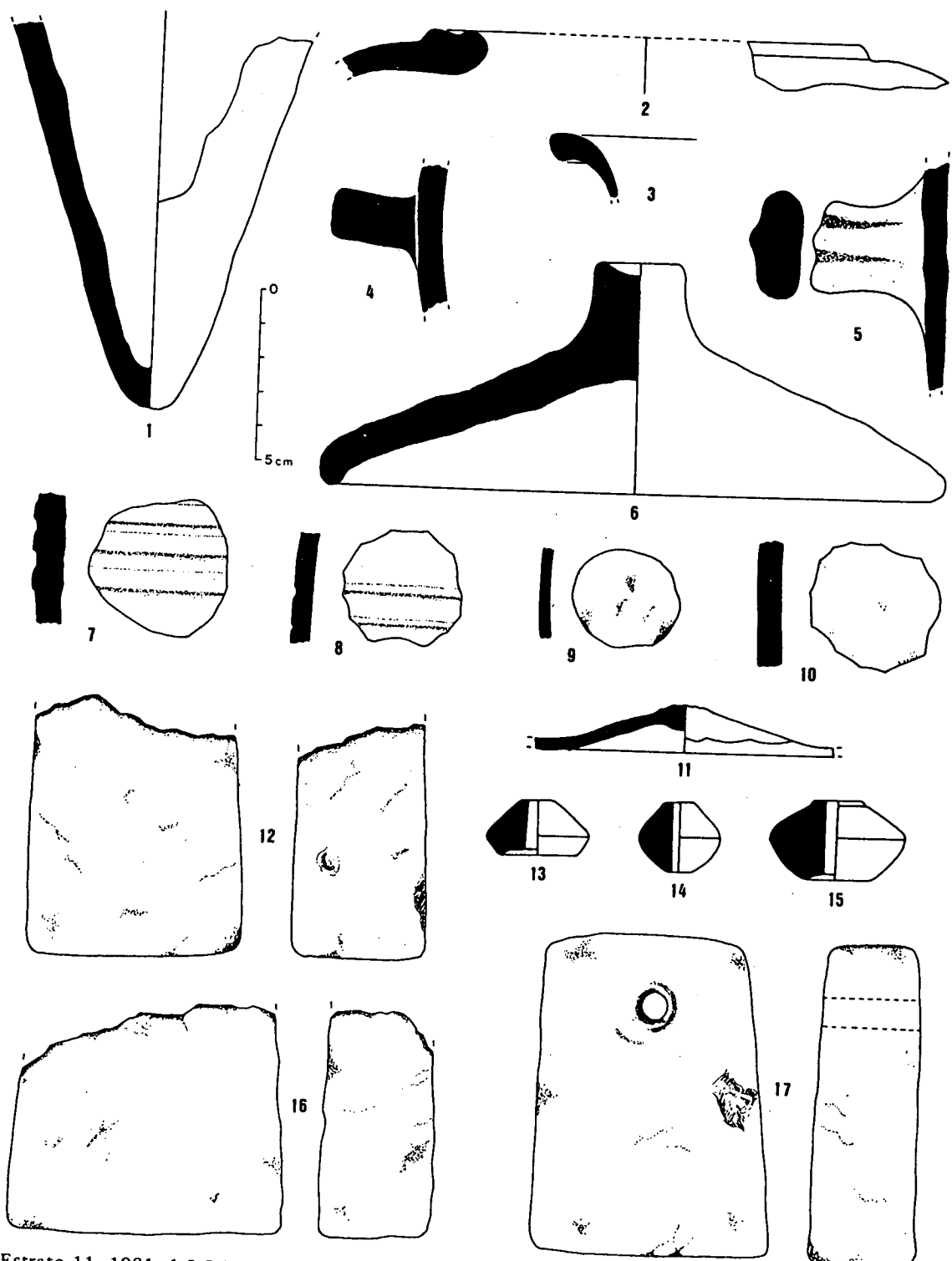
46. Estrato 11, 1981. 1-2,6,8,25. Cerámica común ibérica; 3-5,9,11,13,15-17,19-24. Cerámica gris ibérica; 7,10,12,14,18,25-26. Cerámica oxidada ibérica.



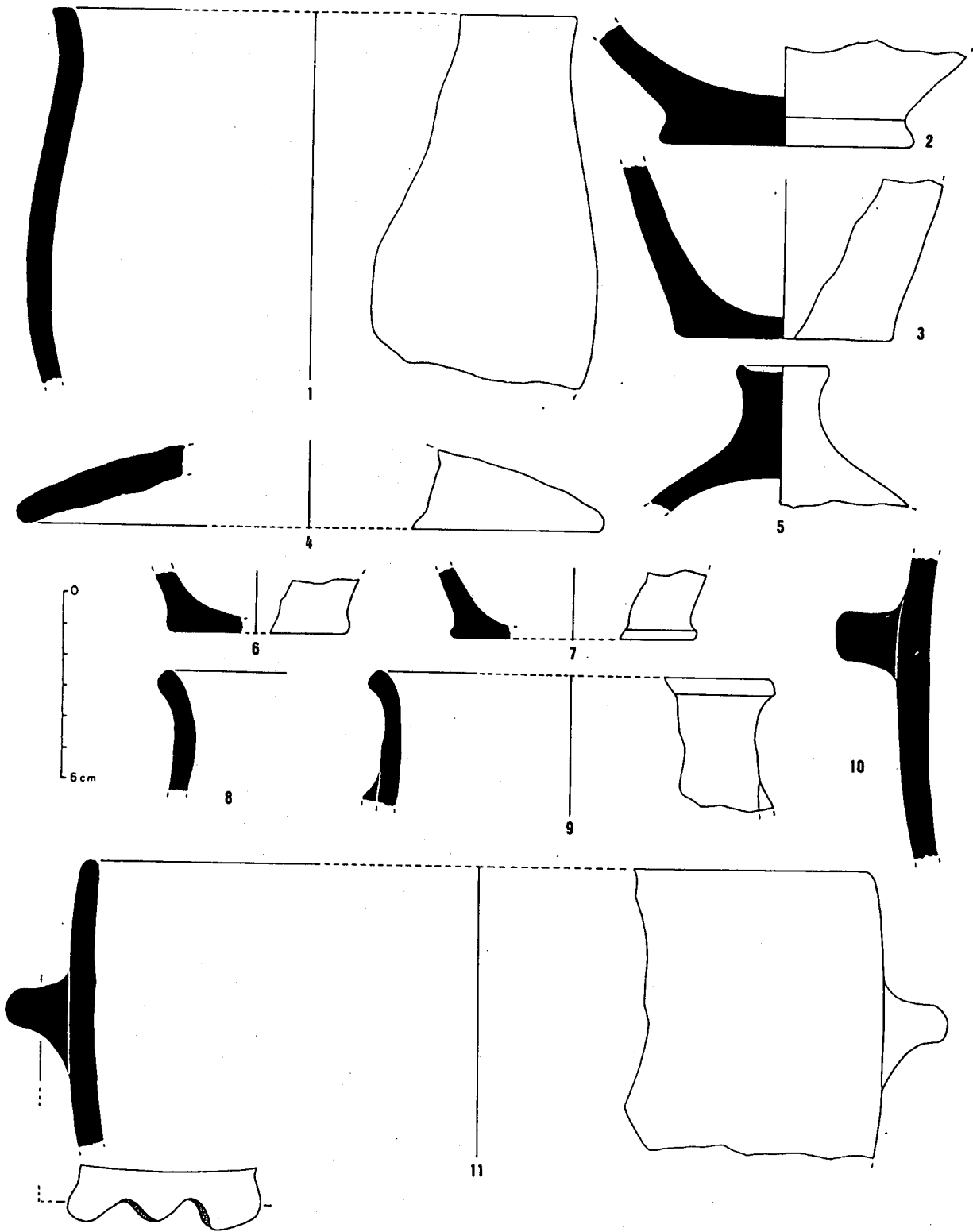
47. Estrato 11, 1981. 1,2-6. Cerámica común ibérica. 3. Punzón-espátula de bronce.



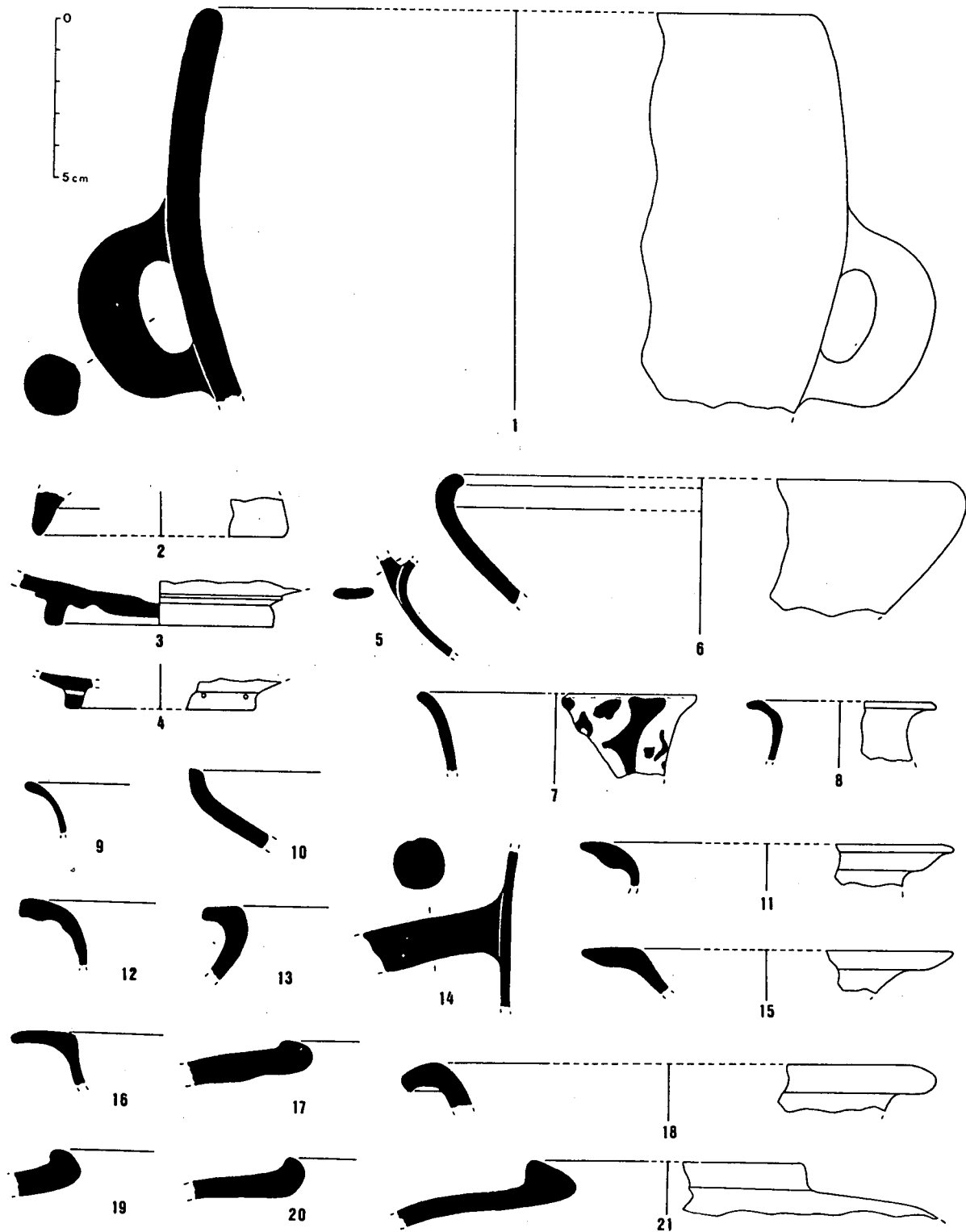
48. Estrato 11, 1981. 1-2. Cerámica gris ibérica; 3-13. Cerámica común ibérica.



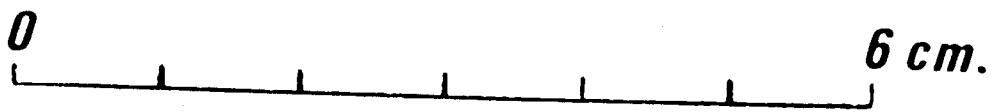
49. Estrato 11, 1981. 1-3,5,8-11. Cerámica común ibérica; 4,6. Cerámica a mano de tradición precolonial. 7. Discoide recortado en un fragmento de ánfora púnico-cbusitana PE 16-Mañã E; 13-15. Fusayolas; 12, 16-17. *Pondera*.



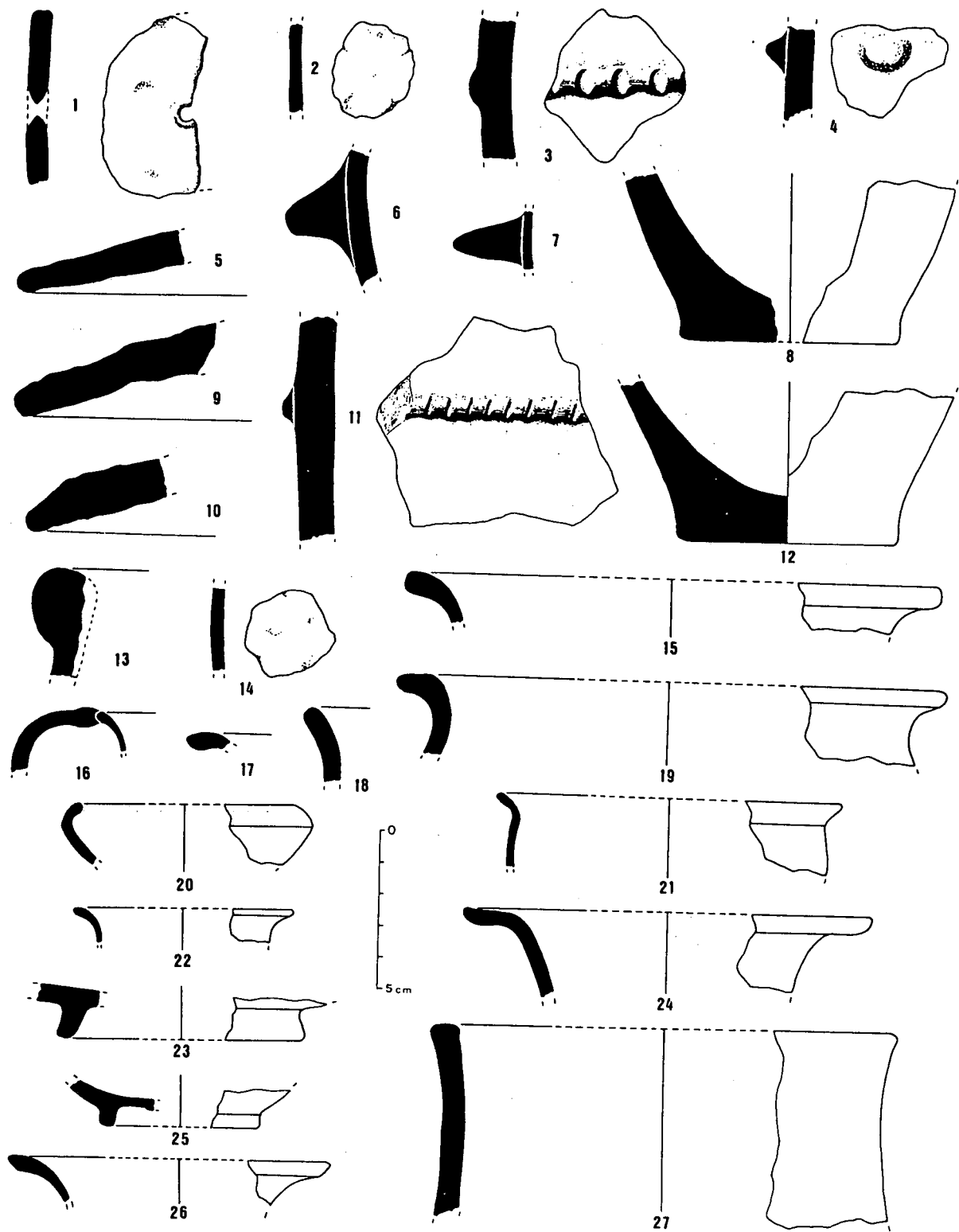
50. Estrato 11, 1981. 1-11. Cerámica a mano de tradición precolonial.



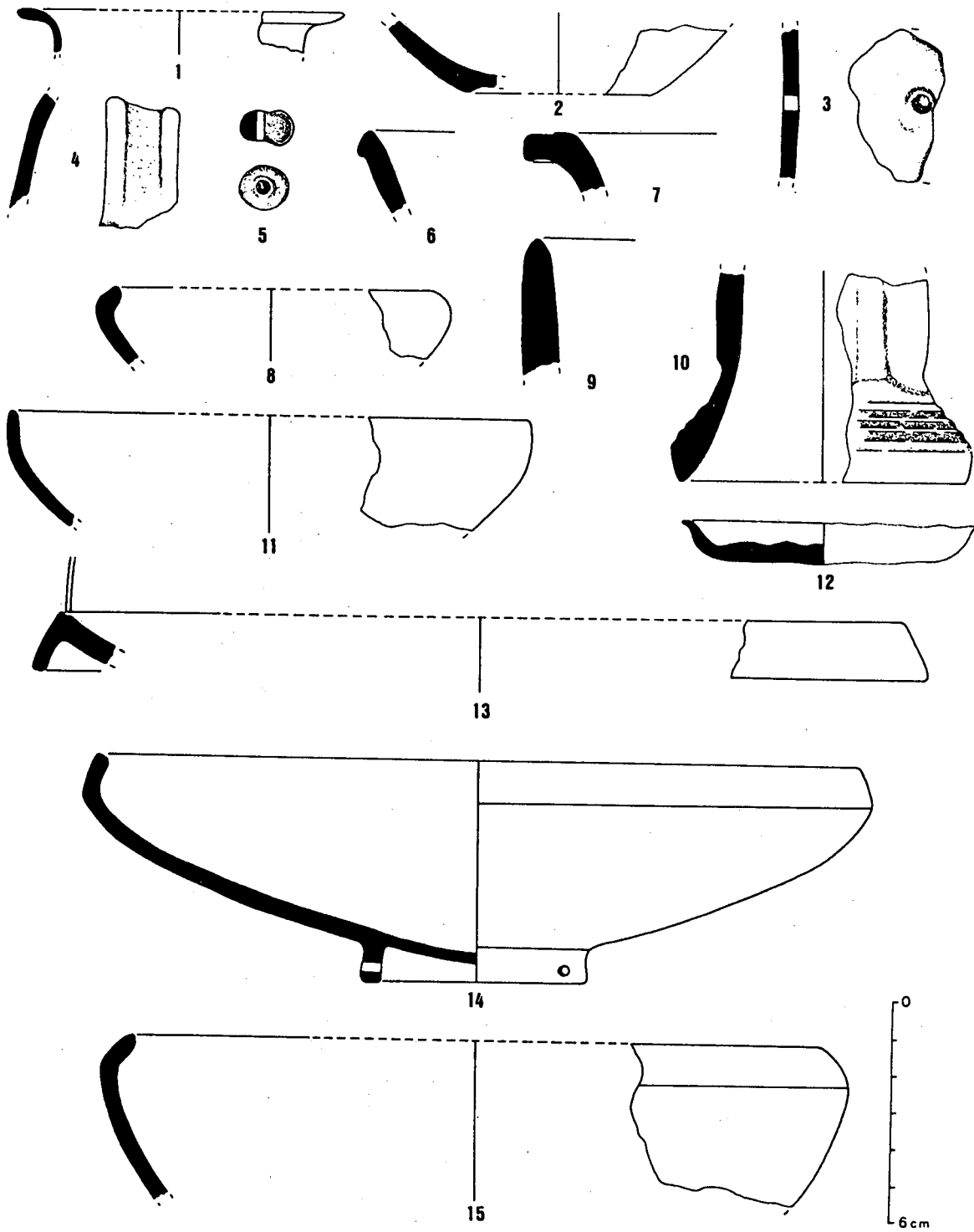
51. Estrato 11, 1981. 1. Cerámica a mano de tradición precolonial. Estrato 12, 1981. 2. Cerámica ática de barniz negro. 7. Cerámica ática de figuras rojas. *Skyphos*; 10. Talleres occidentales de barniz negro. Lamb. 27; 3,5,9,11. Cerámica gris ibérica; 4,6,8. Cerámica oxidada ibérica; 12-21. Cerámica común ibérica.



52. Punzón-espátula de bronce, aparecido en el estrato 11 de la campaña de 1981.



53. Estrato 12, 1981. 1-2. Cerámica común ibérica. Discos recortados. 3-12. Cerámica a mano de tradición precolonial. Estrato 13, 1981. 13. Anfora púnico-cbusitana PE 16-Mañà E; 14-15, 19,21,24. Cerámica común ibérica; 16,20,22,25-26. Cerámica gris ibérica; 17,23. Cerámica oxidada ibérica; 18,27. Cerámica a mano de tradición precolonial.



54. Estrato 14, 1981. 1. Cerámica oxidada ibérica; 4. Cerámica gris ibérica; 5. Cuenta de pasta vítrea. Estrato 15, 1981. 2. Gris ibérica; 3,7. Común ibérica; 6. Campaniense A Lamb. 28; 9. A mano de tradición precolonial. Materiales donación Antonio Mañé. 10-12. Fragmento de *Thymaterion*; 8,14-15. Gris ibérica; 11. Campaniense A. Lamb. 27; 13. Taller de Roses. Lamb. 23.